La Unión Maldita



Los Votós de Sangre, el Amor de Las Lágrimas - Tomo 1

Alba de Segur

Los Votos de Sangre, el Amor de las Lágrimas

Tomo 1
La Unión Maldita

Alba de Segur

Copyright © 2026 Alba de Segur
Todos los derechos reservados.

Traducido del occitano por la autora.

1.

ELENA.

El olor a whisky barato y a miedo rancio impregnaba las cortinas de terciopelo del salón. Era un olor ácido, metálico, que me golpeaba la garganta en cuanto cruzaba el umbral de la biblioteca.

Mi padre, Marco Valenti, no era más que la sombra del magnate inmobiliario que había sido. Estaba sentado en su sillón de cuero cuarteado, con una mano temblorosa apretada alrededor de un vaso vacío y la otra pasándosela frenéticamente por su cabello canoso. Fuera, la tormenta que azotaba la ciudad golpeaba los ventanales con una violencia que parecía querer romper el cristal para engullirnos.

—No vendrán esta noche, papá —dije, intentando que mi voz ocultara el temblor de mis manos—. Hace un tiempo de perros, nadie saldría con esta tormenta.

Mentía. Yo lo sabía. Él lo sabía.

Mi padre levantó la cabeza. Tenía los ojos inyectados en sangre, rodeados por ojeras de noches de insomnio y cálculos imposibles.

—No lo entiendes, Elena —susurró con una voz quebrada como vidrio molido—. El tiempo les da igual. Para ellos, el tiempo es dinero. Y mi tiempo se ha agotado.

Me acerqué a él, y el ruido de mis tacones sobre el parqué de espiga resonó como una cuenta atrás en el silencio opresivo de la casa. Esta casa... nuestro mausoleo. La pintura se desconchaba en las esquinas; los cuadros de maestros habían sido vendidos uno a uno, dejando rectángulos más claros en las paredes, fantasmas de nuestra gloria pasada.

—¿Cuánto? —pregunté suavemente, poniendo una mano sobre su hombro.

Él se tensó.

—Elena, vete a tu cuarto.

—¿Cuánto, papá?

Soltó un sollozo seco, patético.

—Cinco millones. Más los intereses.

El aire abandonó mis pulmones de golpe. Cinco millones de dólares. No era una deuda de juego ordinaria. Era una sentencia de muerte.

—¿A quién? —susurré, aunque una parte de mí ya conocía la respuesta.

En los círculos que frecuentábamos, o mejor dicho, que habíamos frecuentado antes de la desgracia, un solo nombre inspiraba ese tipo de terror puro. Un solo nombre vaciaba los salones de baile y hacía callar a los políticos corruptos.

—Los Salvatore —soltó—. Dante Salvatore.

El nombre golpeó la habitación como el rayo que acababa de rasgar el cielo. Dante Salvatore. El Capo di tutti capi de la nueva generación. Se decía de él que no tenía corazón, que había reemplazado sus órganos por engranajes de relojería y hielo seco. Se decía que había matado a su propio tío para hacerse con el poder a los veintidós años.

—Venderemos la casa —dije precipitadamente, con el pánico empezando a atenazar mi pecho—. Las joyas de mamá, aún las tengo. Podemos...

—¡Es demasiado tarde! —gritó levantándose y volcando su vaso —. Estarán aquí a medianoche.

Miré el reloj de pie de mi abuelo en la esquina. Las doce menos dos.

De repente, el silencio cayó. No era el silencio natural de la noche. Era un vacío. El silbido del viento se detuvo. El repiqueteo de la lluvia pareció ponerse en pausa. Incluso la electricidad en el aire cambió, cargándose de una estática pesada, depredadora.

Las luces de la araña parpadearon y luego se apagaron.

Sumidos en la penumbra, iluminados solo por los relámpagos intermitentes, nos quedamos petrificados. El sistema de seguridad no había sonado. Los perros no habían ladrado.

—Ya están aquí —gimió mi padre.

Retrocedió hasta chocar con su escritorio.

La doble puerta de roble macizo de la biblioteca no se abrió de golpe. No fue derribada. Se abrió lentamente, con una fluidez aterradora, como si los propios goznes temieran rechinar.

Entraron cuatro hombres. Tres de ellos eran montañas de músculos, vestidos con trajes negros que apenas lograban contener su corpulencia. Se desplegaron por la estancia con la eficacia de soldados de élite, asegurando las salidas sin decir una palabra.

Entonces, entró el cuarto.

El mundo se detuvo.

Era alto, mucho más de un metro noventa, y emanaba un aura de poder que volvía el aire repentinamente irrespirable. Su traje de tres piezas color antracita estaba cortado a medida, ajustándose a unos hombros anchos y una cintura fina, con una elegancia que contrastaba violentamente con la amenaza que representaba.

Avanzó por la habitación, con pasos inaudibles sobre la alfombra persa. Su rostro era una máscara de belleza cruel: una mandíbula cuadrada como tallada en granito, labios carnosos pero apretados en una línea severa, y cabello negro, corto, peinado hacia atrás.

Pero fueron sus ojos los que me clavaron en el sitio. Grises. No el gris suave de una nube, sino el gris duro e implacable del acero frío o de una lápida bajo la lluvia.

No miró a mi padre. Me miró a mí.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, una inspección lenta, clínica, posesiva. Tuve la impresión de que acababa de poner sus manos desnudas sobre mi piel. Me estremecí, no de frío, sino por una reacción visceral, primitiva. Una mezcla de terror absoluto y un calor vergonzoso que se encendió en mi bajo vientre.

—Dante... —comenzó mi padre con la voz estrangulada.

El hombre levantó una mano enguantada en cuero negro. Un gesto mínimo. El silencio volvió a caer, más pesado que una losa de plomo.

Siguió avanzando, ignorando al hombre patético que sollozaba a su derecha, y se detuvo justo frente a mí. Estaba tan cerca que podía oler su perfume: sándalo, lluvia fría y algo más oscuro, como pólvora quemada.

—Elena Valenti —dijo.

Su voz era un barítono profundo, rico, que vibró a lo largo de mi columna vertebral. No era una pregunta. Era una afirmación. Una validación.

Levanté la barbilla, negándome a retroceder, aunque mis rodillas amenazaban con ceder.

—Señor Salvatore.

Una comisura de su boca se elevó. Una micro-sonrisa carente de cualquier rastro de alegría.

Se giró finalmente hacia mi padre, y su expresión pasó de la curiosidad depredadora al asco absoluto.

—Marco. Pareces cansado.

—Tengo... tengo el dinero —mintió mi padre—. Al menos, una parte. Dame una semana. Solo una semana, Dante. Puedo hacer otra jugada en los mercados asiáticos y...

Dante suspiró, un sonido de aburrimiento mortal. Se quitó los guantes, dedo por dedo, con una lentitud exasperante. Sus manos eran grandes, poderosas, marcadas por algunas cicatrices pálidas en los nudillos. Manos que habían matado.

—No tienes nada, Marco. Estás arruinado. Tu sociedad es un cascarón vacío, tus cuentas están congeladas y has hipotecado esta casa tres veces. Eres un cadáver que aún respira por pura cortesía.

Mi padre cayó de rodillas. Literalmente. La imagen era insoportable.

—Piedad... Haré cualquier cosa.

Dante se puso de cuclillas frente a él, no por compasión, sino para mirarlo directamente a los ojos, como se observa a un insecto antes de aplastarlo.

—¿Cualquier cosa? —repitió Dante.

—Sí. Todo.

Dante se levantó, alisó su chaqueta impecable y se volvió de nuevo hacia mí. Sus ojos grises se anclaron en los míos, y supe, en ese preciso instante, que mi vida acababa de terminar.

—No quiero tu dinero —dijo Dante sin dejar de mirarme—. El dinero es vulgar cuando se tiene tanto como yo. Lo que quiero es estabilidad. Una alianza. Una imagen.

Dio un paso hacia mí. Retrocedí, chocando con el borde de la chimenea. Ya no tenía salida.

—Quiero a tu hija.

El silencio que siguió fue atronador.

—¿Qué? —susurré.

Mi padre levantó la cabeza, con una esperanza innoble naciendo en sus ojos.

—¿A Elena?

—La deuda es de cinco millones —prosiguió Dante, como si discutiera el precio de un coche de ocasión—. Con los intereses y el insulto que representa tu retraso, digamos diez. Tu hija a cambio de la anulación total de la deuda. Y te dejo quedarte con la casa para que mueras en paz.

—¡No! —grité—. ¡No soy un objeto!

Me giré hacia mi padre, buscando al protector, al héroe de mi infancia. Pero solo vi a un adicto con síndrome de abstinencia de supervivencia. Ni siquiera me miraba. Miraba a Dante.

—Está... está bien. Llévatela.

El mundo se tambaleó. La traición me golpeó más fuerte que un puño. Mi propio padre acababa de venderme para salvar su pellejo marchito.

Dante soltó una risita sombría.

—¿Ves, Elena? La lealtad es una divisa rara. Y tu padre acaba de quebrar.

Extendió la mano hacia mí.

—Ven.

—Váyase a la mierda —escupí.

El brillo de sus ojos cambió. La diversión desapareció, reemplazada por algo más oscuro, más hambriento.

—Respuesta incorrecta.

DANTE.

Tenía fuego. Fue lo primero que noté al entrar. No su belleza, aunque fuera innegable (una piel de alabastro, cabellos de tinta que caían en cascada sobre sus hombros, curvas que su vestido de seda esmeralda apenas lograba ocultar). No, era el fuego de sus ojos verdes.

La mayoría de la gente, cuando me presentaba en su casa a medianoche, se meaba encima o imploraba a Dios. Ella me había mandado a la mierda.

Interesante.

Detestaba a las mujeres sumisas. Me aburrían. En mi mundo, todo el mundo se doblegaba: jueces, policías, rivales. Necesitaba resistencia. Necesitaba algo sólido contra lo que afilar mis colmillos.

Marco Valenti era un despojo. Verlo arrastrarse a mis pies me daba ganas de vomitar. ¿Cómo un hombre tan débil había podido engendrar a una criatura tan exquisita como Elena? La genética tenía, a veces, un sentido del humor cruel.

La vi debatiéndose mentalmente. Evaluaba sus opciones. ¿La ventana? Demasiado alto. ¿La puerta? Bloqueada por Alexei y sus hombres. ¿El atizador cerca de la chimenea? Sus ojos se deslizaron hacia el objeto de latón.

Adelante, pensé. Inténtalo.

Mi sangre latía con un ritmo pesado, sombrío, en mis venas. Hacía meses que la observaba de lejos. Las galas benéficas donde sonreía cortésmente a unos imbéciles, las inauguraciones de arte donde fingía interesarse por el arte moderno para mantener las apariencias sociales de su familia en ruinas. La había elegido mucho antes de que su padre fallara en su primer pago.

El clan Bratva, esos perros rusos, empezaba a invadir mi territorio al norte. Necesitaba consolidar mi posición con las viejas familias

italianas, incluso con las que estaban en declive. Un matrimonio. Una unión legítima para calmar a los inversores y presentar una fachada respetable, tradicional.

Y quería a Elena en mi cama. Los dos objetivos se alineaban perfectamente.

—Has oído a tu padre —dije con calma, saboreando su terror—. Ahora me perteneces.

—No pertenezco a nadie —siseó ella—. No estamos en la Edad Media. Voy a llamar a la policía.

Di un paso más, invadiendo su espacio vital. Sentí el calor que irradiaba su cuerpo. Olía a jazmín y a miedo. Era embriagador.

—¿A la policía? —susurré inclinándome hacia su oído—. El jefe de policía cena en mi mesa todos los jueves. El juez que recibiría tu denuncia juega al golf conmigo. No tienes a nadie, Elena. Solo a mí.

Vi el momento exacto en que la esperanza se rompió dentro de ella. Sus hombros se hundieron imperceptiblemente. Pero sus ojos... sus ojos seguían furiosos.

—¿Por qué yo? —preguntó, con voz temblorosa pero acusadora —. Hay cientos de mujeres que matarían por estar en su brazo.

—Porque ellas quieren —respondí simplemente—. Y porque tú me odias.

Levanté la mano y acaricié su mejilla con el dorso de mis dedos. Su piel era suave, ardiente. Hizo un amago de retroceso, pero estaba atrapada entre yo y el mármol frío de la chimenea.

—No me toque.

—Vas a tener que acostumbrarte.

Hice una señal con la cabeza a Alexei. Se adelantó con un maletín. Lo posó sobre el escritorio de Marco, lo abrió y sacó un

contrato.

—Firma, Marco. Y ella se viene conmigo. La deuda queda saldada.

El viejo borracho ni siquiera se molestó en leerlo. Garabateó su firma con una prisa despreciable. Vendía su propia carne y sangre por unos años de prórroga miserable.

Me giré hacia Elena.

—Haz las maletas. Tienes diez minutos.

Me miró incrédula.

—No voy a ninguna parte.

Perdí la paciencia. La noche avanzaba y tenía asuntos que resolver. La indulgencia no era mi fuerte.

—Tienes dos opciones, Elena. O subes a esa habitación, coges lo que aprecies y sales dignamente de mi brazo, o te cargo al hombro como un saco de carne y te saco de aquí delante de tus vecinos. En ambos casos, duermes en mi casa esta noche.

Palideció. Sabía que no estaba bromeando. Lanzó una última mirada de odio puro a su padre —una mirada que debería haberlo matado en el acto si él tuviera alma— y luego me empujó para pasar.

El contacto de su cuerpo contra el mío fue breve, eléctrico. Un choque estático. La vi subir las escaleras, con la espalda recta, orgullosa a pesar de la derrota.

Una reina, pensé. Mi reina. Solo tendría que romperla un poco para que se mantuviera en el trono sin apuñalarme.

ELENA.

Subí los escalones de dos en dos, con las lágrimas nublando mi vista. No lloraba de tristeza. Lloraba de rabia. Una rabia

incandescente, volcánica.

Entré en mi habitación y cerré la puerta de un portazo. Busqué mi teléfono. Tenía que llamar a... ¿a quién? Dante tenía razón. Él era el dueño de la ciudad.

Agarré una maleta de debajo de mi cama y empecé a tirar cosas al azar. Ropa interior, algunos vestidos, jerséis. Mis manos temblaban tanto que no lograba doblar la ropa.

Me detuve frente al espejo. Mi reflejo me devolvió la imagen de una mujer al borde del abismo. Tenía los labios rojos como la sangre de tanto mordérmelos.

¿Quería una mujer? Iba a tener una guerra.

Cogí el pequeño portafotos de mi mesilla de noche (mi madre y yo, antes del cáncer, antes del descenso a los infiernos de papá). Lo deslicé en mi bolso. Era lo único que tenía valor aquí.

La puerta de mi habitación se abrió sin llamar. Dante.

Ocupaba todo el marco de la puerta. Se había quitado la chaqueta, revelando una funda de cuero bajo su chaleco; el arma negra brillaba contra su camisa blanca inmaculada. Se había arremangado, dejando ver unos antebrazos poderosos cubiertos de tatuajes negros, motivos complejos que desaparecían bajo la tela.

—Diez minutos son diez minutos —dijo.

Echó un vistazo a mi maleta medio vacía.

—Deja eso. Te compraré todo lo que necesites.

—No quiero su dinero —repliqué secamente.

—Sin embargo, ha sido mi dinero el que ha pagado el techo sobre tu cabeza estos últimos seis meses, a través de los préstamos de tu padre. Ya vives a mi costa, Elena. Hagámoslo oficial.

Avanzó, invadiendo mi habitación igual que había invadido mi vida. Parecía demasiado alto, demasiado oscuro para ese espacio de tonos pastel. Desentonaba como un lobo en un redil.

Me agarró la muñeca. Su agarre era firme, inquebrantable, pero no doloroso. Era una correa invisible.

—Nos vamos.

—Déjeme al menos despedirme de...

—¿De quién? ¿Del hombre que te ha vendido? No se merece tu adiós.

Tenía razón. Y lo odiaba por ello. Lo odiaba por ser testigo de mi humillación.

Me arrastró hacia la salida. Me resistí, clavando los tacones en la alfombra, pero era como intentar frenar la marea. Ni siquiera aminoró el paso.

Bajamos las escaleras. El salón estaba vacío. Mi padre había desaparecido, probablemente se había ido a servir otro vaso para celebrar su supervivencia. Cobarde hasta el final.

Fuera, la lluvia había redoblado su intensidad. Una limusina negra con los cristales tintados esperaba con el motor en marcha, como una bestia lista para saltar. Uno de los hombres de confianza mantenía la puerta abierta.

El aire frío me golpeó la cara, recordándome que aquello era real. No era una pesadilla de la que fuera a despertar. Dejaba la casa de mi infancia. Dejaba mi libertad.

Dante me empujó suave pero firmemente hacia el interior del coche. El interior olía a cuero nuevo y a ese mismo perfume, amaderado y peligroso, que emanaba de él. Se sentó a mi lado. La puerta se cerró, encerrándonos en un silencio hermético.

El coche arrancó, deslizándose sobre la entrada húmeda. Miré por el cristal tintado cómo mi casa se alejaba, desapareciendo bajo la cortina de lluvia.

Me giré hacia él. Estaba sentado, relajado, con una pierna cruzada sobre la otra, tecleando en su teléfono como si acabara de hacer un recado cualquiera y no de secuestrar a una mujer.

—¿Qué va a hacer conmigo? —pregunté, con la voz más pequeña de lo que hubiera querido.

Giró lentamente la cabeza hacia mí. En la oscuridad del habitáculo, sus ojos grises parecían brillar.

—¿Hacerte?

Sonrió, y esta vez la sonrisa llegó a sus ojos. Era aterrador. Era una promesa de devastación.

—Voy a casarme contigo, Elena. Voy a ponerte mi anillo en el dedo, a darte mi apellido y a hacer de ti la mujer más poderosa y temida de esta ciudad.

Se inclinó, con su boca casi rozando la mía. Sentí su aliento cálido en mis labios y mi corazón se aceleró en un pánico confuso que se parecía peligrosamente a la excitación.

—Y a cambio —susurró—, me lo darás todo. Tu cuerpo. Tu alma. Tus pensamientos. No habrá lugar para nada más que no sea yo.

Se echó hacia atrás, apoyándose cómodamente en el asiento de cuero.

—Bienvenida al infierno, señora Salvatore.

El cristal de separación entre nosotros y el chófer bajó. Dante dio una dirección. No era un hotel. No era una oficina.

—A la Mansión —ordenó.

El coche aceleró, adentrándose en la noche cerrada, llevándome hacia un destino que no había elegido, con un monstruo al que ya empezaba a temer... y a querer desafiar.

Apreté los puños sobre mis rodillas. ¿Quiere una esposa? Se va a arrepentir de haberme elegido.

Dante puso su mano sobre la mía, cubriendo mi puño cerrado con su palma ancha y cálida. No dijo nada. Se limitó a sujetarme, prisionera, mientras la ciudad desfilaba como un sueño roto.

La captura había terminado. La pesadilla no había hecho más que empezar.

2.

DANTE.

La reja de hierro forjado de la propiedad Salvatore se abrió con un chirrido siniestro, como las fauces de una bestia titánica devorando a su presa. La limusina se adentró en el camino flanqueado por robles centenarios, cuyas ramas desnudas, azotadas por el viento, parecían dedos esqueléticos que intentaban arañar el cielo de tinta.

A mi lado, Elena no se movía. Se había quedado rígida en el instante en que cruzamos el portal. Casi podía oír su ritmo cardíaco acelerándose, un pequeño tambor enloquecido contra sus costillas. Miraba por la ventana, pero yo sabía que no estaba viendo el paisaje. Veía los muros de cierre de tres metros de altura. Veía las cámaras de vigilancia ocultas entre el follaje. Veía a los guardias armados patrullando con perros.

Estaba calculando.

Eso me gustaba. Una mujer estúpida habría llorado. Una mujer inteligente buscaba las grietas.

—¿Aquí es donde esconden los cadáveres? —preguntó, con su voz afilada rompiendo el silencio acolchado del habitáculo.

Giré la cabeza hacia ella. En la penumbra, su piel parecía luminosa, casi irreal. El vestido esmeralda que llevaba estaba arrugado, un vestigio de su vida de antes, la que se había terminado hace exactamente cuarenta minutos.

—No escondo nada, Elena. No lo necesito.

El coche se detuvo ante la mansión. Era una edificación maciza, de arquitectura gótica victoriana, sombría y amenazante. La piedra gris parecía absorber la luz de los faros en lugar de reflejarla. Era un mausoleo para los vivos, un lugar donde la esperanza venía a morir de frío.

El chófer abrió mi puerta. Salí, estirando las piernas, y respiré hondo el aire nocturno. Tenía ese olor a tierra mojada y a poder puro que tanto me agradaba.

Extendí la mano hacia el interior del coche.

—Sal.

Elena vaciló un segundo, lo justo para mostrarme su desafío; luego, ignoró mi mano tendida y salió por su cuenta. Sus tacones resonaron sobre los adoquines húmedos. Levantó la cabeza para observar la fachada y vi sus hombros tensarse ante el asalto de la lluvia gélida.

—Es grande —comentó con desprecio—. Para un solo hombre. Debe de haber mucho eco en el vacío.

Una sonrisa estiró mis labios. Tenía garra.

—Me gusta el espacio. Y el silencio. Procura recordarlo.

Le hice una seña para que avanzara hacia la inmensa doble puerta de madera negra. Dos de mis hombres, apostados a cada

lado como gárgolas con traje de Armani, abrieron las hojas antes incluso de que llegáramos al primer escalón.

—Bienvenida a tu casa.

Se detuvo en el umbral, con un pie en el aire, como si entrar equivaliera a aceptar su condena.

—Esto no es mi casa. Es mi prisión.

Me incliné hacia ella, con mi boca rozando su oreja, paladeando el escalofrío involuntario que recorrió su nuca.

—La diferencia es una cuestión de perspectiva. Aprende a obedecerme y será un palacio. Sigue resistiéndote y será una mazmorra. Tú eliges.

Posé la mano en el hueco de su espalda (un gesto posesivo, íntimo) y la empujé hacia el interior. El calor de su piel quemó mi palma a través de la fina seda de su vestido. Una descarga eléctrica me recorrió el brazo y fue a alojarse directamente en mi entrepierna.

Joder. Esto iba a ser más complicado de lo previsto. No esperaba que su contacto fuera tan adictivo. Se suponía que era una transacción. Una adquisición. No una obsesión.

ELENA.

El interior era peor que el exterior.

Si el exterior era amenazante, el interior resultaba asfixiante por su lujo y frialdad. El vestíbulo era una catedral de mármol blanco y negro. Una lámpara de cristal, grande como un coche pequeño, colgaba del techo abovedado, proyectando destellos de luz fría sobre las paredes desnudas.

No había fotos. Ni flores. Ni rastro de vida. Todo estaba inmaculado, quirúrgico, como si nadie viviera realmente allí.

Una mujer de cierta edad, vestida con un uniforme blanco y negro muy estricto, esperaba con las manos entrelazadas frente a ella y la cabeza baja. Temblaba ligeramente.

—Buenas noches, señor Salvatore —susurró sin atreverse a levantar la vista.

—Greta. Esta es Elena. Vivirá aquí a partir de ahora.

La gobernanta levantó brevemente los ojos hacia mí. Vi en ellos piedad. Una piedad aterrorizada. Era peor que un insulto.

—Señorita —dijo—. ¿Quiere que me lleve su abrigo?

Yo no llevaba abrigo. Tenía frío hasta los huesos, pero el hielo venía de dentro.

—No, gracias —respondí, y mi voz resonó con demasiada fuerza en aquel vestíbulo inmenso—. No pienso quedarme.

Dante soltó una risita seca, un sonido que recordaba a la grava siendo aplastada. Empezó a quitarse la chaqueta del traje, revelando la camisa blanca que moldeaba sus hombros anchos y los músculos de su espalda. Cada movimiento que hacía era fluido, depredador. Emanaba una energía masculina tan densa que parecía succionar el oxígeno de la habitación.

Le tendió la chaqueta a Greta sin mirarla.

—Prepare la suite. Y deshágan se de esa basura. Quémenlo todo.

Me giré hacia él, escandalizada.

—¡Son mis cosas! No tiene derecho a...

Dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia a nada. Tuve que levantar la cabeza para sostenerle la mirada. Sus ojos grises eran tormentas cautivas.

—Ya no tienes cosas, Elena. Lo que has traído de esa casa de perdedores apesta a derrota. No quiero nada de tu pasado aquí.

Empiezas de cero. Con lo que yo te dé.

—¡No quiero nada de usted!

—No tienes elección.

Me agarró la muñeca. Su presión no era dolorosa, pero sí implacable. Era acero revestido de terciopelo.

—Ven.

Me arrastró hacia la gran escalera central. Tropecé, a punto de caer, pero me sostuvo sin esfuerzo, como si yo pesara lo mismo que una pluma. Detestaba la facilidad con la que me manipulaba físicamente. Me sentía como una muñeca de trapo en manos de un gigante caprichoso.

Subimos los peldaños en silencio. La mansión era inmensa, laberíntica. Los pasillos se extendían a cada lado, sumidos en la oscuridad. Me preguntaba cuántas habitaciones habría allí. ¿Cuántos escondites? ¿Cuántos secretos?

Se detuvo ante una doble puerta de caoba en el primer piso. La abrió y me empujó al interior.

Me esperaba una habitación de invitados, impersonal y de color beige. Lo que vi me cortó la respiración.

Era un dormitorio inmenso, decorado en tonos azul noche y plata. Una cama con dosel reinaba en el centro, lo bastante grande para albergar a cuatro personas. Una chimenea de mármol ya chisporroteaba, difundiendo un calor acogedor. Pero lo que captó mi atención fue el ventanal que ocupaba toda una pared, ofreciendo una vista panorámica del dominio oscuro y, a lo lejos, las luces centelleantes de la ciudad.

Mi ciudad. Tan cerca y, sin embargo, inaccesible.

—El baño está por ahí —dijo Dante señalando una puerta a la izquierda—. El vestidor está lleno. Greta tiene tus medidas.

Me quedé helada.

—¿Cómo que tiene mis medidas?

Se apoyó contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre su potente pecho. Una media sonrisa arrogante bailó en sus labios.

—Te observo desde hace mucho tiempo, Elena. Lo sé todo de ti. Tu talla de ropa, tu número de pie, tu alergia a las fresas y el hecho de que duermes sobre el lado izquierdo.

Un escalofrío de puro horror me atravesó. Aquello no era romántico. Era acoso. Era el rastreo de un depredador que estudia a su presa antes de saltar.

—Es usted un enfermo —susurré.

Se encogió de hombros, indiferente.

—Soy un hombre que prepara sus inversiones. Ahora, desnúdate.

El mundo se detuvo.

—¿Qué?

Se despegó de la pared y entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. El ruido del cerrojo al encajarse resonó como un disparo.

—Ese vestido —dijo señalando mi ropa con un gesto despreciativo de la barbilla—. Apesta al whisky barato de tu padre y al polvo de tu casa en ruinas. Quítatelo.

Retrocedí hasta chocar con el pie de la cama.

—No.

Siguió avanzando, lenta, metódicamente.

—Elena. No me obligues a hacerlo yo mismo. No te va a gustar que pierda la paciencia.

—¡No voy a desnudarme delante de usted! Si quiere violarme, adelante, hágalo, demuestre que es el monstruo que todo el mundo describe, ¡pero no espere que se lo ponga fácil!

Se detuvo en seco. Su rostro se endureció y sus facciones se volvieron tan afiladas como una hoja de afeitar. Una cólera fría, controlada, se encendió en sus ojos.

En una fracción de segundo, se abalanzó sobre mí. No me golpeó. Me agarró por la cintura y me estampó contra su cuerpo duro como la roca. Su mano libre sujetó mi nuca, obligándome a mirarlo, impidiéndome desviar la vista.

Estaba tan cerca que nuestros alientos se mezclaban. Podía ver las motas de plata en sus iris grises. Podía sentir el calor bruto que emanaba de él, una hoguera que contrastaba con la frialdad de sus palabras.

—Escúchame bien, pequeña furia —gruñó, con su voz grave vibrando contra mi pecho—. Si quisiera violarte, ya lo habría hecho. No necesito la fuerza para tomar a una mujer. Nunca he necesitado la fuerza.

Aflojó ligeramente la presión sobre mi nuca y su pulgar acarició distraídamente la piel sensible bajo mi oreja. Ese contacto, tan dulce en medio de tanta violencia, me hizo flaquear.

—No soy un animal —continuó—. Soy un hombre de principios. No te tocaré hasta que me supliques que lo haga.

Solté una risa nerviosa, histérica.

—Puede esperar sentado a que el infierno se congele, Dante Salvatore. Jamás le suplicaré. Me da asco.

Acercó su rostro al mío, con sus labios casi rozando los míos. El aire entre nosotros chisporroteaba, cargado de una tensión sexual tan espesa que no podría haberse cortado ni con un cuchillo. Mi

cuerpo, ese traidor, reaccionaba. Mis pechos se volvían pesados, mis piernas flaqueaban. Lo odiaba, pero mi cuerpo reconocía su poder.

—Ya veremos —susurró—. El odio y el deseo son las dos caras de la misma moneda, Elena. Y tú eres muy apasionada.

De repente, me hizo pivotar. Antes de que pudiera reaccionar, oí el ruido seco de la tela rasgándose. La cremallera de mi vestido acababa de ceder bajo su mano.

La seda se deslizó por mis hombros, revelando mi sujetador de encaje negro, y cayó en un montón a mis pies. Me quedé en ropa interior delante de él.

Solté un grito de rabia y crucé los brazos sobre el pecho para cubrirme, roja de vergüenza y furia.

—¡Había dicho...!

—Dije que no te violaría. No dije que no te dejaría desnuda.

Retrocedió un paso, inspeccionándome de pies a cabeza. Su mirada no era lúbrica. Era posesiva. Estaba marcando su territorio. Inspeccionaba cada centímetro de mi piel como si fuera su propietario legítimo.

—Magnífica —soltó simplemente.

Se dirigió al vestidor, sacó una camisa de seda blanca de hombre y me la lanzó. Aterrizó en mi cara.

—Ponte esto. Mañana vendrán los modistos.

Se dirigió a una puerta opuesta a la que habíamos entrado.

—¿A dónde va? —grité, poniéndome a toda prisa la camisa que me llegaba a medio muslo.

Abrió la puerta. Al otro lado, vi otra habitación, todavía más grande, más oscura. La suya.

—Yo duermo ahí —dijo señalando la estancia sombría—. Justo al otro lado.

—¡Voy a echar la llave a esta puerta!

Se dio la vuelta con una mano en el pomo. Su sonrisa regresó, más cruel que nunca.

—Mira bien, Elena.

Miré la puerta. No había cerrojo. Ni cerradura. Ni pomo de mi lado. Era una puerta batiente que solo podía bloquearse desde su lado.

—Eres libre de moverte por tu habitación y tu baño —explicó con calma—. Pero el acceso al pasillo está cerrado desde fuera. Y el acceso a mi habitación... eso lo decido yo cuando esté abierto.

—¡Me está secuestrando!

—Te estoy protegiendo.

Cerró la puerta. Oí el sonido pesado de un cerrojo encajándose de su lado.

Me precipité hacia la puerta del pasillo. Cerrada. Corrí hacia la ventana. Tiré de la manivela. Se abrió. El aire frío entró. Pero a diez centímetros del cristal, unos barrotes de hierro forjado, trabajados artísticamente para parecer zarzas, bloqueaban el paso.

Solté un grito de pura frustración y agarré un jarrón de porcelana de la cómoda. Lo lancé con todas mis fuerzas contra la puerta que daba a su habitación. Se hizo añicos con un estrépito satisfactorio.

Al otro lado, silencio absoluto. Ni siquiera reaccionó. Sabía que yo era impotente.

Me dejé deslizar hasta el suelo, en medio de los restos de porcelana, con la camisa de mi captor sobre la espalda y su olor envolviéndome como un sudario.

No era una invitada. No era una prometida. Era el nuevo juguete de Dante Salvatore. Y él tenía la intención de jugar hasta que yo me rompiera.

DANTE.

Oí el jarrón romperse contra la puerta. Me quedé inmóvil en medio de mi habitación, escuchando cómo terminaban de caer los fragmentos, luego el silencio y, después, un sollozo ahogado. Solo uno. No se permitió más.

Me miré las manos. Temblaban ligeramente. No de miedo, sino por una necesidad de violencia contenida. Verla a medio desnudar, con sus ojos verdes lanzando chispas, su pecho agitado por la rabia... aquello había despertado en mí algo primitivo, algo negro que creía haber enterrado junto con mi humanidad hacía años.

Verla intentar plantarme cara era el espectáculo más excitante que había presenciado en una década.

Me dirigí al mueble bar de cristal en la esquina de mi habitación y me serví un vaso de bourbon. Lo bebí de un trago, pero el ardor del alcohol no hizo nada por apagar el fuego de mis venas.

Me acerqué al muro de pantallas de seguridad oculto tras un cuadro. Una de las pantallas mostraba la habitación contigua. Elena estaba sentada en el suelo, encogida, con las rodillas contra el pecho. Parecía un ángel caído, perdido en los infiernos.

Posé el dedo sobre la pantalla, trazando el contorno de su silueta.

Creía que yo solo quería una mujer trofeo para limpiar el blasón de los Salvatore frente a los rusos. Creía que era política. Se equivocaba.

Saqué mi teléfono y marqué un número.

—¿Está hecho? —pregunté cuando descolgaron.

—Sí, jefe —respondió la voz de Alexei—. El banco está embargando la casa de Marco Valenti, tal como se planeó. Y hemos encontrado los documentos en su caja fuerte.

—¿Qué documentos?

—Los que demuestran que lo sabía.

Cerré los ojos. Una oleada de odio puro me inundó.

—¿Sabía desde el principio que era yo quien estaba comprando sus deudas?

—Sí. Sabía que usted venía a por ella. Apostó a su hija, Dante. Esperaba que usted se la llevara y borrara la cuenta. Prácticamente se la empaquetó de regalo.

Colgué sin responder. El teléfono crujió bajo la presión de mi mano.

Elena me odiaba porque pensaba que la había arrancado de su vida perfecta. Todavía no sabía que su vida era una mentira, que su padre la había vendido mucho antes de que yo cruzara su puerta esta noche.

Miré de nuevo la pantalla. Se había levantado y caminaba hacia el baño con el rostro decidido. Iba a lavarse. Iba a intentar frotar para quitarse mi olor de la piel.

Frota todo lo que quieras, Elena, pensé. Ya estás marcada.

Empecé a desanudarme la corbata. La noche iba a ser larga. Y mañana empezaría el verdadero adiestramiento. Tenía que aprender que aquí solo había una ley. La mía.

Pero mientras me preparaba para entrar en la ducha, un pensamiento insidioso atravesó mi mente blindada. Por primera vez en mi vida, no quería solo obediencia. Quería que me mirara. No con miedo. No con odio. Quería que me mirara como yo la miraba a ella. Con ese hambre devoradora que podría incendiar el mundo entero.

Era un pensamiento peligroso. Un pensamiento de mortal. Espanté esa debilidad. El amor era para los poetas y los imbéciles. Yo no era ninguna de las dos cosas. Yo era el Rey de la ciudad. Y acababa de capturar a mi Reina.

Aunque algún día llegara a intentar matarme, reinaría a mi lado.

3.

ELENA.

Me desperté con la sensación de haber tragado vidrio molido. Durante una fracción de segundo, en la bruma algodonosa del sueño, creí que estaba en mi casa. Que la tormenta, la deuda, los hombres de negro... todo aquello no había sido más que una pesadilla provocada por el estrés.

Entonces, inspiré. El aire no olía al polvo y a la lavanda seca de mi habitación. Olía a cedro, a limpio, y a ese aroma masculino y especiado que se me había incrustado en los poros: él.

Abrí los ojos. El techo era demasiado alto. Las molduras eran demasiado perfectas. Y la luz que se filtraba a través de las pesadas cortinas era demasiado gris. Me incorporé bruscamente, con el corazón golpeando mis costillas como un pájaro atrapado. La camisa de seda de Dante se deslizó por mi hombro. Aún la llevaba puesta. Era lo único que me separaba de la desnudez, una fina capa de tela que pertenecía a mi carcelero.

Apaté las sábanas de una patada (de un satén gris perla, frío y resbaladizo) y posé los pies descalzos sobre la alfombra espesa. Corrí hacia la ventana.

Fuera, el día había amanecido, pero era un día sin sol, sofocado por un manto de nubes bajas. La propiedad se extendía hasta perderse de vista: céspedes cuidados con un verde casi artificial, estatuas de piedra con rostros atormentados y, a lo lejos, esa muralla que rodeaba el recinto, coronada con alambre de espino y cámaras.

Era magnífico. Era terrorífico.

Apoyé la mano en el cristal. El frío me atravesó la palma. Mis dedos encontraron el metal helado de las rejas labradas del exterior.

Una jaula de oro. La expresión era un cliché, pero en ese momento tenía el sabor amargo de la realidad.

Llamaron a la puerta. Dos golpes secos, precisos. Me quedé petrificada, cubriéndome los muslos desnudos con los faldones de la camisa.

—Adelante —dije con voz ronca.

No fue Dante. Era la mujer de ayer. Greta. Sostenía una bandeja de plata humeante.

—Buenos días, señorita Valenti —dijo sin mirarme, dejando la bandeja sobre un velador cerca de la chimenea apagada—. El señor Salvatore me ha pedido que le traiga café y que le informe de que el desayuno se servirá en treinta minutos.

La observé. Tendría unos cincuenta años, el rostro inexpresivo, los gestos mecánicos. Tenía miedo. Lo notaba en la forma en que encogía ligeramente los hombros, como si esperara recibir un golpe.

—¿Dónde está él? —pregunté.

—El señor está en su despacho. Trabajando.

Se dirigió hacia el inmenso vestidor que yo había vislumbrado la noche anterior.

—He preparado su baño, señorita. Y los estilistas han entregado el guardarropa esta mañana al alba. El señor ha hecho tirar sus... antiguas pertenencias.

La rabia, esa vieja amiga que me mantenía en pie desde anoche, se encendió de nuevo.

—¿Ha tirado mi ropa? ¿Incluso mi bolso?

Greta se volvió hacia mí con una mirada de disculpa.

—Su bolso está sobre el tocador. El teléfono ha sido retirado, por supuesto. Pero ha dejado la foto.

Me precipité hacia el tocador. El portarretratos de mi madre estaba allí. Lo agarré, apretándolo contra mi pecho como un talismán. Era la única prueba de que había existido una vida, un ser humano, antes de Dante Salvatore.

—Treinta minutos —repitió Greta—. No le gusta esperar.

Salió, dejándome a solas con el silencio opresivo de la habitación.

No quería tomar ese baño. Quería seguir sucia, mantener sobre mí el sudor de mi miedo y el olor de mi vida pasada. Pero sentía el perfume de Dante sobre mí, impregnado en su camisa, y eso me daba náuseas. Tenía que lavarme de él.

Entré en el baño. Era un templo de mármol blanco. La bañera era lo bastante grande como para ahogar a una familia entera. Me sumergí en el agua hirviendo y froté mi piel hasta que se puso roja.

Al salir, me envolví en una toalla mullida y entré en el vestidor. Me detuve en seco.

No era un armario. Era una boutique de lujo. Filas enteras de ropa, clasificadas por color y textura. Vestidos de seda, pantalones de traje cortados con bisturí, blusas diáfanas, lencería de encaje fino que parecía costar más que mi pequeño coche de estudiante.

Todo era de mi talla. Todo era de un gusto exquisito. Y todo había sido elegido por él.

Recorrí las perchas con la punta de los dedos. No había vaqueros. No había jerséis cómodos. Era un guardarropa de mujer trofeo, hecho para ser admirada, tocada y desvestida fácilmente.

Me negaría a llevar los vestidos. Me negaría a ser su muñeca. Elegí un pantalón negro de talle alto, ancho y fluido, y un jersey de cuello vuelto de cachemira negra, sin mangas. Era sobrio. Severo. Era una armadura de luto.

Me miré en el espejo de cuerpo entero. Mi cabello negro caía en una cascada lisa sobre mi espalda. Mis ojos verdes tenían ojeras,

pero brillaban con una determinación fría. Parecía una viuda negra antes de tiempo.

—Muy bien, Dante —susurré a mi reflejo—. ¿Quieres jugar al señor de la casa? Vamos a desayunar.

DANTE.

Me estaba bebiendo mi tercer espresso cuando oí sus pasos en el pasillo. El sonido era diferente al de Greta o al de mis hombres. Era un paso ligero, pero decidido. Sin arrastrar los pies, sin vacilaciones.

Sonreí tras mi taza. No se estaba escondiendo.

Estaba sentado al extremo de la larga mesa de roble del comedor, con mi iPad delante mostrando la bolsa de Tokio. Pero mi atención estaba totalmente centrada en la puerta.

Entró.

El aire cambió al instante. Fue como si alguien hubiera abierto una ventana en pleno invierno. Traía consigo una tensión eléctrica, un frío penetrante.

La analicé. Iba toda de negro. El pantalón acentuaba la finura de su cintura; el cuello vuelto moldeaba su pecho sin revelar nada, dejando expuestos sus brazos desnudos y pálidos. Poseía una elegancia gélida. Había rechazado los vestidos de seda, los colores, la suavidad. Había elegido el negro. Me desafiaba incluso con su ropa.

Perfecta.

Dejé la taza.

—Buenos días, Elena. Eres puntual. Lo aprecio.

Se quedó de pie al otro extremo de la mesa, a diez metros de mí. Una distancia de seguridad irrisoria.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó sin preámbulos.

Nada de "buenos días". Nada de lágrimas. Solo un ataque.

—Siéntate. Come. Después hablaremos.

No se movió. Cruzó los brazos sobre el pecho, con los músculos tensos bajo su piel de alabastro.

—No tengo hambre. Quiero saber qué ha hecho con él.

Suspiré y me levanté. Su reacción fue inmediata. Retrocedió medio paso, con el cuerpo poniéndose en alerta. Era un reflejo de supervivencia, primario, delicioso.

Caminé lentamente hacia ella, rodeando la mesa. Veía cómo su pupila se dilataba a medida que me acercaba. Tenía miedo, sí. Pero no huía.

—Tu padre —dije deteniéndome a un metro de ella— está actualmente en un avión rumbo a México. Le he dado cincuenta mil dólares y una identidad nueva. Es más de lo que vale.

Parpadeó, encajando el golpe.

—Él... ¿se ha ido? ¿Sin mí?

—Te vendió, Elena. ¿Pensabas que se iba a quedar para darte un abrazo de despedida? Marco Valenti nunca ha amado a nadie más que a sí mismo. Eras su última moneda de cambio y la ha gastado.

Vi el dolor cruzar su rostro, bruto y desnudo. Su labio inferior tembló, pero se lo mordió violentamente para evitar llorar. Era fuerte. Más fuerte de lo que había previsto.

—No le creo —susurró.

Saqué el teléfono del bolsillo, desbloqueé la pantalla y le mostré una foto recibida hacía una hora. Era una foto tomada de lejos, en una terminal de aeropuerto. Se veía a Marco con una gorra, una bolsa de viaje al hombro, mirando nerviosamente hacia atrás. Parecía una rata abandonando el barco.

Elena clavó la vista en la pantalla. Su rostro se volvió lívido. No dijo nada. Simplemente levantó los ojos hacia mí. La tristeza había desaparecido. No quedaba más que el vacío. Y en el fondo de ese vacío, una chispa de odio puro dirigida ya no hacia su padre, sino hacia mí: el mensajero, el verdugo.

—Muy bien —dijo con voz gélida—. Ahora que soy huérfana, ¿puedo comer?

Me pilló desprevenido. Su pragmatismo era... excitante.

Retiré la silla a mi derecha.

—Por favor.

Se sentó. Yo me senté al extremo de la mesa, en ángulo recto con ella. Tan cerca que podía oler su perfume (jazmín y jabón, sin rastro del dulzor empalagoso que suelen llevar las chicas de su edad).

Greta trajo los platos. Huevos revueltos, fruta, bollería. Elena tomó una manzana verde. No tocó nada más. Le dio un mordisco con una violencia que sugería que imaginaba que era mi yugular.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó mientras masticaba.

La miré, fascinado por el movimiento de su mandíbula, por la línea graciosa de su cuello al tragar.

—¿Las reglas?

—Soy una prisionera. Las prisiones tienen reglas. Dígame qué es lo que no tengo permitido hacer para que pueda empezar a planear cómo hacerlo de todos modos.

Solté una risa sombría. Era increíble.

—Regla número uno: No sales de la propiedad. Los muros son altos, los guardias tienen orden de disparar a cualquier intruso y los

perros están adiestrados para atacar a la orden. Si intentas salir, lo sabré antes de que hayas recorrido diez metros.

Tomé un sorbo de agua para dejar que la información calara.

—Regla número dos: Nunca me prohíbes el acceso a ti. Nada de puertas cerradas con llave entre nosotros. Jamás.

Se quedó helada, con la manzana a medio camino de la boca.

—¿Qué significa eso de "el acceso a mí"?

Me incliné hacia ella, apoyando el antebrazo en la mesa. Bajé la voz, volviéndola ronca e íntima.

—Significa que quiero poder verte, hablarte o tocarte cuando me apetezca. No forzaré tu puerta, Elena, mientras no la cierres. Si intentas excluirme, destruiré cada obstáculo. ¿Está claro?

Tragó saliva con dificultad.

—¿Y la regla número tres?

—Regla número tres: Serás una esposa perfecta en público.

Dejó la manzana. El apetito parecía haberla abandonado.

—¿En público?

—Salimos esta noche.

ELENA.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Salir? La idea de dejar esta mansión, aunque fuera por unas horas, me provocó un vértigo de esperanza. Si salíamos, habría gente. Habría testigos. Quizás habría una oportunidad...

Dante pareció leerme el pensamiento como un libro abierto. Su expresión se volvió depredadora.

—Ni lo pienses, tesoro.

Se levantó y rodeó la mesa hasta quedar detrás de mí. Me puse rígida en la silla, con las manos aferradas a la tela de mi pantalón. Sentía su calor en la espalda, una presencia masiva y amenazante. Se inclinó, apoyando las manos en los brazos de mi silla, encerrándome en una jaula de carne y músculo.

—Esta noche es la gala de la Fundación Russo. Estará allí toda la crème de la crème de la ciudad. El alcalde, los jueces, tus antiguos amigos... y mis enemigos.

Acercó su rostro a mi nuca. Contuve el aliento. Sus labios rozaron mi piel sensible, un contacto ardiente que envió una descarga por toda mi columna vertebral.

—Vas a sonreír, Elena. Me vas a coger del brazo. Me vas a mirar con adoración. Y si intentas alertar a alguien, si intentas decir una palabra a un poli o correr hacia la salida...

Hizo una pausa, dejando que el silencio pesara con toda su fuerza. Su mano derecha dejó el brazo de la silla para posarse en mi garganta. No apretó. Solo dejó sus dedos ahí, sobre mi pulso acelerado, recordándome con qué facilidad podía detenerlo.

—... Entonces destruiré lo que queda de la reputación de tu padre. Publicaré las pruebas de sus fraudes. ¿Y a ti? Te traeré de vuelta aquí y te encadenaré a la cama durante todo el mes que viene.

Retiró la mano. El aire frío regresó a mi piel, pero la sensación de sus dedos persistía como una quemadura fantasma.

—No soy actriz —dije, con la voz temblando de rabia contenida.

Se enderezó y se ajustó los gemelos.

—Aprenderás. Tienes todo el día para prepararte. Greta te ayudará. Estate lista a las siete.

Por último, pronunció mi nombre con tono interrogante. No me volví.

—Ponte rojo. Me gusta el rojo.

Salió de la habitación y sus pasos resonaron en el parqué. Me quedé sola, sentada ante mi manzana mordida, con la terrible certeza de que acababa de firmar un pacto con el diablo, y de que el diable tenía un gusto exquisito para la tortura.

El día pasó en una bruma extraña. Exploré la mansión, probando los límites de mi jaula. Era inmensa. Una biblioteca de dos pisos llena de primeras ediciones. Una sala de cine privada. Un gimnasio equipado como para atletas olímpicos. Una piscina cubierta climatizada. Todo era lujo, calma y voluptuosidad. Y todo estaba cerrado con llave.

Las puertas que daban al exterior requerían un código o una huella dactilar. Las ventanas de la planta baja eran de cristal blindado. Intenté hablar con un guardia cerca de la cocina. Me miró a través de sus gafas de sol negras y ni siquiera respondió a mi saludo. Yo era un fantasma para ellos. Un mueble de valor que no se debe rayar.

A las cinco, Greta regresó con un equipo de preparación. Peluquero, maquillador. Ellos tampoco hablaban. Trabajaban rápido, con eficacia, como si prepararan un cadáver para el velatorio.

Cuando terminaron, me miré al espejo. La mujer que me devolvía la mirada era una desconocida. Tenía los labios pintados de un carmín violento, sangriento. Mis ojos estaban perfilados de negro, haciendo que mi mirada verde fuera aún más penetrante. Llevaba el pelo recogido en un moño complejo, dejando al descubierto mi nuca y mis hombros.

Y el vestido... Dante había dicho rojo. Era un vestido largo, de satén de seda rojo sangre, con una abertura hasta lo alto del muslo. El escote era de vértigo y la espalda quedaba totalmente al aire. Se pegaba a mi piel como una segunda epidermis. Era indecente, provocador e increíblemente hermoso.

Me sentía desnuda. Me sentía como una ofrenda.

Greta se acercó con un estuche de terciopelo negro.

—El señor Salvatore desea que lleve esto.

Abrió la caja. En el interior descansaba una gargantilla de diamantes y rubíes. Era una pieza pesada, antigua, magnífica. Un collar de perro de lujo.

Dejé que Greta lo abrochara al cuello. El metal frío me hizo estremecer. Las piedras pesaban sobre mis clavículas. Estaba marcada. Etiquetada. Propiedad de Dante Salvatore.

Bajé la gran escalera a las siete en punto.

Dante me esperaba abajo. Llevaba un esmoquin negro, cortado a medida, que le hacía parecer un príncipe de las tinieblas. Estaba consultando algo en su reloj, pero al oír el roce de mi vestido, levantó la cabeza.

El mundo se detuvo por segunda vez.

Sus ojos grises se oscurecieron al instante; las pupilas dilatadas devoraron el iris. No me miró como un hombre mira a una mujer. Me miró como un hambriento mira un festín. Como un dragón mira su oro. Su mirada se deslizó por mis piernas reveladas por la abertura, subió por mis caderas moldeadas por la seda, se detuvo en el collar de mi cuello y acabó encontrando mis ojos.

No había ninguna dulzura en él. Solo una posesión bruta, terrorífica.

No dijo que estuviera guapa. No me hizo ningún cumplido. Simplemente tendió la mano.

—Ven.

Bajé los últimos escalones con las piernas temblándome. Me acerqué a él, entrando en su campo gravitatorio. Tomó mi mano y la

posó en su antebrazo. Sus músculos estaban duros como la piedra bajo la tela del esmoquin.

—No olvides la regla número tres —susurró mientras nos dirigíamos a la puerta.

—No olvido nada.

Esbozó una media sonrisa, fría y afilada.

—El odio te sienta bien, Elena. Te da color.

DANTE.

El coche se deslizaba por las calles de la ciudad, que brillaba bajo la lluvia como una joya sucia y corrupta. A mi lado, Elena guardaba silencio. Miraba por la ventana, con la espalda recta, rígida. Emanaba un aura de frialdad que podría haber congelado el infierno.

Pero sentía su miedo. Brotaba de ella en oleadas sutiles. Y bajo el miedo... la rabia. Estaba magnífica. Con ese vestido rojo parecía una herida abierta, vibrante y peligrosa. Tenía ganas de desgarrarla. Tenía ganas de ponerla de rodillas aquí, ahora, en este coche, y hacer que olvidara su nombre.

Pero la paciencia era la clave. No quería solo su cuerpo. Quería su rendición.

La gala se celebraba en el Instituto de las Artes. El majestuoso edificio estaba iluminado y una multitud de fotógrafos se agolpaba tras las catenarias de terciopelo.

En cuanto se abrió la puerta, los flashes estallaron como un ataque de metralleta. Salí yo primero, abotonándome la chaqueta, y tendí la mano hacia el interior oscuro de la limusina.

La mano de Elena, enguantada en su propia reticencia, se posó en la mía. Salió.

Un murmullo recorrió la multitud. Luego, el silencio. No se esperaban esto. Esperaban verme solo, como siempre, el lobo solitario del hampa. O con alguna modelo desechable. No esperaban ver a la hija de Marco Valenti, el ángel caído de la alta sociedad, del brazo de un servidor, luciendo los rubíes de mi abuela.

Sentí los dedos de Elena crisparse sobre mi brazo. Estaba aterrorizada. Cubrí su mano con la mía, un gesto protector en apariencia, pero que en realidad era una advertencia: Te tengo.

—Sonríe —susurré sin mover los labios.

Giró la cabeza hacia mí. Y allí, bajo los flashes cegadores, hizo algo extraordinario. Sonrió. No era una sonrisa de sumisión. Era una sonrisa misteriosa, casi altiva, una sonrisa de reina que guarda un secreto. Estaba jugando el juego, pero lo jugaba bajo sus propios términos.

Avanzamos por la alfombra roja. Las preguntas llovieron.

—¡Señor Salvatore! ¿Quién es su acompañante?

—Señorita Valenti, ¿es cierto que su padre está en quiebra?

—¿Están juntos?

Me detuve ante las cámaras. Pasé un brazo alrededor de la cintura de Elena, pegándola a mí. Sentí su cuerpo tensarse, pero no se apartó.

—La señorita Valenti no es mi acompañante —declaré con voz fuerte, cortando de raíz el alboroto.

Sentí a Elena girar la cabeza hacia mí, sorprendida. ¿Pensaba que iba a humillarla?

Clavé la mirada en las cámaras, desafiando a cualquiera a contradecirme.

—Elena es mi prometida. La boda se celebrará en dos semanas.

El silencio que siguió fue absoluto. Luego, estalló el caos. Los periodistas gritaron, se empujaron.

Sentí a Elena tambalearse contra mí.

—¿Dos semanas? —susurró, tan bajo que solo yo pude oírla.

La miré, saboreando su pánico. Quería que comprendiera la urgencia. Quería que sintiera el tiempo deslizándose entre sus dedos.

La arrastré hacia la entrada del museo, dejando a la jauría atrás.

En el interior, la recepción estaba en pleno apogeo. Champán, música clásica, falsas sonrisas y puñales reales por la espalda. En cuanto entramos, las conversaciones cesaron. Era el efecto que yo producía. Miedo y respeto. Pero esta noche, las miradas no eran solo para mí. Eran para nosotros.

Éramos la pareja del año. La Bella y la Bestia. El gánster y la aristócrata arruinada. Era una historia que a esta ciudad le encantaba.

Tomé dos copas de champán de la bandeja de un camarero y le tendí una a Elena.

—Bebe. Vas a necesitarlo.

Tomó la copa con las manos apenas temblorosas.

—¿Por qué dos semanas? —preguntó con los ojos fijos en el líquido dorado.

—Porque mis enemigos se agitan. El clan ruso, los Volkov, ha hecho una oferta por los muelles esta mañana. Están tanteando mis fronteras. Necesito consolidar mi posición ahora. Nuestra unión envía un mensaje claro: los Salvatore y los Valenti están unidos. Sangre vieja y poder nuevo. Eso es intocable.

—Soy un peón —dijo amargamente—. Solo un peón en su tablero.

—La Reina es la pieza más poderosa del tablero, Elena. No lo olvides nunca.

De repente, una sombra se acercó. Un hombre alto, rubio, de ojos azules gélidos y una sonrisa demasiado amplia. Llevaba un traje blanco que contrastaba con la oscuridad reinante.

Dimitri Volkov. Mi rival. El líder de la Bratva en Chicago. El hombre que quería mi ciudad y mi cabeza.

—¡Dante! —exclamó con un marcado acento ruso, abriendo los brazos como si fuéramos viejos amigos—. Qué sorpresa. Y qué... compañía tan encantadora.

Posó la mirada en Elena. No era la mirada posesiva que tenía yo. Era una mirada sucia, viciosa. La estaba desnudando mentalmente. Sentí un impulso asesino nacer en mi interior, una marea negra de violencia. Mi mano se apretó sobre la copa de champán, amenazando con romperla.

—Dimitri —dije fríamente—. No sabía que dejaban entrar a la basura. El servicio de limpieza deja mucho que desear.

Volkov se rió, pero sus ojos siguieron fríos. Se acercó a Elena, ignorando mi insulto. Tomó su mano libre antes de que yo pudiera reaccionar y se la llevó a los labios.

—Encantado. Soy Dimitri. Si se cansa del italiano... sepa que los rusos somos mucho más... generosos.

Elena retiró la mano bruscamente, como si se hubiera quemado. Retrocedió un paso, pegándose a mí. Ese movimiento instintivo hizo rugir mi ego. Me odiaba, pero frente a él, yo era el mal menor. Yo era su monstruo.

Solté mi copa sobre una mesa cercana. El ruido del cristal contra la madera hizo girar varias cabezas. Me adelanté hacia Volkov,

dominándolo con mi estatura.

—Tócala una sola vez más, Dimitri —susurré lo bastante bajo para que nadie más oyera, pero lo bastante fuerte para que entendiera que era una promesa de muerte—, y te cortaré las manos para hacértelas tragar.

La sonrisa de Volkov se borró. Un destello de peligro puro pasó por sus ojos. La tensión entre nosotros era palpable, una chispa junto a un barril de pólvora.

—Felicidades por el compromiso —escupió—. Espero que la luna de miel sea... explosiva.

Le guiñó un ojo a Elena y desapareció entre la multitud.

Me volví hacia ella. Estaba pálida, con los ojos muy abiertos. Había visto la verdadera violencia en mí.

—Nos vamos —dije bruscamente.

—Pero si acabamos de llegar...

—He dicho que nos vamos.

La agarré del codo, con más firmeza de la necesaria, y la arrastré hacia la salida de emergencia. No podía seguir allí ni un segundo más. El olor de Volkov sobre ella, su mirada en su piel... Necesitaba llevármela lejos, devolverla a mi fortaleza.

En el coche, el silencio era distinto. Ya no era frío. Estaba cargado. Pesado. Elena me miraba. De verdad.

—Él le ha amenazado —dijo suavemente.

—Es lo que hace. Es un perro que ladra.

—Parecía que quería morder.

Giré la cabeza hacia ella. En la oscuridad, el rojo de su vestido parecía negro.

—Yo muerdo más fuerte, Elena. Recuérdalo.

Ella no bajó la vista.

—Lo sé. Por eso he tenido miedo. No de él. De lo que usted iba a hacer.

Me incliné hacia ella, atrapando su mentón entre mis dedos.

—¿Has tenido miedo por él?

—No —respondió, y su aliento acarició mis labios—. He tenido miedo de que me salpicara la sangre.

Sonreí. Una sonrisa real, sombría y satisfecha. No se había desmayado. No había llorado. Había analizado la amenaza. Era perfecta para el trono.

—Dos semanas, Elena —susurré antes de soltarle el rostro.

Ella desvió la mirada hacia el cristal, pero vi cómo apoyaba la mano en su muslo, apretando la tela roja con los dedos. Ya no estaba planeando huir esta noche. Había comprendido que el mundo exterior estaba lleno de lobos, y que estaba encerrada con el más grande de todos.

Pero veía los engranajes girar en su cabeza. No se había rendido. Solo esperaba el momento propicio.

¿Y yo? Yo esperaba a que lo intentara. Porque la captura solo es divertida si la presa se resiste.

4.

ELENA.

Tres días. Llevaba setenta y dos horas encerrada en este mausoleo de mármol y terciopelo. Setenta y dos horas sin respirar

aire puro sin que un guardia armado o el propio Dante estuvieran en mi campo de visión.

La mansión Salvatore era magnífica, era innegable. También era tan silenciosa como una tumba.

Pasaba los días errando como un fantasma por los pasillos, con mis pasos amortiguados por alfombras persas de valor incalculable. Probaba cada pomo de cada puerta. Memorizaba las rondas de los guardias. Anotaba los ángulos muertos de las cámaras. Y había pocos.

Dante estaba... ausente. Desde la gala, se había retirado a la otra ala, donde se encontraba su despacho. Solo lo veía en las comidas. Se sentaba al extremo de la mesa, imperial y frío, preguntándome si me gustaba el vino o si la seda de mis sábanas era de mi agrado, como si fuéramos una pareja normal. Pero sus ojos nunca se apartaban de mi boca cuando comía, ni de mis manos cuando sostenía la copa. Me devoraba con la mirada, pero no me tocaba.

Era una tortura psicológica. Esperaba a que yo me quebrara. Esperaba a que yo fuera hacia él.

Podía esperar sentado en el infierno.

Aquella mañana, la oportunidad se presentó en forma de un camión de reparto. Flores y Maravillas. Una ironía mordaz. Flores para una despedida de soltera que nunca tendría.

Estaba en la biblioteca de la planta baja, fingiendo leer una obra sobre la historia de Sicilia, cuando vi el vehículo aparcar cerca de la entrada de servicio, junto a las cocinas.

Llovía a cántaros. Una tormenta de verano violenta que ahogaba la propiedad bajo un diluvio gris. Los guardias odiaban la lluvia. Había notado que tendían a quedarse bajo los salientes o a agruparse en la garita con calefacción cerca del portón principal.

El chófer del camión, un joven con prisa, dejó la puerta trasera de su vehículo abierta y corrió hacia la entrada de servicio con una enorme composición floral, luchando contra el viento. La puerta de servicio se quedó entreabierta, bloqueada por un cartón.

Mi corazón dio un vuelco violento en el pecho, saltándose un latido. Era estúpido. Era arriesgado. Era mi única oportunidad.

No lo pensé. El instinto de supervivencia se impuso a la lógica. Lancé el libro sobre el sofá y me precipité hacia el ventanal de la biblioteca que daba a la terraza lateral. Cerrado. Corrí hacia el pasillo. Nadie. Greta estaba en la planta de arriba, supervisando la limpieza de mi habitación-prisión.

Crucé el vestíbulo de puntillas, con mis zapatillas sin hacer ruido sobre las baldosas. Me desvié hacia el pasillo de servicio. El olor a albahaca y ajo que emanaba de las cocinas me golpeó.

Oí voces. El repartidor y la cocinera discutían por una firma que faltaba. Me deslicé en la sombra de la despensa. La puerta de servicio estaba allí, a cinco metros. Ese rectángulo de luz gris y lluviosa era la cosa más hermosa que jamás había visto.

Inspiré temblorosamente y me lancé.

La lluvia me embistió en cuanto crucé el umbral, gélida y pesada. En un segundo, estaba empapada hasta los huesos. No me detuve. No miré atrás. El camión estaba allí, con el motor en marcha.

¿Si me subía atrás? No, el repartidor me vería al volver. Debía alcanzar el muro de cierre. Había una sección, detrás de los invernaderos, donde la hiedra era más espesa, donde las piedras parecían más antiguas. Había fichado el lugar desde mi ventana.

Corrí. El barro salpicaba mis piernas. Mis pulmones ardían. La libertad tenía un gusto metálico en mi boca. Rodeé los invernaderos, resbalando en la hierba mojada, recuperando el equilibrio por los pelos.

El muro se alzaba ante mí. Tres metros de piedra gris. Pero allí, disimulada por un roble centenario, había una pequeña puerta de madera podrida. Una antigua salida para los jardineros, probablemente condenada desde hacía años. Me arrojé contra ella. No se movió. Tiré del pomo oxidado, desollándome las palmas.

—Vamos... por favor —lloriqueé, con el pánico empezando a subir, apretándome la garganta como un tornillo de banco.

Di un golpe con el hombro. La madera crujió. Otro golpe. La puerta cedió con un chirrido siniestro, abriéndose a... una rejilla de acero flamante y nueva.

Me quedé petrificada, con las manos aferradas a los barrotes fríos, sintiendo cómo la esperanza se vaciaba de mi cuerpo como la sangre de una herida abierta. Era un callejón sin salida. Lo había previsto todo. Había reforzado incluso las salidas olvidadas.

—Corres rápido para ser una princesa.

La voz no venía de detrás de mí. Venía de todas partes. Me di la vuelta lentamente, apoyada contra la rejilla fría.

Dante estaba allí. Se encontraba a diez metros, bajo la lluvia torrencial. No llevaba abrigo. Su camisa blanca estaba empapada, pegada a su torso como una segunda piel, volviéndose traslúcida y revelando las sombras de sus tatuajes. El agua chorreaba por su rostro, por su cabello negro peinado hacia atrás.

No se movía. Ni siquiera parecía agitado. Me miraba con una tranquilidad aterradora, con las manos en los bolsillos de su pantalón de traje negro.

—Yo... —comenzó mi voz, antes de quebrarse.

Dio un paso. Solo uno. El aire a nuestro alrededor pareció densificarse, cargado de una electricidad estática que erizó los vellos de mis brazos.

—¿De verdad pensaste que dejaría una puerta abierta? —preguntó, con su voz tranquila cortando el estrépito de la tormenta —. ¿Me crees tan negligente, Elena?

Levanté la barbilla, negándome a mostrarle cuánto estaba temblando.

—Pensé que quizás tenía algún fallo.

—Yo soy el fallo —respondió avanzando aún más—. Yo soy el muro. Yo soy la puerta. Yo soy todo lo que te rodea.

Llegó a mi altura. Era inmenso, aplastante. La lluvia nos envolvía, aislándonos del resto del mundo. Extendió la mano y atrapó un mechón de mi pelo mojado, colocándolo suavemente tras mi oreja. Su tacto era ardiente contra mi piel helada.

—Estás empapada —susurró—. Vas a pillar un resfriado.

—Me da igual. Prefiero la neumonía a su compañía.

Su mirada se ensombreció. El brillo divertido desapareció, reemplazado por algo mucho más duro.

—Has intentado dejarme.

No era una pregunta. Era una acusación.

—¡Yo nunca acepté quedarme!

—Firmaste el contrato.

—¡Mi padre firmó! ¡Yo no soy un bien mueble!

De pronto me agarró por la nuca, con sus dedos envolviéndola con firmeza, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. La lluvia azotaba mi rostro, mezclándose con mis lágrimas de rabia.

—Eres mía, Elena. Cada respiración que tomas es un permiso que yo te doy. Cada paso que das es una tolerancia por mi parte. ¿Has

querido jugar a la fugitiva? Muy bien. Ahora vas a asumir las consecuencias.

No me arrastró. No me golpeó. Se limitó a soltarme y a dar media vuelta.

—Sígueme.

Y lo peor, lo más humillante, es que lo seguí. Porque no tenía a dónde ir. Porque la rejilla estaba cerrada. Y porque el aura de peligro que emanaba era tan potente que mis piernas obedecieron incluso antes de que mi cerebro pudiera protestar.

DANTE.

La rabia era una vieja amiga. Sabía controlarla, canalizarla, transformarla en combustible. Pero al verla allí, pegada contra esa rejilla, empapada y tiritando como un gatito ahogado, no fue solo rabia lo que sentí. Fue miedo.

Un miedo gélido, irracional. El miedo a que lo lograra. El miedo a que saliera de esos muros y Volkov pusiera sus manos sucias sobre ella. La había visto correr por las pantallas de control. Había admirado su determinación. Pero ahora, tenía que quebrar ese impulso de huida. No su espíritu (amaba su fuego), sino su esperanza de escapar de mí.

La conduje directamente a mi despacho. Era la estancia más sombría de la casa. Paredes paneladas de caoba, pesadas cortinas de terciopelo echadas permanentemente, olor a papel viejo, a tabaco y a poder. El fuego de la chimenea monumental estaba casi extinguido, proyectando solo reflejos rojizos sobre la alfombra.

Cerré la doble puerta con llave. El clic del cerrojo resonó como un latigazo.

Elena se quedó cerca de la entrada, chorreando agua, creando un charco sobre el parqué. Se sujetaba los brazos cruzados, temblando violentamente. Estaba patética y magnífica.

Me dirigí a mi escritorio y me senté en mi sillón de cuero. No le ofrecí una toalla. No le ofrecí asiento.

—Acércate —ordené.

Ella vaciló.

—He dicho: acércate.

Avanzó lentamente, con sus zapatillas chirriando sobre la madera. Se detuvo al otro lado del escritorio; el mueble macizo formaba una barrera entre nosotros.

—Rodea el escritorio, Elena.

Abrió mucho los ojos. Comprendió que la barrera iba a caer.

—No.

Me levanté. No bruscamente. Con una lentitud calculada. Apoyé las manos planas sobre el escritorio y me incliné hacia ella.

—Ya hemos pasado la etapa de la negociación en el barro, ahí fuera. Has infringido la regla número uno: «Nunca salir de la propiedad». ¿Te acuerdas?

—Solo intentaba...

—Has intentado robarme lo que es mío.

Rodeé el escritorio yo mismo y me apoyé contra el borde, cruzando los brazos. Ahora estaba justo delante de ella. Podía sentir el olor de la lluvia y de su miedo.

—Quítate la ropa.

Se quedó petrificada, con la boca entreabierta.

—¿Qué?

—Estás empapada. Estás manchando mi alfombra. Quítatela.

—¿Bromea? ¡No voy a volver a quedarme desnuda delante de usted!

—¿Prefieres quedarte con esa ropa mojada y enfermar? No soy tu padre, Elena. No voy a suplicarte. Es una orden.

—Váyase a la mierda.

Sonreí. Por fin. El fuego regresaba.

—Muy bien.

Me adelanté hacia ella. Retrocedió, pero chocó con una de las columnas de la biblioteca. La aprisioné, con mis brazos a cada lado de su cabeza y mis manos apoyadas en los estantes. No la tocaba, pero la envolvía por completo.

—¿Quieres jugar a la dura? De acuerdo.

Mi mano bajó y agarró el dobladillo de su camiseta empapada. De un tirón seco, la desgarré. La tela cedió con un sonido de rasgado satisfactorio.

Soltó un grito de sorpresa e intentó cubrirse el pecho, pero atrapé sus muñecas con una mano, manteniéndolas por encima de su cabeza con una facilidad desconcertante.

—Mírate —susurré recorriendo su cuerpo semidesnudo con la mirada—. Estás temblando. ¿De frío? ¿O es otra cosa?

Su sujetador era de encaje negro, traslúcido por el agua. Tenía la piel de gallina. Sus pezones apuntaban, duros como diamantes, traicionando la reacción de su cuerpo.

—Es usted un monstruo —siseó con lágrimas en los ojos.

—Soy tu dueño. Es hora de que lo asimiles.

La solté bruscamente. Ella volvió a cruzar los brazos sobre el pecho, vulnerable.

—De rodillas.

El silencio cayó en la habitación, pesado, opresivo.

—Jamás —dijo ella.

Regresé a mi sillón de cuero y me senté. Me relajé, apoyando los codos en los brazos y juntando las yemas de los dedos.

—Elena. Si no te pones de rodillas en los próximos tres segundos, hago subir a Greta. Y la despido. Necesita este trabajo para pagar los cuidados de su marido enfermo. ¿Quieres tener eso sobre tu conciencia?

Su rostro se descompuso. Era rastrero. Era cruel. Era eficaz.

—Uno —conté.

Apretó los puños.

—Dos.

Cerró los ojos y una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Lentamente, dolorosamente, dobló las rodillas. Bajó hasta la alfombra, a los pies de mi escritorio, a los pies de mi trono.

La visión de esa mujer, de rodillas ante mí, empapada, semidesnuda, con la cabeza baja, envió una descarga de poder puro por mis venas. Era más embriagador que cualquier droga.

—Mírame.

Levantó la cabeza. Sus ojos verdes ardían de odio.

—Así está bien —dije suavemente—. Quédate ahí. Y reflexiona sobre cuál es tu lugar.

Me giré hacia mi ordenador y empecé a teclear, ignorándola por completo.

ELENA.

La humillación era un ácido que me quemaba el estómago. Él ya ni siquiera me miraba. Tecleaba en su ordenador, respondía al teléfono, leía expedientes. Y yo estaba allí. De rodillas. En sujetador y empapada. Como un perro al que castigan.

El tiempo se estiró. Las rodillas empezaron a dolerme sobre la alfombra, a pesar de su grosor. El frío del aire acondicionado me mordía la piel. Tiritaba, pero me negaba a pedir clemencia. Me negaba a moverme.

Me trataba como a un mueble. Como a un objeto decorativo que se pone en un rincón. Era peor que si me hubiera gritado. Era una negación de mi humanidad.

Al cabo de lo que me pareció una hora, dejó de teclear. El silencio regresó.

Oí cómo apartaba el sillón. Sus zapatos de cuero italiano aparecieron en mi campo de visión. Se acuclilló ante mí.

Esta vez me negué a bajar la vista. Lo miré fijamente a sus iris de acero.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Su voz era más baja, más ronca.

—Váyase al infierno.

Extendió la mano y rozó mi hombro desnudo. Sus dedos estaban ardientes. Allí donde me tocaba, el frío desaparecía, reemplazado por un calor insoportable.

—Has sido muy buena —dijo, como quien felicita a un niño—. Pero sigues tensa.

Deslizó la mano por mi clavícula, descendiendo hacia el nacimiento de mis pechos. Contuve el aliento. Mi corazón latía tan fuerte que temía que lo oyera. Lo odiaba. Odiaba el hecho de que mi cuerpo se arqueara imperceptiblemente hacia su mano. Odiaba el

hecho de que, a pesar del miedo y del odio, una parte oscura de mí quería que continuara.

—¿Sabes qué les pasa a las ladronzuelas que intentan escapar? —susurró.

—¿Va a cortarme la mano?

Soltó una risa seca.

—No. Voy a quitarte otra cosa.

Se levantó y rodeó su sillón para volver a sentarse, pero esta vez lo hizo pivotar frente a mí. Abrió las piernas, una postura masculina, dominante, arrogante.

—Ven aquí.

Se palmeó el muslo.

Negué con la cabeza. Era demasiado.

—No. Me quedo en el suelo.

—Elena. No me obligues a repetir mis amenazas.

Me levanté; mis piernas entumecidas protestaron. Me acerqué a él como quien se acerca a un precipicio. Me agarró por la cintura y me subió sobre él. Caí sobre sus muslos duros. Me sentó a horcajadas, frente a él.

La proximidad era sofocante. Sentía el calor de su cuerpo a través de su pantalón y de mi fina braguita. Sentía la dureza de sus músculos. Y sentía... algo más. Una dureza distinta, presionada contra mi intimidad.

Me deseaba. El monstruo tenía hambre.

Pasó una mano por mi espalda, pegándome a él, pecho contra pecho. Su otra mano subió por mi columna vertebral, enredándose en mi pelo húmedo, tirando suavemente para exponer mi garganta.

—Hueles a lluvia —dijo hundiendo el rostro en mi cuello—. Y a miedo. Es una mezcla embriagadora.

Mordisqueó la piel sensible bajo mi oreja. Un gemido se me escapó antes de que pudiera retenerlo. Él se tensó y luego emitió un gruñido satisfecho contra mi piel.

—¿Lo ves? No quieres irte. Tu cuerpo sabe cuál es su lugar.

—Es... es solo una reacción física —jadeé, intentando apartar sus hombros anchos—. Me da miedo.

Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos estaban negros de deseo.

—El miedo es un afrodisíaco, Elena. Tanto para ti como para mí.

Deslizó la mano entre nosotros. Sentí sus dedos en mi vientre, bajando lenta, inexorablemente hacia la cintura de mis vaqueros empapados.

—No... por favor, Dante. Así no.

Se detuvo. Su mano se quedó apoyada en el botón de mi vaquero, sin abrirlo.

—¿Así no? —repitió.

—No... no como un castigo.

Me miró largamente, buscando la verdad en mis ojos. Luego, lentamente, retiró la mano.

—Tienes razón —diso, con la voz volviendo a ser fría y controlada —. Esto no sería un castigo. Sería una recompensa. Y no te la mereces. Todavía no.

Me levantó por la cintura y me depositó en el suelo, como si no pesara nada. La pérdida de contacto fue brutal. De pronto me sentí terriblemente sola y helada.

—Sal —dijo girándose hacia sus pantallas—. Ve a secarte. La cena es a las ocho.

Me quedé allí un segundo, tambaleante, confusa por esa mezcla de terror y frustración sexual que él había orquestado con maestría. Me había llevado al borde, me había hecho sentir su poder y luego me había rechazado. Me había demostrado que lo controlaba todo. Mi cuerpo. Mi deseo. Mi libertad.

Recogí los girones de mi camiseta, los apreté contra el pecho y corrí hacia la puerta. Luché con el cerrojo, con las manos temblorosas, hasta que logré abrirlo.

Justo antes de cruzar el umbral, su voz me alcanzó:

—¿Elena?

Me quedé quieta, sin volverme.

—La fecha de la boda ha cambiado.

Cerré los ojos, esperando el golpe de gracia.

—Es dentro de tres días.

Salí corriendo, huyendo del despacho, huyendo del hombre, huyendo de la verdad insoportable: la jaula acababa de encogerse, y una parte de mí, la parte oscura y retorcida que él acababa de despertar, ya no tenía ganas de huir. Tenía ganas de arder con él.

DANTE.

En cuanto la puerta se cerró, dejé caer mi fachada. Me pasé una mano temblorosa por el rostro. Mi corazón latía a un ritmo furioso, doloroso.

Tenerla sobre mis rodillas, sentir su calor, su olor, sus pequeños temblores... me había exigido cada gramo de mi voluntad no tomarla allí mismo, en el sillón, salvajemente, para marcar mi territorio de una vez por todas.

Pero si la tomaba por la fuerza, o por el miedo, perdía yo. Quería que ella se entregara. Quería que se diera cuenta de que la única forma de sobrevivir a este fuego era convertirse ella misma en el fuego.

Miré mi mano, la que había tocado su piel. Tres días. En tres días sería mi esposa ante Dios y ante los hombres. Y la noche de bodas... ya no podría esconderme tras el control.

Mi teléfono vibró sobre el escritorio. Un mensaje de Alexei.

«Los Volkov se han movido. Han incendiado el almacén 4. Saben lo de la boda. Planean algo».

Apreté el teléfono hasta que se me blanquearon los nudillos. Que vengan. Que intenten arrebatármela.

Miré el charco de agua que ella había dejado en la alfombra. Destruiría el mundo entero para que ella estuviera a salvo en esta jaula. Aunque tuviera que odiarme por la eternidad.

5.

DANTE.

La sangre era difícil de quitar de debajo de las uñas. Me frotaba las manos bajo el agua hirviendo del fregadero de acero inoxidable, en la trastienda de la carnicería que servía de tapadera para nuestras operaciones al sur de la ciudad. El agua rosácea se arremolinaba antes de desaparecer por el sifón.

—No soltó prenda hasta el final —dijo Alexei, apoyado contra la pared de azulejos, con un cigarrillo en la mano.

—Habló —rectifiqué cerrando el grifo de un gesto seco—. Dijo exactamente lo que yo quería saber. Solo que no con palabras.

Agarré una toalla áspera y me sequé las manos. El hombre atado a la silla en la habitación de al lado no volvería a hablar jamás. Era un explorador de los Volkov. Un crío, de apenas veinte años, enviado para probar las defensas perimetrales de la mansión. Había confirmado mis temores: Dimitri no solo quería el territorio. Quería humillar el nombre de los Salvatore. Y para eso, apuntaba al punto débil que yo acababa de exponer al mundo entero bajo los flashes de los fotógrafos.

Y ese punto débil se llamaba Elena.

Miré mi reloj. Las 14:00. El sastre debía de estar llegando a la mansión en treinta minutos.

—Refuerza la seguridad alrededor del ala central —ordené mientras me ponía la chaqueta—. Quiero dos hombres más en el tejado y rondas cada quince minutos, no cada hora.

—Dante... —comenzó Alexei, vacilante—. ¿Estás seguro de querer precipitar la boda? Si Volkov ataca durante la ceremonia...

Me giré hacia él, fulminándolo con la mirada.

—Si atacan, los masacraremos. Pero una vez que el anillo esté en su dedo, ella es una Salvatore. Tocar a una esposa es una declaración de guerra total que uniría a las cinco Familias contra los rusos. Mientras sea una Valenti, solo es una prometida. Un blanco móvil.

Alexei asintió, aplastando su cigarrillo en el suelo.

—¿Y ella? ¿Está lista?

Una sonrisa amarga estiró mis labios.

—Está lista para clavarme un cuchillo en la garganta. Es perfecto.

Salí al callejón gris, mientras la lluvia torrencial lavaba el olor a cobre y a muerte que me impregnaba. Subí a mi coche. Necesitaba verla. Desde la escena en mi despacho, la imagen de ella de rodillas, empapada y furiosa, atormentaba mis noches. No había dormido en cuarenta y ocho horas. Mi cuerpo era un arco tenso al límite.

Conducía rápido, saltándome los semáforos en rojo. La ciudad se apartaba a mi paso. Regresaba a casa. Hacia mi prisionera. Hacia mi futura reina.

ELENA.

La mansión estaba en ebullición. Era una colmena zumbando con una actividad silenciosa y aterradora. Hombres de negro cruzaban los pasillos con cajas de armas. Los criados corrían con pilas de lencería. Greta ladraba órdenes que yo no alcanzaba a oír a través del grosor de la puerta de mi habitación.

No tenía permiso para salir. «Por su seguridad», había dicho el guardia plantado ante mi puerta cuando intenté ir a buscar un libro.

Daba vueltas como una fiera en una jaula. Llevaba un vestido de lana gris que Dante había elegido. Cuello alto, manga larga. Un atuendo de monja. Un atuendo de penitente tras el desenfreno del vestido rojo y la casi desnudez en su despacho.

Aún me sentía sucia por la forma en que mi cuerpo había reaccionado contra él. El miedo es un afrodisíaco, había dicho. Lo odiaba por tener razón. Lo odiaba por conocer mi cuerpo mejor que yo misma.

La puerta se abrió de golpe. No era Dante. Era un hombre bajo, calvo, con gafas redondas y una cinta métrica al cuello, seguido de dos ayudantes que cargaban fundas inmensas.

—¡Señorita Valenti! —exclamó con un marcado acento francés impostado—. Soy Claude. Tenemos muy poco tiempo. El señor Salvatore exige la perfección.

Chasqueó los dedos y sus ayudantes posaron las fundas sobre la cama. Tras ellos, entró Dante.

El aire de la habitación cambió al instante. La temperatura cayó diez grados. Llevaba un traje de tres piezas gris marengo, impecable, pero su cabello estaba ligeramente húmedo y había una tensión en su mandíbula que yo no le conocía. Emanaba de él un aura de violencia contenida, como si acabara de pelear.

No me dio los buenos días. Cerró la puerta y se apoyó contra ella, cruzando los brazos. Era el guardián del umbral. Juez y jurado.

—Empieza, Claude —dijo con voz baja.

Claude, visiblemente aterrorizado por Dante, se volvió hacia mí.

—Bien, bien. Señorita, si fuera tan amable de... quitarse el vestido.

Me quedé petrificada.

—¿Él se queda aquí? —pregunté señalando a Dante.

Dante enarcó una ceja.

—Es mi habitación, Elena. Y es mi vestido el que te vas a probar.

—¡Es mi cuerpo!

—Que me pertenecerá legalmente en cuarenta y ocho horas. No seas puritana. Vi más de ti anteayer por la noche de lo que el pobre Claude verá jamás.

Me puse roja de golpe, mientras el recuerdo de sus manos en mis muslos me golpeaba de lleno. Claude tosió, incómodo, mirando sus zapatos de charol.

Pasé detrás del biombo de seda que las ayudantes habían desplegado. Me quité el vestido de lana con gestos bruscos por la rabia. Me quedé en ropa interior.

—El vestido, señorita —susurró una ayudante tendiéndome una nube de tela blanca.

Me lo puse. Pesaba. Increíblemente pesado. La seda se deslizó sobre mi piel como agua fresca. El corpiño se ciñó a mi cintura.

Salí de detrás del biombo.

Claude soltó un pequeño grito de admiración teatral.

—¡Magnífico! ¡Una visión!

Me miré en el gran espejo. El vestido era una obra de arte, y una prisión. Era un corte sirena de encaje de Calais, moldeando cada curva de mi cuerpo hasta las rodillas antes de abrirse en una cola espectacular. La espalda quedaba al aire hasta los riñones. El escote era profundo, vertiginoso, indecente para una iglesia, pero cubierto por un velo de tul ilusión que daba la impresión de que el encaje estaba tatuado directamente en mi piel.

Era blanco. De un blanco virginal, puro. La mentira más flagrante de la historia.

Levanté la vista hacia el reflejo de Dante en el espejo. No miraba el vestido. Miraba mi rostro, luego mi cuello, luego la curva de mis caderas. Se despegó de la puerta y avanzó. Claude y sus ayudantes se apartaron precipitadamente, como peces huyendo de un tiburón.

Dante se detuvo justo detrás de mí. No me tocó. Simplemente inspiró, cerca de mi cabello.

—Demasiado holgado aquí —dijo señalando mi cintura.

—Señor, ya está muy ajustado —se atrevió Claude—. No podrá sentarse.

—No necesitará sentarse. Necesitará mantenerse erguida. Ciñan más.

Posó sus manos en mis hombros desnudos. Su palma estaba caliente, rugosa. Me estremecí.

—Le gusta esto, ¿verdad? —susurré a su reflejo—. Convertirme en una muñeca.

—Me gusta que las cosas estén perfectamente ajustadas, Elena.

Hizo deslizar sus manos por mis brazos desnudos, lentamente, hasta mis muñecas. Las sujetó y las llevó frente a mí, cruzadas sobre mi vientre.

—El blanco te sienta bien. Oculta la oscuridad de tus pensamientos.

—Mis pensamientos son lo único que usted no posee.

Clavó su mirada en la mía a través del espejo. Sus ojos eran tormentas grises.

—De momento.

Se volvió hacia el sastre.

—El velo.

La ayudante trajo un velo catedral, inmenso, bordeado con el mismo encaje. Lo prendió en mi pelo. Dante tomó la tela diáfana y la echó sobre mi rostro.

El mundo se volvió borroso. Veía a Dante a través de una bruma de tul blanco. Era como estar encerrada en un capullo. Se acercó, con su rostro a pocos centímetros del mío, separado por el velo.

—Estás lista —decretó.

No había alegría en su voz. Solo una satisfacción sombría, posesiva. Retrocedió.

—Todo el mundo fuera. Dejen el vestido.

—Pero señor, tenemos que hacer los arreglos...

—He dicho fuera.

Claude hizo una señal a su equipo. Recogieron sus cosas en un tiempo récord y desaparecieron, dejando tras de sí un olor a laca y a miedo.

Estábamos solos. Yo, aprisionada en diez mil dólares de seda blanca. Él, depredador de traje gris.

—Quítate ese velo —dijo.

Levanté las manos para alzar el tul, pero él me detuvo.

—No. Déjame a mí.

Levantó el velo lentamente, con una reverencia que me perturbó más que su violencia. Lo echó hacia atrás, despejando mi rostro. Luego, sin previo aviso, puso sus manos en mi cintura, hundiéndose sus dedos en la tela, y me levantó para subirme al pequeño podio frente al espejo. De pronto me encontraba más alta que él.

Avanzó entre mis piernas. El vestido estaba tan ajustado que no podía retroceder. Su rostro quedó al nivel de mi pecho. Sentí mi corazón latir desbocado contra mis costillas, visible bajo el encaje fino.

—¿Tienes miedo? —preguntó, con los ojos fijos en la pulsación rápida en la base de mi cuello.

—Sí.

—Bien. El miedo te mantiene viva.

Levantó una mano y trazó el contorno del escote del vestido, rozando con su índice la piel de mis pechos. Mi respiración se cortó.

—Dimitri Volkov va a intentar matarte, Elena.

La frase cayó como una guillotina. Bajé los ojos hacia él, conmocionada.

—¿Qué?

—Sabe que eres mi debilidad. O al menos, la que exhibo.

—¿Yo soy su debilidad? —reí nerviosamente—. Soy su prisionera.

Levantó la vista hacia la mía. La intensidad de su mirada me clavó en el sitio.

— Es lo mismo. Lo que uno posee termina por poseernos. Debo velar por ti, vigilar cada puerta, cada sombra. Ocupas mi mente, Elena. Agotas mis recursos.

Deslizó su mano tras mi nuca y me atrajo hacia él, obligándome a inclinarme. Nuestras frentes se tocaron.

—Si se te acerca... si te toca... quemaré esta ciudad hasta los cimientos.

Sentí su aliento caliente en mis labios. Había una desesperación en su voz, una furia bruta. De pronto comprendí que la jaula no era solo para impedirme salir. Era para impedir que los monstruos entraran. Y Dante era el guardián de la puerta.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué yo? Hay otras mujeres. Mujeres que no lo odian.

Cerró los ojos un segundo, como si luchara contra sí mismo.

—Porque eres la única que me hace sentir algo distinto al aburrimiento o al asco. Aunque sea odio. Es real.

Retrocedió bruscamente, rompiendo el contacto. El frío me invadió al instante.

—Quítate ese vestido. Cenamos en una hora. Y esta noche, firmamos el contrato.

—¿Qué contrato?

—El contrato prematrimonial. Los términos legales. La separación de bienes. Y las cláusulas de... fidelidad.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pomo.

—Ah, ¿y Elena? Esta noche comes. No quiero que una novia esquelética camine hacia el altar.

Salió, dejándome a solas con mi reflejo de novia fantasma, con el corazón latiendo al ritmo de una cuenta atrás mortal.

DANTE.

Me serví un vaso de escocés, con las manos temblando ligeramente. No de miedo. De adrenalina. Verla con ese vestido... era como ver mi propia condenación avanzando hacia mí, envuelta en encaje blanco. Era tan pura, tan intocable, y yo iba a mancharla con mi nombre, mi vida, mis guerras.

Bebí de un trago. El alcohol me quemó la garganta, un dolor bienvenido.

Llamaron a la puerta de mi despacho.

—Adelante.

Era mi abogado, Vittorio. Un anciano seco como un pergamino que había servido a mi padre antes que a mí. Traía un maletín de cuero gastado.

—¿Todo listo, Don Salvatore?

—Sí. ¿Están incluidas las cláusulas especiales?

Vittorio vaciló, ajustándose las gafas.

—Dante... Esas cláusulas son arcaicas. La ley del Estado jamás reconocerá la validez de un documento así. Es esclavitud disfrazada.

Me senté tras mi escritorio, posando mi vaso vacío sobre la madera oscura.

—La ley del Estado no me interesa, Vittorio. Este contrato no es para el juez. Es para ella. Y para mí. Es un símbolo.

—Jamás firmará eso por su propia voluntad.

—Firmará. No tiene nada más.

El teléfono sobre mi escritorio parpadeó. Línea segura. Descolgué.

—Habla.

—Hemos encontrado algo —dijo la voz de Alexei, tensa—. En el jardín de invierno.

—¿Qué?

—Una muñeca. Una de esas muñecas antiguas de porcelana. Estaba colgada de un árbol, Dante. Con una cuerda de piano. Lleva un vestido de novia en miniatura.

Sentí que la sangre abandonaba mi rostro. El jardín de invierno estaba dentro del recinto.

—¿Cómo han entrado? —rugí.

—No lo sabemos. Las cámaras no han visto nada. Es como si fueran fantasmas. O...

—O como si alguien de dentro les hubiera ayudado.

Colgué violentamente. La paranoia, esa serpiente fría, se enroscó alrededor de mi corazón. Alguien me había traicionado. ¿Un guardia? ¿Una sirvienta? No podía confiar en nadie. Salvo en ella. Porque era la única que no tenía el poder de traicionarme, ya que no tenía poder alguno.

Tenía que blindarla. Completamente.

—Vittorio —dije con calma—. Prepara la pluma. Firmamos ahora.

ELENA.

El comedor estaba sumido en la penumbra, iluminado únicamente por los candelabros de plata sobre la larga mesa. Las sombras danzaban en las paredes, creando formas móviles e inquietantes.

Dante estaba sentado al extremo de la mesa. A su derecha, un anciano al que no conocía. Ante ellos, una pila de documentos gruesos encuadernados en cuero.

Me senté en el lugar asignado, a la izquierda de Dante. Llevaba el pantalón negro y el cuello vuelto del otro día. Mi armadura.

—Buenas noches, Elena —dijo Dante—. Este es Vittorio, mi abogado.

El hombre inclinó la cabeza con respeto, pero sus ojos rehuían los míos. Él lo sabía. Sabía que lo que estaba pasando aquí no era normal.

—¿No vamos a cenar? —pregunté, viendo la mesa vacía de comida.

—Primero, los negocios —zanjó Dante.

Deslizó el expediente hacia mí. Pesaba. El olor a papel viejo y tinta me llenó la nariz.

—Lee.

Abrí el expediente. La primera página era estándar. «Contrato prematrimonial entre Dante Alessandro Salvatore y Elena Maria Valenti». Pasé las páginas. Separación de bienes. Renuncia a la pensión alimenticia en caso de divorcio. Clásico. Entonces, llegué a la página 12.

Se me heló la sangre.

Artículo 14: La esposa consiente en residir exclusivamente en los lugares designados por el esposo. Todo desplazamiento debe someterse a autorización previa. Artículo 15: La esposa renuncia a todo derecho de confidencialidad respecto a sus comunicaciones, historiales médicos e interacciones sociales. Artículo 16: La esposa se compromete a proporcionar un heredero varón en los cinco años siguientes a la unión. Artículo 20: En caso de traición demostrada, la esposa acepta la jurisdicción exclusiva del Tribunal de la Familia Salvatore, renunciando a toda apelación ante las jurisdicciones civiles.

Levanté la cabeza, temblando de rabia.

—¿Esto es una broma? ¿«Tribunal de la Familia»? ¿«Proporcionar un heredero»? ¡No soy una yegua de cría, Dante!

—Eres una Valenti —respondió fríamente—. Tu apellido es sinónimo de traición. Tu padre robó a mis socios. Vendió información a mis rivales. Este contrato es mi seguro.

—No voy a firmar esto. Es ilegal. Ningún tribunal validará estos horrores.

Dante se inclinó hacia mí. La luz de las velas hundía sus rasgos, haciéndolo parecer un demonio.

—¿Crees que voy a llevarte ante un juez civil si me traicionas? Elena, sé realista. Si me traicionas, el tribunal civil será la menor de tus preocupaciones.

Sacó una pluma estilográfica negra, pesada y brillante, y la posó sobre el documento.

—Firma. O encontraremos a tu padre.

Lo miré horrorizada.

—¡Dijo que era libre!

—Está de camino. Mis hombres lo vigilan. Una llamada mía y desaparece en el desierto. Es tu elección. Tu libertad de papel contra su vida real.

Miré la pluma. Miré a Vittorio, que se estudiaba las uñas. Miré a Dante, impasible, implacable.

Tomé la pluma. Mis dedos estaban tan fríos que me costaba sujetarla. Firmé. Mi firma era temblorosa, entrecortada. Elena Valenti. Era la última vez que firmaba con ese nombre.

Dante recuperó el expediente. Comprobó la firma. No sonrió. Parecía... aliviado. Como si un peso acabara de abandonar sus hombros.

—Está hecho —le dijo a Vittorio—. Déjanos.

El abogado recogió sus cosas y casi huyó de la habitación.

Dante se levantó y fue hacia el aparador. Regresó con dos platos cubiertos. Posó uno ante mí. Levantó la campana de plata. No era comida.

Era una caja de terciopelo negro.

—Ábrela —dijo.

Vacilé. Después del collar de perro, ¿qué más? ¿Esposas?

Abrí la caja. En el interior, sobre el terciopelo negro, descansaba un anillo. Pero no un anillo cualquiera. Era un diamante negro, bruto, enorme, rodeado de pequeños rubíes rojos como gotas de

sangre. La montura era de oro negro, trabajada como zarzas entrelazadas. Era magnífico. Era gótico. Era espantoso.

—Es el anillo de mi madre —dijo Dante, con la voz extrañamente suave—. Lo llevó hasta el día en que fue asesinada.

Levanté los ojos hacia él, impactada por esa confesión repentina. —¿Asesinada?

—Por los enemigos de mi padre. Murió porque él no supo protegerla. Porque era débil.

Tomó el anillo de la caja. Tomó mi mano izquierda. Deslizó el aro en mi anular. Estaba frío, pesado. Parecía pesar una tonelada. Le quedaba perfecto.

—No soy mi padre, Elena. Y tú no acabarás como ella. Te protegeré, incluso contra tu voluntad. Incluso contra ti misma.

Mantuvo mi mano entre las suyas, frotando su pulgar sobre el diamante negro.

—Ahora, vete a la cama. Mañana es el gran día. Salimos hacia la catedral a las diez.

Retiré mi mano, quemada por su contacto y por el peso de la historia sangrienta que acababa de ponerme en el dedo. Me levanté con las piernas flaqueando.

—No le daré las gracias —dije.

—No espero gracias. Espero obediencia.

Di media vuelta y abandoné el comedor, con el anillo quemándome la piel como una marca al hierro rojo.

Subí las escaleras, agotada, vacía. Solo quería dormir, olvidar, hundirme en la oscuridad. Llegué ante mi habitación. El guardia me abrió la puerta sin mediar palabra.

Entré. La estancia estaba sumida en la oscuridad, iluminada únicamente por la luna que asomaba tras las nubes. Me acerqué a la cama para encender la lámpara de noche.

Fue entonces cuando vi la sombra sobre mi almohada.

Mi corazón se detuvo. Había algo sobre mi cama. Algo que no debería estar allí.

Encendí la lámpara precipitadamente.

Solté un grito. Un grito estridente, aterrorizado, que desgarró el silencio de la mansión.

Sobre la almohada de satén blanco, allí donde posaba mi cabeza cada noche, había una foto. Una Polaroid. Me mostraba a mí, Elena, durmiendo en esa misma cama. La fecha escrita con rotulador rojo al pie de la foto era... esta noche. La noche pasada.

Y posada sobre la foto, había una azucena blanca. Una azucena cuyos pétalos habían sido bañados en una sustancia roja, espesa, viscosa. Sangre.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era el mensaje escrito en el espejo del tocador, con carmín. Mi carmín rojo sangre, el que había llevado a la gala.

LA VIUDA LLEVA EL NEGRO MEJOR QUE LA NOVIA.

La puerta de mi habitación se abrió de par en par. Dante entró con un arma en la mano, con el rostro desencajado por el pánico. Me vio allí de pie, temblando, señalando la cama.

Miró la cama. La foto. La azucena ensangrentada. Luego miró el espejo.

El arma cayó de su mano sobre la alfombra con un golpe sordo. Por primera vez desde que lo conocí, vi algo romperse en los ojos de Dante Salvatore. No era miedo. Era la comprensión aterradora de

que su fortaleza había caído. De que el lobo ya estaba dentro del redil.

Se adelantó hacia mí, me agarró por los hombros, apretándome con tanta fuerza que resultaba doloroso.

—¿No viste nada? —gritó casi—. ¿No oíste nada anoche?

Negué con la cabeza, incapaz de hablar, con las lágrimas rodando por mis mejillas. Alguien me había mirado dormir. Alguien había entrado aquí, mientras Dante dormía a diez metros.

—Están aquí —susurré—. Dante, están aquí.

Me atrajo hacia sí, aplastando mi rostro contra su pecho duro. Sentí su corazón latir como un martillo neumático. Miró por encima de mi hombro hacia el pasillo oscuro, con sus ojos grises vueltos negros de rabia asesina.

—¡Nadie sale! —rugió a sus hombres, que llegaban corriendo—. ¡Nadie sale vivo de esta puta casa esta noche hasta que encuentre quién ha hecho esto!

Me levantó en brazos, como a una niña.

—¿A... a dónde vamos? —sollocé.

—A mi cama —dijo con una voz que no admitía discusión—. A partir de ahora, no volverás a dormir sola jamás.

Mientras me llevaba hacia su habitación, hacia la guarida de la bestia, comprendí con horror que ya no me resistía. Ante las tinieblas que acechaban en la sombra, el monstruo que me sostenía en sus brazos se había convertido en mi único refugio.

6.

DANTE.

Mi habitación era un búnker. Paredes reforzadas, cristales antibalas, sistema de filtrado de aire independiente. Era el lugar más seguro de toda la ciudad, una fortaleza diseñada para resistir un asedio. Sin embargo, al dejar a Elena sobre mi cama, tuve la impresión de que los muros eran de papel.

Temblaba. No de frío, sino por ese choque nervioso que sigue al terror puro. Apretaba los puños, aferrándose a las sábanas de seda negra como si fueran lo único que impedía que cayera al vacío.

Me aparté de ella, no por ganas, sino por necesidad. La rabia bullía en mi interior, un veneno ácido que exigía ser purgado con sangre. Alguien había entrado. Alguien había tocado sus cosas. Alguien la había mirado dormir. Solo de pensarlo, mi visión se teñía de rojo.

Cerré la puerta blindada. Tres vueltas. El sonido de los pernos de acero encajando en el marco resonó como el cierre de una cripta.

Me giré hacia ella. Estaba sentada en medio de mi cama inmensa, encogida, con sus ojos verdes muy abiertos fijos en mí. Aún llevaba su ropa de día, ese pantalón negro y ese cuello vuelto que de pronto parecían irrisorios frente a la amenaza.

—Quítate eso —ordené.

Ella sobresaltó.

—¿Qué?

—Tu ropa. Ha estado en la otra habitación. Está contaminada. No quiero nada de ese cuarto aquí.

Me miró como si estuviera loco. Quizás lo estaba. La paranoia era el precio de la corona.

—No tengo nada más que ponerme —dijo con voz débil.

Me dirigí a mi vestidor. Saqué una camiseta negra limpia, una de las mías. Regresé y la tiré sobre la cama.

—Ponte esto.

Le di la espalda para concederle una ilusión de intimidad. Me acerqué al bar, me serví un vaso de agua y me tomé dos pastillas para calmar el dolor de cabeza que martilleaba mis sienes. Debía estar lúcido.

Oí el roce de la tela detrás de mí. El sonido de la cremallera. El deslizamiento del algodón sobre la piel. Cada sonido se amplificaba por el silencio de la estancia, cada sonido golpeaba directamente en mi entrepierna. Incluso al borde del apocalipsis, mi cuerpo la deseaba. Era patético. Era vital.

—Ya está —susurró.

Me di la vuelta. Nadaba en mi camiseta. Le llegaba a mitad del muslo, y el cuello se deslizaba sobre un hombro pálido y frágil. Parecía minúscula. E increíblemente erótica.

Me quité la chaqueta y luego la pistolera, que dejé sobre la mesilla de noche, al alcance de la mano. Me desabrochaba la corbata cuando habló.

—¿Vas... vas a dormir aquí?

Su voz tropezó al tutearme.

—Es mi habitación, Elena. ¿Dónde quieres que duerma? ¿En el felpudo?

—Hay un sofá —dijo señalando la zona de estar.

Avancé hacia la cama. Su movimiento de retroceso fue imperceptible, pero lo vi.

—No duermo en el sofá. Y esta noche, no duermes lejos de mí. Si estiro el brazo y no te siento, disparo a todo lo que se mueva. ¿Quieres correr el riesgo?

Tragó saliva y se desplazó hacia el borde opuesto de la cama, deslizándose bajo el edredón. Se hizo un ovillo, dando la espalda al centro del colchón, erigiendo un muro invisible entre nosotros.

Terminé de desvestirme, quedándome solo en bóxer. Las cicatrices de mi torso y mis brazos contaban una historia de violencia que no tenía ganas de explicarle esta noche. Apagué la luz principal, dejando solo una lámpara de noche ambarina.

Me deslicé en la cama. El colchón se hundió bajo mi peso. Sentí el calor de su cuerpo irradiar a través del espacio vacío que nos separaba. Era una tortura. Era el paraíso.

Me quedé tumbado boca arriba, con los ojos fijos en el techo, escuchando su respiración entrecortada. No dormía. Esperaba.

—¿Dante? —susurró después de un largo rato.

—¿Sí?

—¿Quién hizo eso? La foto... la sangre...

—Dimitri Volkov. O uno de sus perros.

—¿Cómo entraron? Habías dicho que esto era inexpugnable.

Apreté los dientes. Era la pregunta que me quemaba los labios.

—Hay un traidor. Una falla desde el interior.

Se giró lentamente para mirarme. En la penumbra, sus ojos brillaban.

—Eso significa que no estamos a salvo en ninguna parte. Ni siquiera aquí.

Giré la cabeza hacia ella sobre la almohada.

—Aquí no temes nada. Yo soy la seguridad.

Soltó una risita nerviosa, sin alegría.

—Es irónico. El monstruo que me protege de los demás monstruos.

—Así funciona la cadena alimenticia, tesoro. Es mejor estar con el león que con las hienas.

Se estremeció. No pude evitarlo. Alargué la mano y posé la palma en su mejilla. Se quedó petrificada, pero no se retiró. Su piel era suave, viva.

—Duerme, Elena. Mañana es un gran día.

—Mañana es mi ejecución.

—Mañana es tu coronación.

Retiré la mano, con la sensación de su piel persistiendo en mis dedos. Se volvió a girar, dándome la espalda. Me quedé despierto. Vigilaba las sombras. Vigilaba su respiración, que se apaciguaba poco a poco. Y cuando, en mitad de la noche, gimió en sueños, presa de una pesadilla, hice lo único que mi cuerpo reclamaba desde hacía días.

Me pegué a ella. Envolví su cintura con mi brazo, atrayéndola hacia mí. Su espalda contra mi pecho. Mis piernas entrelazadas con las suyas. Sentí que se tensaba en sueños y luego se relajaba, buscando inconscientemente mi calor. Hundí el rostro en su cabello, inhalando su aroma. Me puse duro hasta que dolió. Era un dolor exquisito.

Esta noche no la tomaba. Esta noche la sostenía. Era la primera vez que sostenía algo sin tener ganas de romperlo.

ELENA.

Me desperté sola. El sitio a mi lado estaba frío, pero la almohada aún conservaba la marca de su cabeza y ese olor obsesivo a sándalo y a hombre.

Durante un segundo me quedé inmóvil, con los ojos cerrados, rememorando la noche. Recordaba el calor. El peso reconfortante de un brazo alrededor de mi cintura. Recordaba haberme sentido... a salvo. La vergüenza me inundó. Había dormido en los brazos de mi carcelero. Había buscado consuelo en el hombre que me había robado la vida.

Abrí los ojos. La habitación estaba bañada por una luz gris. La lluvia no había cesado. Era un día perfecto para un entierro.

La puerta del baño se abrió. Dante salió. Ya estaba vestido. Pantalón de traje negro, camisa blanca impecable, pero las mangas estaban remangadas hasta los codos y el cuello estaba abierto. Se secaba las manos con una pequeña toalla negra.

Había algo diferente en él esta mañana. Una tensión sombría, una pesadez en sus movimientos. Parecía... purgado.

Tiró la toalla en un cesto. Noté una mancha oscura en el tejido de rizo. Una mancha marrón rojiza. Mi estómago se contrajo.

—Estás despierta —dijo sin mirarme, abotonándose los puños.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. Los peluqueros llegarán en diez minutos.

Se acercó a la cama. Me dominaba con toda su estatura, su mirada gris escaneando mi rostro como si buscara rastros de debilidad.

—¿Has dormido bien?

—Mejor de lo que debería.

Una comisura de su boca se elevó.

—Es el efecto que provoco.

Se sentó en el borde de la cama, invadiendo mi espacio. Posó una mano en el colchón, cerca de mi muslo cubierto por la camiseta. Vi sus nudillos. Estaban rojos, desollados.

—¿Qué has hecho? —pregunté, con la mirada fija en su mano herida.

Siguió mi mirada. No ocultó la mano. La flexionó lentamente.

—He solucionado el problema de seguridad.

—¿El traidor?

—No volverá a traicionar a nadie.

La frialdad de su voz me heló los huesos. No hablaba de un despido. Hablaba de una eliminación.

—¿Quién era? —susurré.

—Nadie que conozcas. Un guardia nuevo. Tenía deudas de juego. Los Volkov las compraron.

Se inclinó hacia mí, posando su mano herida en mi rodilla. El calor atravesó la tela.

—Se acabó, Elena. La casa está limpia. Puedes prepararte en paz.

—¿En paz? ¿Con sangre en las manos?

—Es mi sangre en mis manos, no la tuya. Tu papel es permanecer inmaculada. Mi papel es caminar por el fango para que tú no tengas que hacerlo.

Se levantó bruscamente.

—Levántate. Greta te espera en el vestidor. He hecho que te traigan el desayuno aquí. Come.

Se dirigió hacia la puerta blindada.

—¿Dante?

Se detuvo, con la mano en el pomo.

—¿Esto... se detiene alguna vez? ¿La violencia?

Se volvió hacia mí. Su rostro era una máscara de tragedia antigua, bello y terrible.

—No, Elena. No se detiene nunca. Uno solo aprende a bailar bajo la lluvia sin mojarse.

Salió, dejándome sola con el silencio y la certeza de que acababa de desposar a la guerra misma.

Las horas siguientes fueron una bruma artística y terrorífica. Mi habitación (bueno, la habitación de Dante, pues estaba fuera de toda duda que yo regresara a la mía) fue invadida por un ejército de especialistas.

No hablaban. El ambiente era pesado, opresivo. Todo el mundo sabía lo que había pasado esa noche. Todo el mundo sabía que el señor de la casa había ejecutado a un hombre al alba. El miedo supuraba de las paredes.

Me dejé hacer. Muñeca de trapo. Maniquí de escaparate. Me lavaron, me perfumaron, me peinaron. El maquillador, un hombre de manos temblorosas, camufló las ojeras bajo mis ojos con una pericia militar. Pintó mis labios no de rojo esta vez, sino de un rosa pálido, inocente. Una mentira más.

Luego vino el vestido. Greta y dos ayudantes me ayudaron a ponérmelo. El corsé se ciñó, cortándome el aliento, obligándome a mantenerme erguida. El encaje blanco me envolvió como una segunda piel gélida. Me colocaron el velo.

Me miré en el espejo. No me reconocía. La mujer que me devolvía la mirada era de una belleza irreal, espectral. Parecía una reina de hielo lista para ser sacrificada en el altar del invierno.

Greta se acercó. Tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado.

—Está magnífica, señorita —susurró.

La miré a través del espejo.

—Greta... el guardia... ¿lo conocía?

Se puso rígida, ajustando un pliegue de mi cola.

—Era el sobrino de la cocinera, señorita. Tenía veinte años.

Cerré los ojos, con las náuseas subiéndome a la garganta. Veinte años. Muerto por una foto y una azucena. Era culpa mía. Yo era la causa de todo esto.

—Lo siento —murmuré.

—No lo sienta —dijo con dureza, sorprendiéndome—. Él le abrió la puerta al diablo. Si el señor Salvatore no lo hubiera hecho... todos estaríamos muertos en nuestras camas. El señor nos protege. Es un hombre duro, pero es justo.

Justo. La palabra resonó en mí. ¿Era justo matar a un crío? En su mundo, sí. En mi mundo... mi mundo ya no existía.

La puerta se abrió. Dante.

Estaba listo. Esmoquin negro, camisa blanca, pajarita negra. Poseía una elegancia devastadora. Llevaba la muerte como un traje de alta costura. Se detuvo en el umbral. Su mirada me impactó de lleno. No dijo nada durante un largo minuto. Se limitó a mirarme, con sus ojos grises recorriendo cada centímetro del encaje, del velo, de mi piel. Había posesión en esa mirada, sí. Pero también había algo más. Una especie de reverencia sombría. Como si mirara un arma cargada a la que estuviera a punto de quitarle el seguro.

—Todo el mundo fuera —dijo suavemente.

El servicio se evaporó.

Se acercó. El sonido de sus pasos sobre el parqué resonó como una cuenta atrás. Se detuvo ante mí. No me tocó. Inspiró profundamente, como si buscara impregnarse de mi aura.

—¿Estás lista?

—No.

Esbozó una pequeña sonrisa triste.

—Bien. Eso significa que estás lúcida.

Sacó una cajita del bolsillo. La abrió. Pendientes. Diamantes negros, a juego con el anillo de compromiso.

—Date la vuelta.

Obedecí. Apartó mi cabello y el velo con delicadeza. Sentí sus dedos cálidos contra el lóbulo de mi oreja. Retiró las perlas que yo llevaba y deslizó los diamantes negros. Su aliento me acariciaba la nuca.

—Algo viejo —susurró—. El anillo de mi madre. Colocó el primer pendiente.

—Algo nuevo. El vestido. Colocó el segundo.

—Algo prestado. Mi vida, que te confío. Posó sus manos en mis hombros desnudos y apretó sus labios en la base de mi cuello, un beso que parecía una mordida.

—Y algo azul.

Fruncí el ceño, mirando mi reflejo.

—No hay nada azul.

Hundió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una pequeña pistola compacta, de acero azulado. Una Sig Sauer P238. Minúscula, mortal. Me levantó la falda. Jadeé, aferrándome a sus antebrazos.

—¿Qué estás haciendo?

No respondió. Se arrodilló ante mí, en una parodia de pedida de mano. Levantó las capas de tul y seda hasta mi muslo. Ajustó una liga de encaje negro alrededor de mi pierna y luego deslizó el arma en ella. El metal frío contra mi piel caliente me hizo estremecer violentamente.

Levantó la cabeza. Sus ojos estaban al nivel de mi pelvis. La posición era increíblemente íntima, sumisa y dominante a la vez.

—Algo azul —repitió—. Por si las cosas salen mal. Si yo caigo. Si nos separan. No la uses para amenazar. Apuntas y disparas. ¿Entiendes?

Clavé la vista en el arma contra mi muslo. Era real. No era un cuento de hadas. Era una zona de guerra.

—Nunca he disparado un arma.

—No necesitarás apuntar lejos. Es para el contacto cercano.

Colocó mi falda en su sitio y se levantó. Tomó mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarlo.

—Hoy, Elena, te conviertes en una Salvatore. Eso significa que te conviertes en un blanco. Pero también significa que te vuelves peligrosa. No olvides nunca el arma. No olvides nunca quién eres.

—Soy Elena Valenti.

—No —zanjó aplastando su boca contra la mía en un beso breve, duro, sin lengua pero cargado de una intensidad desesperada—. Eres Elena Salvatore. Y que Dios tenga piedad de quienes se interpongan en nuestro camino.

Me soltó y me ofreció su brazo.

—Vámonos. El infierno nos espera.

DANTE.

El cortejo estaba listo. Cinco SUV blindados negros en la entrada. Doce hombres armados con fusiles de asalto discretos pero presentes. Alexei al volante del coche de cabeza. Hice subir a Elena en el tercer coche, el más seguro. Me senté a su lado.

En cuanto la puerta se cerró, el mundo exterior dejó de existir. Estábamos en nuestra burbuja de cuero y cristal tintado.

Ella miraba por la ventana, con la mano izquierda crispada sobre su vestido, el anillo negro brillando sombríamente. Tenía miedo. Podía sentirlo. Su perfume dulce se había agriado con el ácido de la adrenalina. Pero no lloraba. Mantenía la cabeza alta.

Posé mi mano sobre la suya. No la retiró. Giró sus dedos y, por primera vez, apretó mi mano en respuesta. Sus uñas se clavaron en mi palma. No era un gesto de afecto. Era el gesto de un náufrago que se aferra a una boya. Pero lo acepté de todos modos.

—Alexei —dije por el intercomunicador—. Vámonos.

El convoy se puso en marcha. La reja se abrió. Abandonábamos la fortaleza.

Había pasado la noche anticipando cada escenario. ¿Ataque durante el trayecto? Poco probable, demasiado arriesgado en plena ciudad. ¿Ataque en la iglesia? Posible. ¿Ataque en la recepción? Seguro. Volkov estaría allí. Había recibido una invitación. No invitarlo habría sido una confesión de debilidad.

Miré a Elena. Estaba pálida como la muerte, magnífica como un ángel vengador. Llevaba mi arma contra su piel. Llevaba mi nombre en sus labios.

Si Volkov pensaba que podía arruinar este día, se equivocaba. Hoy no celebraba una boda. Celebraba una conquista. Y defendería mi trofeo hasta la última gota de sangre de esta ciudad.

La catedral apareció a lo lejos, con sus agujas perforando el cielo gris. El decorado estaba listo. Los actores en sus puestos. La

tragedia podía comenzar.

7.

ELENA.

La catedral se alzaba ante nosotros, una montaña de piedra gris que perforaba el cielo de plomo. Las gárgolas, encaramadas en la cima de las agujas, parecían observarnos con una malicia petrificada, testigos mudos del sacrilegio que estaba a punto de cometerse.

Fuera, el mundo era un caos de flashes y gritos. Una marea humana de periodistas, curiosos y paparazis era contenida por las vallas de seguridad y un muro de matones de los Salvatore.

—Respira —ordenó Dante sin mirarme.

Aún seguíamos en el coche blindado. Él se ajustaba los gemelos con una calma olímpica que contrastaba violentamente con la tormenta que arreciaba en mi estómago. Llevaba un arma contra el muslo. Llevaba el anillo de su madre muerta en mi dedo. Y llevaba un vestido blanco que pesaba tanto como todos mis pecados.

—No puedo —susurré, con la garganta oprimida por el corsé y el pánico.

Giró la cabeza hacia mí. En la penumbra del habitáculo, sus ojos relucían. Alargó la mano y me sujetó la nuca; sus dedos se envolvieron con firmeza, pero sin un dolor excesivo. Me atrajo hacia él hasta que nuestras frentes se tocaron.

—Puedes. Lo harás. Eres una reina, Elena. No dejes que esa chusma vea tu miedo. dales tu desprecio. Es lo único que merecen.

Me soltó la nuca y abrió la portilla. El estrépito de la ciudad nos asaltó.

Dante salió primero, imperial. Se dio la vuelta y me tendió la mano. Vacilé una fracción de segundo. Lo justo para que su mirada se endureciera. Posé mi mano enguantada en encaje sobre la suya.

En cuanto mi pie tocó la alfombra roja desplegada sobre la acera húmeda, los flashes estallaron. Era cegador. Una estroboscopia infernal. «¡Elena! ¡Mire hacia aquí!». «¡Señor Salvatore! ¿Alguna palabra sobre los rumores de guerra con los rusos?».

Dante me ignoró por completo, físicamente hablando. No me miraba a mí, escaneaba a la multitud. Su cuerpo era un escudo vivo entre la masa y yo. Sentía la tensión en su brazo, duro como el granito bajo la tela de su esmoquin. No era un novio. Era un guardaespaldas listo para matar.

Subimos las escaleras. La entrada de la catedral era una boca abierta, sombría y fresca, que olía a incienso y a cera fundida. Las puertas inmensas se cerraron tras nosotros, asfixiando el ruido del mundo exterior.

Cayó el silencio. Un silencio pesado, sagrado, aterrador.

La nave estaba llena. Quinientas personas. La élite de la ciudad, los políticos corruptos, los jefes de las otras familias, los socios. Un mar de trajes negros y vestidos de diseñador. Todos se levantaron en un crujido de tela sincronizado. Mil ojos se posaron sobre mí.

Busqué un rostro amigo. No había ninguno. Mi padre no estaba allí para entregarme en el altar. Estaba sola. Dante se separó de mí.

—Te espero allá —dijo señalando el altar lejano, sepultado bajo flores blancas—. Camina recta. No tropieces.

Se alejó, recorriendo el pasillo central con un paso seguro, de depredador. Las cabezas se inclinaban a su paso. Era el rey entrando en su corte. Llegó al altar y se dio la vuelta. Me clavó la mirada. Esperaba a su propiedad.

El órgano empezó a sonar. No era la marcha nupcial tradicional, alegre y ligera. Era una melodía más oscura, más barroca, que resonaba en mis huesos.

Inspiré temblorosamente. El metal de la pistola estaba frío contra mi piel ardiente. Apunta y dispara, había dicho él.

Avancé.

DANTE.

Parecía espectral. Una aparición de encaje y seda que flotaba sobre el mármol del pasillo central. El velo cubría su rostro, pero adivinaba sus rasgos tensos, su mandíbula apretada. Caminaba sola. Era mejor así. No pertenecía a ninguna estirpe pasada. Ella empezaba aquí. Conmigo.

Recorrí la asamblea con la mirada. En la tercera fila, lado izquierdo: los O'Malley, los irlandeses. Sonreían demasiado. En la quinta fila, lado derecho: el juez Hallowell, secándose la frente. Sabía que yo tenía sus expedientes comprometedores.

Y allí. En la primera fila, en el asiento de honor reservado para los «amigos íntimos». Dimitri Volkov.

Llevaba un traje blanco. Blanco. El insulto era calculado. Quería acaparar la atención. Quería desafiar el código de etiqueta, desafiar la autoridad. Cruzó su mirada con la mía. Una sonrisa carnicera estiró sus labios finos. Inclinó levemente la cabeza, un saludo burlón. Mis manos se crisparon junto a mi cuerpo. Hubiera querido sacar mi arma y meterle una bala entre ceja y ceja allí mismo, ante Dios y ante toda la ciudad.

Pero no ahora. No antes de que ella estuviera ligada a mí por la sangre y la tinta.

Centré de nuevo mi atención en Elena. Ya llegaba. Cuanto más se acercaba, más fuerte latía mi corazón, ese órgano inútil que creía calcificado. Estaba hermosa hasta doler. Hermosa como una catástrofe natural. Llegó al pie de las gradas del altar. Bajé para reunirme con ella. No le ofrecí mi brazo para subir. Le tomé la mano. Tenía la palma sudorosa. Sus dedos temblaban.

La atraje suavemente hacia mí, situándonos frente al sacerdote, un anciano que evitaba cuidadosamente encontrarse con mi mirada.

—Estamos aquí reunidos... —comenzó con voz trémula.

No escuchaba. Miraba a Elena a través del velo. Veía el aleteo rápido de sus pestañas, la forma en que su pecho subía y bajaba demasiado deprisa bajo el encaje ceñido.

—Quite el velo —ordené, cortando al cura en mitad de una frase sobre el amor eterno.

El sacerdote se calló, conmocionado. La asamblea contuvo el aliento. Elena levantó la cabeza hacia mí. Alcé el tul delicado y lo eché hacia atrás. Apareció su rostro, pálido, con los ojos verdes brillando por lágrimas no vertidas. No me miraba con amor. Me miraba con un odio puro, cristalino. Era la mirada más bella que me habían dedicado jamás.

—Mírame —susurré solo para ella—. Olvida a los demás. Solo estamos nosotros en este infierno.

El sacerdote reanudó, balbuceando. Llegó el momento de los votos. No leí el texto estándar.

—Yo, Dante Alessandro Salvatore, te tomo a ti, Elena, como esposa. Prometo protegerte, poseerte y destruir a cualquiera que intente dañarte. Hasta que la muerte nos reclame.

Unos murmullos recorrieron los bancos. Aquello no eran votos. Era una amenaza.

El cura se volvió hacia Elena. Ella se quedó en silencio. Un segundo. Dos segundos. Una eternidad. Vi su mano derecha descender imperceptiblemente hacia su muslo. Hacia el arma. Se me heló la sangre. ¿Iba a hacerlo? ¿Iba a matarme aquí mismo? La idea me cruzó la mente: Sería un final hermoso.

Entonces, relajó la mano. Levantó la barbilla.

—Yo, Elena Maria Valenti... os tomo como esposo. Para lo bueno y para lo malo. Sobre todo para lo malo.

El sacerdote se apresuró a pedir las alianzas. Deslicé el aro de oro negro en su dedo. Tintineó contra el anillo de compromiso como una esposa. Ella deslizó el mío. Tenía los dedos gélidos.

—Os declaro marido y mujer —susurró el cura, como si pronunciara una sentencia de muerte—. Podéis besar a la novia.

No esperé. Envolví su cintura arqueada con mi brazo y la pegué a mí. Hundí una mano en su cabello, inmovilizando su cabeza. No la besé con dulzura. La besé para marcar mi territorio. Mi boca aplastó la suya. Forcé la apertura de sus labios, mi lengua invadiendo su boca, saboreando su miedo, saboreando su resistencia. Se puso rígida, con las manos apoyadas en mi pecho para empujarme, pero yo no me moví ni un milímetro. La tenía. Era mía.

Cuando la solté, sus labios estaban rojos e hinchados, sus ojos muy abiertos, su aliento entrecortado. Me volví hacia la asamblea, manteniendo un brazo posesivo sobre sus hombros.

—La señora Salvatore —anuncié.

Los aplausos estallaron, educados, comedidos. Pero yo solo vi una cosa. En la primera fila, Dimitri Volkov no se había levantado. Miraba a Elena. Y se lamió los labios.

ELENA.

Ya no sentía las piernas. Flotaba en una niebla de algodón. El beso había sido una violación pública. Me había robado el aliento, la voluntad, ante quinientos testigos. Y lo peor... lo peor era que mi cuerpo había respondido. Una chispa de calor en medio del frío polar.

Bajamos de nuevo por el pasillo. Esta vez, yo le sostenía el brazo. Me aferraba a él porque era lo único sólido en este mundo que se tambaleaba.

Llegamos a la salida. Las grandes puertas se abrieron de nuevo a la luz gris del día.

Pero justo antes del umbral, en el nártex de la catedral, alguien nos cortó el paso. El hombre de blanco. Dimitri Volkov.

Era alto, rubio, con rostro de ángel corrupto. Sostenía una copa de champán que debía de haber cogido fuera, desafiando todas las normas religiosas.

—Mis más sinceras felicitaciones —soltó con un arrastrado acento ruso.

Dante se detuvo en seco. Sentí sus músculos tensarse como cables de acero bajo mi mano.

—Quítate de en medio, Dimitri —gruñó Dante.

—Vamos, no hay prisa. Solo quería saludar a la novia. De cerca.

Volkov dio un paso hacia mí. Dante hizo un movimiento para interponerse, pero Volkov fue más rápido, o más suicida. Alargó la mano y agarró un trozo de mi velo que caía sobre mi hombro. Frotó la tela entre sus dedos.

—Bonito encaje —susurró—. Lástima que sea tan... inflamable. Como la casa de tu padre, Elena.

Me quedé petrificada.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? —continuó Volkov, con los ojos azules centelleando de malicia—. La casa de los Valenti ardió anoche. Un cortocircuito, al parecer. O quizás alguien quería borrar las huellas del pasado.

Me volví hacia Dante.

—¿Es verdad?

Dante no me miraba. Miraba fijamente a Volkov con una intensidad que hubiera podido fundir la piedra.

—Retira tu mano, Dimitri. Es el último aviso.

Volkov sonrió. Soltó el velo, pero su mano se deslizó hacia mi brazo desnudo. Sus dedos fríos rozaron mi piel.

—Espero que hayas mirado debajo de la cama, Dante —susurró —. A veces uno encuentra cosas sucias cuando no hace la limpieza personalmente. Como fotos...

Fue la chispa en el polvorín. La referencia a la foto sobre mi almohada. La prueba de que él era quien había violado mi intimidad.

El mundo explotó.

No tuve tiempo ni de parpadear. Dante se movió con una velocidad sobrenatural. Su mano derecha salió disparada, agarrando a Volkov por la garganta. Lo levantó en vilo y lo proyectó violentamente contra un pilar de piedra de la catedral. El ruido del impacto —cráneo contra piedra— fue nauseabundo. La copa de champán se hizo añicos contra el suelo.

Los guardaespaldas de Volkov, dos colosos que esperaban junto a la puerta, sacaron sus armas. Al instante, los hombres de Dante, con Alexei a la cabeza, apuntaron sus fusiles de asalto. En un segundo, el nártex de la iglesia se transformó en un duelo mexicano. Los invitados dentro de la nave empezaron a gritar.

Pero a Dante no le importaba. Tenía a Volkov pegado a la columna, con los pies colgando. Le apretaba la garganta con una mano, mientras la otra buscaba en su chaqueta para sacar un cuchillo de hoja negra.

—Has tocado mis cosas —escupió Dante, con el rostro a pocos centímetros del ruso, que se estaba poniendo morado—. Has entrado en mi habitación.

—Hazlo... —graznó Volkov, sonriendo a pesar de la asfixia—. Mátame aquí. Desata la guerra. Están todos aquí...

Dante acercó la hoja al ojo izquierdo de Volkov.

—¡Dante! —grité.

Mi voz perforó el velo rojo de su rabia. Giró levemente la cabeza hacia mí.

—No —dije, temblando—. Aquí no.

Miró hacia fuera. Los fotógrafos, retenidos al pie de las escaleras, intentaban ver qué ocurría en la sombra del pórtico. Si lo mataba ahora, era el fin. Cadena perpetua o la silla eléctrica. Ni siquiera los Salvatore podían encubrir un asesinato en directo a la salida de una misa.

Dante miró a Volkov y luego a mí. Aflojó la presión en la garganta del ruso, pero no lo soltó. Con un movimiento fluido y brutal, bajó el cuchillo y lo clavó en el hombro de Volkov, fijando la tela blanca de su traje contra la piedra.

Volkov aulló. La sangre, rojo vivo sobre el blanco inmaculado, empezó a florecer como una rosa grotesca.

Dante se inclinó hacia su oído.

—La guerra ha empezado, Dimitri. Y acabas de perder tu brazo derecho.

Retiró el cuchillo de un tirón seco, limpió la hoja en la solapa de la chaqueta de Volkov y lo dejó caer al suelo como un saco de basura. Volkov se desplomó, sujetándose el hombro, riendo con una carcajada demente.

Dante se volvió hacia mí. Tenía algunas salpicaduras de sangre en su camisa blanca. Me tendió la mano, la misma que sostenía el cuchillo apenas unos segundos antes.

—Vámonos, Elena. La recepción nos espera.

Miré su mano. Miré al hombre en el suelo que sangraba. Miré las armas apuntando por todas partes a nuestro alrededor. Comprendí que acababa de abandonar el mundo de los vivos para entrar en el de los monstruos.

Tomé su mano. Estaba caliente. Y pegaba un poco.

Dante me arrastró hacia la salida, hacia la luz cegadora de los flashes, con una sonrisa terrible y triunfadora en los labios.

Detrás de nosotros, en la sombra de la iglesia, Volkov gritaba:

—¡Disfruta de tu noche de bodas, Salvatore! ¡Será la última!

Dante me empujó dentro del coche que esperaba al pie de las escaleras. La puerta se cerró.

Regresó el silencio. Pero el olor a sangre había entrado con nosotros.

8.

DANTE.

El silencio en la limusina era más espeso que la sangre que se secaba en mis manos. Elena estaba postrada en el rincón opuesto, tan lejos de mí como el espacio blindado lo permitía. No miraba por la ventana. Miraba mis manos.

Saqué un pañuelo de seda de mi bolsillo interior y empecé a limpiar la mancha escarlata de mi palma. El contraste del rojo vivo sobre el blanco inmaculado era artístico. Brutal.

—Tienes miedo —dije.

No era una pregunta. El olor de su miedo saturaba el aire acondicionado, una fragancia agria que penetraba bajo su perfume de jazmín.

Ella levantó la vista hacia mí. Tenía los ojos inmensos, vidriosos.

—Lo ha apuñalado —susurró—. En una iglesia.

—Te ha tocado.

—¿Esa es su excusa para todo? «Te ha tocado», ¿y por eso masacra?

Terminé de limpiarme la mano y dejé caer el pañuelo sucio sobre la alfombra del suelo.

—No es una excusa, Elena. Es una ley. La única que importa a partir de ahora. Eres una extensión de mí mismo. Tocarte es firmar una sentencia de muerte.

El coche redujo la velocidad. Nos acercábamos al Palmer House Hilton, donde tendría lugar la recepción. Un palacio dorado para ocultar la podredumbre de nuestras almas.

Me incliné hacia ella. Se puso rígida, con las manos crispadas sobre su vestido de novia, justo donde sabía que el arma estaba escondida contra su muslo. Bien. No había olvidado el arma.

—Escúchame atentamente —dije sujetando su mentón para obligarla a mirarme—. ¿Lo que pasó en la iglesia? Todo el mundo lo sabe ya. Los rumores corren más rápido que la luz en este mundo. Nos van a mirar como a bichos raros. Buscarán una grieta.

Deslicé mi pulgar sobre su labio inferior, que temblaba imperceptiblemente.

—Si muestras la más mínima debilidad, la menor vacilación, nos devorarán. Tienes que sonreír. Tienes que estar orgullosa. Tienes que parecer la mujer que sostuvo el cuchillo conmigo.

—No soy su cómplice —siseó ella, con una chispa de rebelión reencendiendo sus ojos verdes.

—Llevas mi nombre. Llevas mi diamantes. Y estás sentada en mi coche después de que yo haya derramado sangre por ti. A los ojos del mundo, Elena, eres mucho peor que una cómplice. Eres la razón del crimen.

El coche se detuvo. El botones abrió la puerta. Los flashes estallaron de nuevo, pero más lejos, retenidos por un cordón de seguridad doble.

Salí y le tendí la mano. Ella la miró un segundo, como si fuera una víbora. Luego, con una dignidad que me hizo ponerme duro, puso su mano en la mía y salió, con la cabeza alta.

Si tenía que ir al infierno, iría como una reina.

ELENA.

El salón de baile era un despliegue de oro, cristal y terciopelo rojo. Las gigantescas lámparas de araña lloraban lágrimas de luz sobre una multitud de quinientas personas que enmudecieron en el instante en que cruzamos las puertas de doble hoja.

El silencio no era respetuoso. Estaba aterrorizado. Solo se oía el roce de mi cola de encaje sobre el parqué encerado y el golpeteo seco de los tacones de Dante.

Sentía las miradas posarse sobre nosotros como insectos viscosos. No miraban mi vestido. Miraban la chaqueta del esmoquin de Dante. Se la había cambiado en el coche por una nueva, pero todo el mundo lo sabía. Buscaban la sangre invisible.

Me aferré al brazo de Dante. No por afecto, sino porque mis piernas amenazaban con fallar. Él era un bloque de granito, cálido y sólido.

—Respira —susurró sin mover los labios, con una sonrisa de fachada grabada en su rostro de depredador—. Huelen el miedo como tiburones.

Cruzamos el salón hacia la mesa de honor. Fue una marcha interminable, una procesión fúnebre disfrazada de fiesta. Los rostros que cruzaba eran máscaras. El alcalde de Chicago alzó su copa hacia nosotros con la mano temblorosa. El jefe de policía desvió la mirada. Las mujeres susurraban tras sus abanicos o sus manos manicuradas.

«Es ella...» «Apuñaló a Volkov por ella...» «Pobre cosita...»

Levanté la barbilla. No quería su piedad. Dante me instaló en la mesa elevada. Desde aquí, dominábamos la sala. Era un trono. Se sentó a mi lado, con su muslo presionado contra el mío bajo el mantel. Su presencia era invasiva, eléctrica.

—¿Champán? —ofreció tendiéndome una copa de cristal.

—Preferiría vodka. Solo.

Soltó una risa sombría.

—Despacio, tesoro. Necesitas la cabeza fría para esta noche. Y para después.

La mención implícita a la noche de bodas me cayó como un jarro de agua fría. Bebí un sorbo de champán. Las burbujas agredieron mi garganta.

La cena comenzó. Un ballet de camareros de librea blanca, silenciosos y eficientes. No podía tragar nada. Cada bocado sabía a cenizas. Dante, en cambio, comía con apetito. Cortaba su carne sangrante con precisión quirúrgica, con movimientos fluidos y controlados. Era fascinante y asqueroso. El hombre acababa de clavarle un cuchillo en el hombro a alguien y cenaba como si estuviera en un picnic.

De repente, una sombra se acercó a nuestra mesa. Era un hombre anciano, de cabello blanco, apoyado en un bastón de ébano. Don Moretti, el jefe de la familia de Nueva York. Un aliado histórico, pero un hombre peligroso.

—Dante —dijo con voz ronca—. Una ceremonia hermosa. Memorable.

—Giovanni —respondió Dante sin levantarse, señal de su poder absoluto aquí—. Me alegra que hayas disfrutado del espectáculo.

Moretti volvió sus ojos acuosos hacia mí.

—Y la novia... Una Valenti. Es una elección audaz, Dante. Dicen que la sangre de los traidores nunca se borra.

La sala pareció contener el aliento. Era un insulto directo. Dante dejó lentamente los cubiertos. El ruido del metal contra la porcelana resonó como un disparo. Se limpió la boca y giró la cabeza hacia Moretti. Su expresión estaba vacía, pero sus ojos eran pozos de tinieblas.

—Elena ya no es una Valenti, Giovanni. Es una Salvatore. Y su sangre...

Dante alargó la mano y tomó la mía, que estaba sobre la mesa. Acarició mis dedos, con la alianza negra brillando bajo las arañas.

—... Su sangre me pertenece. Si alguien tiene un problema con su linaje, tiene un problema conmigo. ¿Tienes tú algún problema conmigo, Giovanni?

El viejo sostuvo su mirada un segundo y luego bajó los ojos hacia su bastón.

—No, Dante. Ningún problema. Solo... observaciones de viejo sabio.

—Guarda la sabiduría para tus nietos. Y disfruta del vino.

Moretti se inclinó rígidamente y se alejó. Retiré mi mano de la de Dante. Me quemaba.

—¿Por qué hace esto? —susurré.

—¿El qué?

—Provocarlos. A todos. ¿Busca la guerra con el mundo entero?

Se volvió hacia mí, con el rostro tan cerca que podía ver las motas doradas en sus iris grises.

—No la busco, Elena. La gano. Y para eso, tienen que saber todos, sin sombra de duda, que eres intocable.

—No me siento intocable —dije con la voz quebrada—. Me siento como un cebo.

No respondió. La orquesta entonó las primeras notas de un vals lento. Dante se levantó y me tendió la mano.

—Ven. Es la hora.

—No quiero bailar.

—Regla número tres: Una esposa perfecta en público. Levántate.

Me levanté, con las piernas temblorosas bajo las capas de seda. Tomé su mano. Me arrastró a la pista de baile vacía.

DANTE.

La tenía. Mi mano derecha en el hueco de su espalda, sobre la piel desnuda, con mis dedos hundiéndose ligeramente en su carne para sentir el calor de su vida. Mi mano izquierda sujetando la suya, alta, bloqueada. Estaba rígida. Un soldado en posición de firmes.

—Relájate —susurré arrastrándola en el primer giro del vals—. Parece que vas al patíbulo.

—Es exactamente como me siento.

—Eres dramática. Es un vals, no una ejecución. Sígueme.

Guié sus pasos. Era ligera, graciosa a pesar de su miedo. Su cuerpo conocía la música, gajes de su educación de niña rica. Girábamos bajo las luces doradas. El mundo a nuestro alrededor era borroso. Solo existía ella. El olor de su perfume, la suavidad de su piel, el odio en sus ojos.

—Volkov va a responder —dijo de pronto, rompiendo el silencio entre nosotros.

—Evidentemente.

—Intentará matarme.

La hice pivotar bruscamente, atrayéndola contra mi torso. El choque expulsó el aire de sus pulmones. Bajé la cabeza hacia su oído.

—Mientras yo respire, nadie te tocará. Te lo prometí en el altar.

—Prometió poseerme. No salvarme.

—Es lo mismo. Uno no rompe sus juguetes favoritos.

Se puso aún más rígida, intentando apartarse, pero apreté mi agarre.

—¿Llevas el arma? —pregunté.

Ella asintió contra mi hombro.

—Me duele. Me roza la pierna.

—Bien. El dolor te recuerda que está ahí. Si alguna vez... si alguna vez nos separan esta noche, Elena... no lo dudes.

—¿Separados? ¿Por qué íbamos a estar separados?

No respondí. Mis ojos escaneaban la sala por encima de su hombro. Las salidas. Los camareros. Las manos en los bolsillos. La atmósfera estaba demasiado calmada. La humillación de Volkov había sido demasiado pública. La respuesta no sería frontal, sería rastrera.

De repente, un camarero se acercó al borde de la pista con una bandeja de plata en la mano. Parecía nervioso. Dejé de bailar, manteniendo a Elena detrás de mí.

—¿Qué es esto? —ladré.

El camarero dio un respingo, a punto de volcar la bandeja.

—Una... una entrega para la señora Salvatore, señor. Un regalo de bodas tardío.

Tendió un sobre blanco, grueso. Sin nombre de remitente. Solo un sello de lacre rojo. El sello de los Volkov. Un águila bicéfala.

Sentí a Elena quedarse petrificada contra mi espalda.

—No toques eso —ordené.

Hice una señal a Alexei, que vigilaba desde un rincón del salón. Llegó en un par de zancadas, tomó el sobre con un pañuelo y lo abrió con precaución. Sin explosivos. Sin polvos. Solo una tarjeta. Y una foto.

Alexei miró el contenido y palideció. Me miró, vacilante.

—Dámelo —dije.

—Dante, quizá sea mejor que...

—¡Dámelo!

Me tendió la tarjeta. Miré. La foto era granulada, tomada de lejos, pero se reconocía perfectamente la escena. Era el padre de Elena. Marco. No estaba en México. Estaba atado a una silla, en lo que parecía un sótano húmedo. Su rostro estaba amoratado, irreconocible, pero vivo. Sostenía un periódico del día.

El mensaje en la tarjeta era simple, escrito con una caligrafía elegante y fluida: «Las deudas de sangre no se borran con tinta, Dante. Nos vemos pronto».

Sentí una furia fría invadirme. Marco no se había ido. Mis hombres me habían traicionado. O habían sido comprados. Volkov tenía al padre de Elena. Era su as en la manga. Su moneda de cambio.

—¿Qué es? —preguntó Elena, intentando mirar por encima de mi brazo.

Arrugué la foto en mi puño antes de que pudiera verla.

—Nada. Solo los ladridos de un perro herido.

—Enséñemelo.

—No.

Me volví hacia Alexei.

—Prepara el coche. Nos vamos. Ahora.

—Pero el pastel... los invitados...

—Que se vayan todos al infierno. Volvemos a casa.

Agarré la muñeca de Elena.

—Nos vamos.

—¡Dante, me hace daño! ¿Qué había en ese sobre?

La arrastré fuera de la pista, ignorando los murmuros escandalizados, ignorando el protocolo. Tenía que devolverla a la fortaleza. Tenía que ponerla a salvo antes de que Volkov la llamara para hacerle escuchar los gritos de su padre.

ELENA.

Todo se aceleró. La música se detuvo. Dante me arrastraba literalmente hacia la salida, con su mano triturando mi muñeca. Su rostro estaba cerrado, hermético, aterrador. Había visto algo que lo había perturbado. Él, el hombre de hielo, había sentido miedo.

—¡Dante! ¡Pare!

Estábamos en el vestíbulo del hotel. Los guardias nos rodeaban, formando un muro compacto.

—¡Avanza! —rugió.

Me empujó hacia la salida. Fuera, la noche había caído. La lluvia había cesado, pero el suelo estaba brillante y negro. La limusina estaba allí.

En cuanto estuvimos dentro, con las puertas bloqueadas, me lancé sobre él.

—¡Dígame! ¡Soy su esposa, maldita sea! ¡Tengo derecho a saber!

Me empujó contra el asiento de cuero, inmovilizándome con todo su peso. Sus manos apresaron mis muñecas por encima de mi cabeza. Su rostro estaba a dos centímetros del mío, con sus ojos grises ardiendo con una intensidad demente.

—¿Quieres saber? ¿Quieres saber de verdad en qué mundo acabas de entrar?

—¡Sí!

—Tu padre no está en México. Volkov lo tiene.

El mundo dejó de girar. Mi padre. Capturado por el monstruo al que Dante acababa de mutilar.

—No... es imposible. Usted dijo...

—Mentí. O me mintieron. El resultado es el mismo. Lo tiene. Y lo usará para llegar a ti.

Empecé a temblar, con espasmos violentos que sacudían todo mi cuerpo.

—Lo va a matar...

—Probablemente. A menos que le dé lo que quiere.

—¿Qué es lo que quiere?

Dante me soltó las muñecas y retrocedió, pasándose una mano por el pelo, arruinando su peinado impecable.

—A mí. Mi cabeza. Mi imperio. Y a ti.

Me miró, y por primera vez, vi cansancio en sus rasgos. Una fatiga milenaria.

—Quiere intercambiaros, Elena. Tu padre por ti.

Un silencio de muerte cayó en el coche. Un intercambio. Mi vida por la de mi padre. El hombre que me había vendido. El hombre que me había metido en esta situación.

—¿Qué va a hacer? —pregunté con voz gélida.

Dante soltó una risa sin alegría, un sonido seco como una rama que se quiebra.

—¿Qué voy a hacer? Es una pregunta estúpida. Yo no negocio con terroristas. Y nunca devuelvo lo que es mío.

Se inclinó hacia mí, acariciando mi mejilla con una dulzura espantosa.

—Tu padre es un hombre muerto, Elena. Empieza el luto ahora. Porque no saldrás de mi mansión. Jamás.

—¿Va a dejarlo morir?

—Voy a elegir tu supervivencia. Es la única elección que puedo tomar.

Le di una bofetada. El ruido restalló en el habitáculo acolchado. Me ardía la mano. La cabeza de Dante giró bajo el impacto. Una marca roja apareció en su mejilla pálida.

Se quedó inmóvil un segundo. Luego volvió lentamente su rostro hacia mí. No estaba enfadado. Estaba... excitado. Sus pupilas estaban dilatadas. Su respiración se aceleró.

—Tienes fuego —susurró—. Guárdalo. Vas a necesitarlo esta noche.

El coche entró en el camino de la mansión. Las rejas se cerraron tras nosotros como las fauces de una trampa. La fiesta había terminado. La realidad brutal recuperaba sus derechos. Mi padre iba a morir. Y yo estaba encerrada con un hombre que prefería sacrificar al mundo entero antes que soltar su presa sobre mí.

El coche se detuvo. Dante salió y me sacó afuera. No me llevó hacia la entrada principal. Me arrastró hacia el ascensor privado que conducía directamente a sus aposentos. A la suite nupcial.

—¿A dónde vamos? —entré en pánico, intentando clavar los tacones en el suelo.

—A cumplir la última cláusula del contrato —dijo pulsando el botón del piso—. La consumación.

—¡No! ¡Esta noche no! ¡No después de lo que acaba de decirme!

—Precisamente esta noche, Elena.

Las puertas del ascensor se cerraron, encerrándonos en una caja de metal dorado.

—Mañana empieza la guerra —dijo Dante desatándose la pajarita, con su mirada fija en mi boca—. Esta noche... me aseguro de que sepas exactamente a quién perteneces.

Dio un paso hacia mí. Retrocedí hasta tocar la pared fría del espejo. Llevaba un arma en mi muslo. Sentí el metal frío a través de la seda de mi liga. Apunta y dispara.

Mi mano descendió por mi vestido.

Dante vio el movimiento. No me detuvo. Sonrió.

—Adelante —susurró, provocador, peligroso—. Sácala. Veamos si tienes el valor de matar a tu marido en tu noche de bodas.

Mi mano se posó en la culata de la pistola a través de la tela. El ascensor seguía subiendo. El zumbido del mecanismo resonó. Las puertas se presentaron ante la habitación sumida en la penumbra.

Dante me tendió la mano.

—Ven, esposa mía. Tu destino te espera.

Solté el arma. No podía. Todavía no. Lo odiaba, pero él era el único baluarte entre mí y la muerte segura que Volkov prometía.

Tomé su mano. Y crucé el umbral del infierno.

9.

DANTE.

El cerrojo de la puerta blindada encajó con un ruido pesado, definitivo. Un sonido de acero contra acero que sellaba el resto del mundo afuera. La guerra, Volkov, los gritos fantasmas de Marco

Valenti... todo aquello se quedaba en el pasillo. Aquí, en esta habitación sumida en la penumbra, solo estábamos nosotros.

Me giré hacia ella. Elena se había quedado cerca de la entrada, apoyada contra la pared, como si esperara fundirse con el tapiz para desaparecer. Su vestido de novia, esa montaña de encaje y seda blanca, parecía demasiado grande para ella, demasiado pesado. Parecía una niña disfrazada para un sacrificio pagano.

Pero sus ojos... sus ojos verdes brillaban con un fulgor feroz. No lloraba. Temblaba, sí, pero de rabia.

Me quité la chaqueta del esmoquin y la tiré negligentemente sobre un sillón. Me aflojé la corbata, liberando mi garganta. El aire de la estancia estaba saturado de su perfume: jazmín, miedo y esa nota metálica, eléctrica, que emanaba de su piel cuando se sentía acorralada.

—¿No va a hacer nada? —preguntó, con la voz restallando como un látigo en el silencio acolchado.

Me acerqué al bar para servirme un vaso de agua. Necesitaba diluir la adrenalina que transformaba mi sangre en lava.

—¿Hacer qué, Elena?

—¡Mi padre! ¡Está en manos de esos carniceros! Ha visto la foto. Sabe lo que le van a hacer. ¿Y usted se queda ahí, desvistiéndose como si fuera una noche normal?

Bebí un sorbo, el cristal frío contra mis labios ardientes. Me di la vuelta lentamente hacia ella.

—No es una noche normal, tesoro. Es nuestra noche de bodas.

—¡Me importa un bledo su noche de bodas! —gritó despegándose de la pared—. ¡Es un hombre! ¡Es mi padre! Usted tiene el poder de salvarlo. ¡Dijo que controlaba esta ciudad!

Posé el vaso con un golpe seco sobre el mármol de la barra. Crucé la habitación en tres zancadas. No le dio tiempo a retroceder. La agarré por los hombros, con mis dedos hundiéndose en su carne desnuda, justo por encima del escote de su vestido.

—Mírame.

Se debatió, golpeando mi torso con sus puños enguantados en encaje. Golpes inútiles, irrisorios.

—¡Suélteme! ¡Monstruo!

—¡He dicho que me mires! —rugí, sacudiéndola una vez, lo bastante fuerte para que su cabeza cayera hacia atrás y sus ojos se anclaran en los míos.

Se quedó petrificada, jadeante, con el pecho agitándose violentamente contra el mío.

—Tu padre está muerto, Elena. En el instante en que Volkov le puso la mano encima, murió. Si negocio, pierdo. Si cedo un palmo de terreno, nos matan a los dos. Y no voy a morir por Marco Valenti. No voy a morir por el hombre que te vendió como ganado para saldar sus deudas de juego.

—¡No me vendió por el juego! ¡Quería protegerme!

Solté una risa cruel, un sonido que no tenía nada de humano.

—¿Protegerte? Sabía quién era yo. Sabía lo que les hacía a las mujeres que entraban en mi cama. Y firmó. Cogió el dinero y firmó. Te cambió por seis meses de prórroga. Así que no me hables de lealtad filial. Esta noche, la única lealtad que existe es la que me debes a mí.

Me miró fija, con los labios entreabiertos, mezclándose el horror con la comprensión en su mirada. Sabía que yo tenía razón. Eso era lo que más la mataba.

—Lo odio —susurró.

La palabra me golpeó como una caricia. El odio era una pasión. El odio estaba vivo. La indiferencia me habría matado, pero el odio... con eso podía trabajar.

Solté uno de sus hombros para atrapar su mano izquierda. Alcé su mano a la altura de mi rostro, exponiendo la alianza y el anillo de compromiso que brillaban sombríamente.

—Ódiame tanto como quieras, Elena. Pero no olvides nunca que llevas mi nombre. Y esta noche... vas a llevar mucho más que eso.

La solté bruscamente. Vaciló sobre sus tacones vertiginosos.

—Quítate ese vestido.

ELENA.

La orden cayó como una guillotina. Quítate ese vestido.

Retrocedí un paso, con mis piernas chocando contra el borde de la inmensa cama con dosel. No tenía a dónde ir. La puerta estaba cerrada con llave. Las ventanas estaban blindadas. Y el hombre que tenía ante mí ya no era el hombre frío y calculador de la cena. Era la bestia que había apuñalado a Volkov. Sus ojos estaban negros, dilatados por un deseo que parecía hambre pura.

—No —dije, con voz temblorosa pero decidida.

Él empezó a desabotonarse la camisa. Uno por uno. Lentamente. Sus ojos no se apartaban de mi rostro, paladeando mi pánico.

—Tenemos un contrato, Elena. Artículo 16. Consumación.

—¡Váyase al infierno con su contrato! ¡No estoy de humor para jugar a la esposita sumisa mientras a mi padre lo están torturando!

Se quitó la camisa y la dejó caer al suelo. El aire se me atascó en la garganta. Ya lo había visto sin camiseta, o lo había adivinado bajo su ropa, pero esta noche... Esta noche parecía más grande, más ancho. Los tatuajes negros que cubrían su torso y sus brazos

parecían moverse con sus músculos, como sombras vivas. Una cicatriz blanca cruzaba sus abdominales, otra marcaba su hombro. Era un mapa de la violencia.

Dio un paso hacia mí.

—No te pido que estés de humor —dijo con voz ronca—. Te pido que obedezcas.

Extendió la mano hacia mí.

Mi mano derecha bajó por mi muslo. Sentí la forma dura de la pistola a través del satén de mi falda. La culata fría contra mi piel ardiente. Apunta y dispara. Él me la había dado. Él me había dicho que fuera peligrosa.

Me levanté la falda con un gesto brusco, desgarrando casi el tul. Mi mano bajó hacia la liga. Mis dedos se cerraron sobre el acero frío de la Sig Sauer. La saqué. Le apunté.

El tiempo se congeló.

Dante se detuvo. Estaba a un metro de mí. El cañón negro apuntaba al centro de su torso desnudo, justo donde debía latir su corazón, si es que tenía uno.

Mis manos temblaban tanto que el arma bailaba en el aire.

—Atrás —jadeé—. Atrás o disparo.

Un silencio pesado cayó sobre la estancia, solo perturbado por el sonido de mi respiración en pánico. Dante bajó la vista hacia el arma. Luego la subió hacia mí. No retrocedió. Sonrió.

No era una sonrisa burlona. Era una sonrisa de orgullo retorcido.

—Te la has quedado —dijo suavemente.

—¡Le he dicho que se eche atrás!

—¿Has quitado el seguro? —preguntó con calma, como si me estuviera dando una clase de cocina.

Eché un vistazo rápido al arma. No lo sabía. No entendía de armas.

Dante aprovechó esa fracción de segundo de distracción. Se movió. Rápido. Demasiado rápido.

Antes de que pudiera apretar el gatillo, su mano cayó sobre mi muñeca, torciéndola hacia arriba. El disparo no salió. Ni siquiera había tenido la fuerza de apretar. Me desarmó con una facilidad humillante, arrebatándome la pistola de las manos.

Me empujó hacia atrás. Caí sobre el colchón, con el vestido de novia engulléndome como una ola de espuma. Dante se inclinó sobre mí, con una rodilla en la cama, entre mis piernas abiertas por la caída. Sostenía el arma en su mano derecha, con el cañón apuntando al techo.

—Lección número uno —susurró inclinándose hasta que su rostro estuvo a pocos centímetros del mío—. Nunca saques un arma si no estás dispuesta a matar.

—Yo quería...

—¿Querías qué? ¿Matarme? ¿Convertirte en viuda en tu noche de bodas?

Deslizó el cañón frío de la pistola por mi mejilla, luego bajó hacia mi cuello, trazando el camino de mi carótida. Me estremecí violentamente, una mezcla de terror y de una sensación extraña, oscura, que se encendía en mi bajo vientre.

—No eres una asesina, Elena. Todavía no.

Se enderezó y dejó el arma sobre la mesilla de noche, fuera de mi alcance. Luego volvió hacia mí.

Agarró el bajo de mi vestido.

—Ahora, vamos a quitar esto.

Intenté empujarlo, arañando sus hombros desnudos.

—¡No! ¡No me toque!

Ignoró mis protestas, mis golpes, mis gritos. Era una fuerza de la naturaleza. Me dio la vuelta como a una muñeca, encontrando la cremallera invisible en mi espalda. El ruido del cierre abriéndose resonó como un desgarro. El corpiño se aflojó. Por fin pude respirar.

Dante tiró del vestido. Se deslizó por mi cuerpo, llevándose consigo mis últimas defensas. Me quedé en lencería. Un conjunto de encaje blanco, virginal, ridículo. Ligas, medias de seda, corpiño. Me sentí desnuda. Más que desnuda. Desollada.

Echó el vestido al pie de la cama de una patada despreciativa. Yacía allí, una masa informe de tela costosa, como el cadáver de mi inocencia.

Dante se quedó de pie al borde de la cama, contemplándome. Su mirada no era tierna. Era analítica, posesiva, hambrienta. Recorría cada centímetro de mi piel, deteniéndose en la curva de mis pechos comprimidos por la lencería, en la blancura de mis muslos, en la zona oscura entre mis piernas velada por el encaje.

—Magnífica —gruñó.

Subió a la cama. El colchón se hundió bajo su peso. Gateó hacia mí como un gran felino. Retrocedí hasta chocar con el cabecero de terciopelo capitoné. Encogí las piernas contra mi pecho, formando una barrera irrisoria.

—Por favor, Dante... —susurré, mientras mi rabia se desmoronaba para dejar paso a un miedo puro, primigenio—. Así no. No con odio.

Se detuvo justo ante mí. Separó mis rodillas con sus manos anchas y potentes, insertándose en el espacio que yo intentaba proteger.

—No hay amor entre nosotros, Elena. No lo habrá nunca. Solo hay esto. El odio. Y el deseo. Es la misma energía. El mismo maldito fuego.

Posó su mano en mi garganta, con su pulgar acariciando mi pulso desbocado.

—Dime que no lo sientes —desafió—. Dime que tu corazón no late por mí en este momento. Dime que no estás mojada.

—¡Lo odio! —grité con lágrimas en los ojos.

—Mentirosa.

Se inclinó y aplastó su boca contra la mía.

DANTE.

Tenía el sabor del champán y de la revuelta. En cuanto mis labios tocaron los suyos, sentí que el dique se rompía. Toda la violencia del día, la sangre de Volkov, el miedo a perderla, la rabia contra su padre... todo aquello se canalizó en ese beso.

No fue dulce. No quería ser dulce. Quería marcarla. Quería imprimir mi sabor, mi olor, mi esencia en cada célula de su cuerpo para que nunca olvidara a quién pertenecía.

Se debatió un segundo, con las manos planas sobre mi torso, intentando empujarme. Pero sentí el momento exacto en que cedió. El momento en que su traición fisiológica tomó el mando. Sus dedos, en lugar de arañarme, se aferraron a mis hombros. Su boca se entreabrió bajo la presión de la mía, dejando que mi lengua invadiera su espacio.

Gruñí contra sus labios, un sonido animal que vibró en su garganta. Ella gimió. Un sonido de desamparo, o de placer, me daba igual. Era un sonido para mí.

Deslicé mis manos por su cuerpo, sintiendo la textura del encaje y el calor de su piel. Quería arrancarlo todo. Quería verla desnuda,

entregada, rota y reconstruida por mis manos.

Rompí el beso para tomar aire. Ambos jadeábamos, frente contra frente, encerrados en nuestra burbuja de tensión sexual insoportable.

—Eres mía, Elena —gruñí—. Dilo.

Mantuvo los ojos cerrados, negándose a mirarme. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Jamás.

Sonreí contra su piel.

—Ya veremos.

La empujé suave pero firmemente para que se tumbara boca arriba. Ya no opuso resistencia. Era una muñeca rota, esperando el impacto. Me incorporé de rodillas entre sus piernas. La vista era de vértigo. La lencería blanca acentuaba su cintura fina, hacía resaltar la palidez lechosa de su piel. Era una visión de pureza corrompida. Y yo era el corruptor.

Posé mis manos en los enganches de sus medias. Enrollé la seda fina por sus muslos. Sentía sus músculos contraerse bajo mis dedos. Estaba tensa como un arco.

—Relájate —ordené.

—No puedo. Le tengo miedo.

Levanté los ojos hacia ella.

—Eso está bien. El miedo te mantiene despierta. No quiero que cierres los ojos. Quiero que estés aquí. Conmigo. En cada sensación.

Le quité las medias y las tiré lejos. Me ocupé del corpiño. Era más complejo. Corchetes minúsculos. Mis dedos, acostumbrados a manejar armas y cuchillos, temblaban ligeramente. Esta mujer me estaba volviendo loco.

Una vez desabrochado el último corchete, aparté la tela. Sus pechos quedaron libres, apuntando con orgullo, con las areolas rosadas endurecidas por el frío y la excitación. No pude evitar tocarlos. Envolverlos con mis palmas rugosas. Arqueó la espalda, escapando un suspiro tembloroso de sus labios.

—No me toque como si me amara —susurró abriendo los ojos—. Tóqueme como lo que soy. Su botín de guerra.

Esa frase... acababa de echar gasolina al incendio. Si quería jugar a ser la cautiva, yo iba a ser su carcelero.

—Muy bien.

Apresé sus muñecas con una sola mano y las clavé por encima de su cabeza, contra el colchón. Me incliné hacia su oído.

—¿Quieres guerra, Elena? La vas a tener.

Bajé mi boca hacia su pecho izquierdo y tomé el pezón entre mis labios. No fui delicado. Succioné con fuerza, mordisqueé ligeramente. Gritó. Un grito de sorpresa que se mudó instantáneamente en gemido. Su pelvis se elevó, buscando el contacto.

—Tu cuerpo es un traidor —susurré contra su piel—. Sabe quién es su dueño.

Bajé mis besos por su esternón, sobre su vientre plano que se contraía con cada roce. Llegué a la barrera final. La braguita de encaje blanco. Estaba húmeda. Podía sentir su olor, almizclado, embriagador, a través de la tela.

Levanté la cabeza para mirarla. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos perdidos en la nada, los labios rojos e hinchados. Estaba sublime en su derrota.

—Mírame, Elena.

Bajó los ojos hacia mí. Había confusión en su mirada. Conflicto. Quería matarme, pero también quería que continuara.

Pasé mi dedo por el borde del encaje, en la entrepierna. Se sobresaltó.

—Por favor...

—¿Por favor qué? ¿Para? ¿O sigue?

No respondió. Se mordió el labio hasta sacarse sangre.

—Dilo —insistí, implacable—. Dime qué quieres.

—Quiero... quiero que pare. El dolor. El miedo.

—La única forma de detener el miedo es atravesar el fuego.

Rasgué el encaje. El ruido de la tela al romperse fue la señal de salida. Ya no había vuelta atrás. Estaba desnuda ante mí. Entregada. Vulnerable.

Me deshice de mi pantalón y de mi bóxer en pocos segundos, sin apartar mis ojos de ella ni un instante. Cuando me vio, de verdad, su mirada se agrandó. Yo no era un hombre dulce. No estaba hecho para la ternura. Era duro, estaba listo, era exigente.

Me coloqué entre sus piernas. Sentí su calor llamándome. Posé la punta de mi sexo contra su entrada. Era estrecha. Estaba ceñida. No era virgen, pero no la habían tocado en mucho tiempo. Y jamás un hombre como yo.

—Va a doler —le advertí, con mi voz convertida en un gruñido sordo.

Me miró y, por primera vez, no vio al monstruo. Vio al hombre. El hombre que ardía por ella.

—Entonces hágalo —dijo, con un desafío final en la voz—. Rómpame si puede.

No me hice de rogar. Con un golpe de cadera potente, único, me hundí en ella. Hasta el fondo.

Gritó. Un grito que rasgó el aire, que rasgó mi alma. Sus uñas se hundieron en mis hombros, sacando sangre. Me quedé inmóvil, profundamente anclado en ella, esperando a que se acostumbrara a la invasión. Estábamos ligados. Para lo bueno y para lo malo. Y lo malo acababa de empezar.

ELENA.

El dolor fue fulminante. Un desgarro. Una invasión total. Grité, no para que parara, sino porque era demasiado. Demasiado grande, demasiado duro, demasiado profundo. Me llenaba por completo, me descuartizaba. Sentía cada centímetro de él dentro de mí. Era una posesión absoluta.

No se movió de inmediato. Se quedó allí, sobre mí, con su peso aplastándome, con su aliento caliente en mi rostro. Esperaba. Me dejaba tiempo para aceptar su presencia en mi santuario más íntimo.

Sentí que mis muros interiores se relajaban, milímetro a milímetro, ajustándose a su tamaño. El dolor agudo empezó a atenuarse, reemplazado por una sensación de plenitud sofocante, pesada.

—Respira —ordenó contra mi boca.

Inspiré una bocanada de aire que olía a sexo y a hombre.

Entonces empezó a moverse. Lentamente al principio. Retirándose casi por completo para volver a golpear en lo más profundo de mí con una precisión devastadora. Con cada embestida, mi cabeza golpeaba la almohada. Con cada embestida, un pequeño ruido húmedo, obsceno, resonaba en la habitación.

Quería odiarlo. Quería quedarme de mármol. Pero mi cuerpo... mi traidor cuerpo se inflamaba. La fricción era intensa. Demasiado

intensa. Sentí que mis caderas se movían por sí solas, buscando un ritmo, buscando calmar ese picor ardiente que nacía allí donde estábamos conectados.

—Te gusta —gruñó al oído, mordiéndome el lóbulo—. Te gusta que te tome.

—No... —jadeé.

—Sí. Lo siento. Me aprietas. Me lo suplicas.

Aceleró. Sus embestidas se volvieron más brutales, más profundas. Ya no hacía el amor. Follaba. Reclamaba. Sujetaba mis muñecas con una mano por encima de mi cabeza; la otra mano acariciaba mis pechos, pellizcando mis pezones, manteniéndome al límite del dolor y el placer.

No pude contener un gemido. Luego otro. La vergüenza me inundó, pero fue barrida por la ola de placer que subía en mi interior, inexorable, como una marea negra.

—Eso es —me animó—. Déjate llevar. Dámelo todo.

Cerré los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Veía estrellas. Sentía el fuego. Ya no pensaba en mi padre. Ya no pensaba en Volkov. Ya no pensaba en mi libertad perdida. Ya no existía nada más que Dante. Dante que me destruía. Dante que me hacía disfrutar contra mi voluntad.

De pronto, soltó mis muñecas para deslizar su mano entre nosotros, encontrando mi clítoris hinchado. Lo frotó con el pulgar, al ritmo de sus golpes de cadera. Fue la chispa final.

Grité su nombre.

—¡Dante!

Me arqueé, con mi cuerpo entero sacudido por espasmos violentos. El placer explotó en mí, blanco, cegador, terrorífico. Me

contraje a su alrededor, ordeñándolo, apretándolo con todas mis fuerzas.

Mi orgasmo desencadenó el suyo. Soltó un gruñido gutural, hundiéndose una última vez en lo más profundo de mí, y se quedó petrificado. Sentí las pulsaciones de su liberación, chorro tras chorro, llenándome con su simiente. Me marcaba por dentro. Sellaba el contrato con su ADN.

Se desplomó sobre mí, pesado, sudoroso, con el corazón latiendo a todo romper contra el mío. Nos quedamos allí, enredados, pegajosos, destruidos.

El silencio regresó a la habitación. Pero ya no era el mismo silencio. Era el silencio después de la batalla. El silencio de las ruinas.

Volví a abrir los ojos. Miraba el techo artesonado, con una lágrima solitaria rodando hacia mi oreja. Había disfrutado. Había gritado su nombre. Él había ganado.

Se retiró lentamente de mí, dejándome vacía y fría. Rodó hacia un lado y me atrajo hacia él, mi espalda contra su torso, en cuchara. Envolvió mi cintura con su brazo, con su mano posándose de manera posesiva sobre mi vientre, allí donde acababa de derramarse.

—Eres mi mujer, Elena —susurró en mi cabello húmedo—. Ahora y para siempre.

No respondí. Cerré los ojos, agotada, vencida. Pero en mi interior, bajo la vergüenza y el cansancio, una vocecita insidiosa susurraba una verdad que no quería escuchar: nunca había sentido nada tan poderoso en toda mi vida.

Y ese era el verdadero peligro. No que me matara. Sino que me hiciera amar el infierno.

10.

ELENA.

Lo primero que regresó a mí fue el dolor. Una agujeta sorda, profunda, instalada en el hueco de mis riñones y en el interior de mis muslos. Un dolor que no era el de una herida, sino el de un estiramiento excesivo, el de una invasión brutal.

Lo segundo fue el olor. Almizcle, sexo, sándalo. El olor a él.

Abrí los ojos esperando que la luz del día disipara la pesadilla. Pero la pesadilla era tangible. Tenía paredes gris acero, ventanas blindadas y a un hombre sentado en un sillón de cuero negro que me observaba con la concentración de un científico estudiando un espécimen raro.

Era Dante. Ya estaba vestido. Pantalón de traje oscuro, camisa blanca impecable, las mangas remangadas sobre sus antebrazos tatuados. Sostenía una taza de café humeante, con una pierna cruzada sobre la otra. Parecía fresco, dispuesto, poderoso. Todo lo contrario que yo.

Fui consciente de mi desnudez bajo las sábanas de seda negra. Me subí la tela hasta la barbilla, un reflejo irrisorio y patético después de lo que él me había hecho (y de lo que yo había hecho) unas horas antes.

—Has dormido mucho —dijo. Su voz era tranquila, grave, rasposa como el terciopelo negro.

Me negué a responder. Me negué a darle el placer de escuchar mi voz quebrada. Los recuerdos de la noche afluyeron: mis gritos, mis súplicas y esa traición última de mi cuerpo que había disfrutado bajo sus embestidas. La vergüenza me quemó el rostro, más intensa que cualquier bofetada.

Posó la taza y se levantó. Se acercó a la cama. Retrocedí instintivamente, pegándome al cabecero capitoné. Se detuvo al borde del colchón, apoyando las manos planas sobre la cama, inclinándose hacia mí.

—Es inútil que te escondas, Elena. He memorizado cada centímetro de ti. Conozco el sabor de tu piel, el sonido de tu placer y la forma en que te contraes cuando llegas al clímax.

—Cállese —susurré con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué? ¿Tienes vergüenza?

Alargó la mano y me sujetó la barbilla, obligándome a mirarlo.

—No seas hipócrita. Te gustó. Te gustó que yo tomara el control. Te gustó abandonar ese pequeño orgullo ridículo para convertirte en lo que realmente eres: una mujer hecha para ser poseída.

Me solté el rostro de un tirón seco.

—Usted me violó.

Su expresión no cambió, pero sus ojos se endurecieron, pasando del acero al granito.

—No. Tomé lo que me pertenecía y tú abriste la puerta. Si hubiera sido una violación, Elena, no me habrías arañado la espalda gritando mi nombre. Me habrías arañado los ojos.

Se enderezó y se ajustó los puños.

—Levántate. Tengo asuntos que resolver. La ciudad está ardiendo por lo de ayer y debo apagar el incendio antes de que nos consuma.

—No me moveré de aquí.

—Tienes razón. No te moverás de esta suite.

Hizo un gesto circular que abarcaba la habitación inmensa, el salón contiguo y el baño lujoso.

—A partir de ahora, este es tu mundo. No sales. No bajas. No hablas con nadie más que con Greta o conmigo.

—¿Soy prisionera en mi propia casa?

—Esta no es tu casa. Es mi fortaleza. Y visto lo que Volkov prometió ayer, eres el objetivo número uno.

Se dirigió hacia la puerta blindada.

—Greta te traerá el desayuno y la píldora del día después.

Me quedé helada.

—¿Qué? Pero el contrato... el heredero...

Se detuvo, con la mano en el pomo, y se volvió hacia mí. Una sonrisa cruel estiró sus labios.

—Has leído el contrato, Elena. Un heredero en cinco años. No ahora. No mientras estemos en guerra. No quiero que lleves un hijo que pueda servir de moneda de cambio contra mí. No mientras no esté seguro de que no vas a intentar tirarte por las escaleras para matarlo.

Abrió la puerta.

—Tómate la píldora delante de Greta. Ella verificará que te la tragues. Si te niegas... volveré yo mismo para hacértela tragar. Y no seré delicado.

Salió y el cerrojo restalló. Me quedé sola en la cama inmensa que olía a sexo y a derrota, dándome cuenta con horror de que la jaula no solo acababa de cerrarse de nuevo. Acababa de encogerse.

DANTE.

El pasillo que conducía a mi despacho parecía una zona de guerra. Hombres armados patrullaban cada cinco metros. La atmósfera era eléctrica, cargada de esa tensión traumática que precede a las carnicerías.

Entré en la sala de reuniones contigua a mi despacho. Alexei me esperaba, junto con mis tres subcapos principales. Todos se levantaron al verme entrar. El olor a tabaco frío y café rancio saturaba la estancia. Sobre la mesa de caoba había mapas de la ciudad extendidos, marcados con cruces rojas.

—¿La situación? —pregunté tomando asiento al extremo de la mesa, sin preámbulos.

—Es un caos, Dante —soltó Alexei—. Volkov se ha tomado el ataque en la iglesia como algo personal.

—Lo apuñalé ante Dios y sus apóstoles, Alexei. Es obvio que se lo ha tomado como algo personal. Ese era el objetivo.

—Ha respondido esta noche —intervino Santino, mi subcapo que gestionaba los muelles—. Mientras tú... celebrabas tus nupcias.

Hubo un silencio incómodo. Todos sabían lo que yo estaba haciendo mientras mis almacenes ardían. Todos imaginaban a Elena en mi cama. Vi cómo la mirada de Santino se deslizaba hacia los arañazos rojos que asomaban por mi cuello de la camisa. No los ocultaba. Eran medallas de guerra.

—Informes —ordené secamente.

—El almacén 4 es cenizas —continuó Santino—. Dos hombres muertos. Quemados vivos. Hemos encontrado un mensaje con grafiti en las paredes calcinadas: «Para la novia».

Apreté los puños bajo la mesa. Apuntaba a Elena. Quería que yo supiera que cada muerte era culpa mía, culpa de ella.

—¿Y el padre? —pregunté.

Alexei sacudió la cabeza con el rostro sombrío.

—Perdimos su rastro tras la foto de ayer. Marco ya no está en la ciudad. Lo han movido. Probablemente a un refugio en el campo.

Está vivo, Dante. Por ahora. Volkov quiere usarlo para que Elena se quiebre.

—No se quebrará —dije con una certeza que me sorprendió a mí mismo.

—¡Es débil, Dante! —exclamó Alexei—. No está hecha para esto. Si se entera de que a su padre lo están descuartizando trozo a trozo...

—No se enterará. Cortadlo todo. Internet, televisión, periódicos. Bloquead la señal de celular en el ala principal. No debe saber nada que no salga de mi boca.

—Es un aislamiento total —susurró Santino—. Se va a volver loca.

—Mejor loca que muerta. O peor, que intente entregarse para salvarlo.

Me levanté, dando por terminada la discusión.

—Reforzad la seguridad alrededor de la mansión. Quiero patrullas dobles. Y buscadme a Marco. Quiero saber dónde está antes de esta noche.

—¿Vas a lanzar un asalto para recuperarlo? —preguntó Alexei, escéptico—. ¿Por el traidor que la vendió?

Me dirigí a la ventana, mirando el cielo gris que pesaba sobre la ciudad.

—No. No lo hago por él. Lo hago porque es mi juguete lo que Volkov ha roto. Nadie toca lo que ha llevado el nombre de Valenti, porque ahora, Valenti pertenece a Salvatore.

Me volví hacia ellos, con mis ojos barriendo la estancia.

—Y buscadme a quien dejó entrar la foto y la azucena en mi habitación ayer. El traidor está muerto, pero no actuó solo. Quiero nombres. Quiero cabezas.

Salí de la sala, dejando a mis hombres en un silencio aterrorizado. Tenía que volver arriba. No podía estar lejos de ella. Era una adicción malsana, un picor bajo la piel. Quería asegurarme de que seguía allí. De que no había desaparecido como una voluta de humo.

Quería ver el odio en sus ojos. Era lo único puro que quedaba en este mundo de mierda.

ELENA.

La jornada se estiró, interminable y silenciosa. Greta había venido. Había traído una bandeja de fruta y un vasito de agua con una pastilla blanca. Se había quedado allí plantada, de brazos cruzados, con el rostro serio.

—El señor ha sido claro, señorita. No salgo hasta que se la haya tragado.

Había mirado la pastilla. Un anticonceptivo de emergencia. Una parte de mí quería arrojársela a la cara a Greta. Negarme. Dejar que el destino (o la naturaleza) decidiera si un monstruo podía engendrar algo que no fuera otro monstruo. Pero otra parte, la parte racional que aún sobrevivía bajo los escombros de mi orgullo, sabía que Dante tenía razón. No podía gestar un hijo aquí. No en esta jaula. No en mitad de esta guerra. Un hijo sería una cadena más.

Me tragué la píldora. Greta me revisó la boca, como se hace con un paciente psiquiátrico. La humillación era total.

—Gracias —había dicho secamente antes de marcharse con la bandeja intacta.

Me había quedado sola. Había explorado la suite como un animal en cautividad. El vestidor de Dante: filas de trajes idénticos, camisas blancas, un olor a virilidad fría. Había tocado los tejidos buscando una grieta en la armadura del hombre. No la había. Todo estaba ordenado, militar. El baño: nada de productos personales, solo jabón negro y navajas de afeitar. Sin fotos. Sin recuerdos.

Había intentado encender la televisión encastrada en la pared. «Sin señal». Había buscado conexión Wi-Fi en la tableta que controlaba la domótica (luces, persianas). «Acceso restringido».

Me había cortado del mundo. Estaba en una isla desierta en medio de la ciudad.

Hacia las siete de la tarde, el aburrimiento y la angustia se habían transformado en una rabia fría. No sabía si mi padre estaba vivo o muerto. No sabía si Volkov iba a aparecer. No sabía nada.

Me di una ducha hirviendo para intentar borrar el rastro de Dante en mi piel. Froté hasta que mi piel estuvo roja como el fuego. Pero era inútil. Todavía lo sentía dentro de mí. Esa pesadez en mi bajo vientre, esa huella fantasma de sus manos en mis caderas.

Salí de la ducha y me puse una de sus camisas. Llevar su ropa era una forma de desafío extraño. Era decir: «Estoy aquí, invado tu espacio como tú has invadido el mío».

Me senté en el borde de la ventana blindada, mirando el parque sumido en la oscuridad. Los proyectores barrían el césped. Los perros ladraban a lo lejos.

De repente, la puerta se abrió. Mi corazón dio un vuelco doloroso.

Era él. Parecía agotado. Se había quitado la chaqueta, su corbata colgaba desanudada alrededor de su cuello. Había una mancha oscura en su manga izquierda. ¿Sangre? ¿Grasa? Entró, trayendo consigo el olor de la ciudad y del peligro.

Se detuvo al verme en el borde de la ventana, vestida con su camisa que me llegaba a medio muslo. Sus ojos se oscurecieron al instante. La fatiga pareció evaporarse, reemplazada por esa hambre depredadora que conocía demasiado bien.

—Llevas mi camisa —constató con voz ronca.

—No tenía nada más limpio. Y me niego a ponerme la lencería de puta que me has regalado.

Soltó una risa seca y cerró la puerta con llave. Tres vueltas. Siempre tres vueltas.

—Esa «lencería de puta» cuesta más que la educación de la mayoría de la gente. Pero confieso... prefiero verte con mi ropa. Resulta muy... de mi propiedad.

Se dirigió al bar y se sirvió un vaso de whisky. Lo bebió de un trago, haciendo una pequeña mueca.

—¿Alguna noticia? —pregunté, bajando del borde de la ventana para acercarme con prudencia.

Me dio la espalda, sirviéndose otro vaso.

—Buenas noticias: las acciones de Salvatore Corp han subido un tres por ciento tras el anuncio de la boda. Al mundo le gustan los cuentos de hadas, incluso los sangrientos.

—¡Hablo de mi padre, Dante! No juegues conmigo.

Se volvió con el vaso en la mano. Su rostro se cerró.

—Sin noticias. Lo cual, en nuestro mundo, suele ser una buena noticia. Si estuviera muerto, Volkov nos habría enviado la cabeza.

Me tambaleé. La brutalidad de sus palabras me cortó el aliento.

—Eres inhumano.

—Soy realista. ¿Quieres que te mienta? ¿Que te diga que está en una hacienda bebiendo margaritas? No. Está en un sótano. Sufre. Y reza para que yo pague el rescate.

—¡Pues paga! ¡Eres asquerosamente rico!

Dante posó el vaso y avanzó hacia mí. Retrocedí, pero él fue más rápido. Me acorraló contra la pared, apoyando las manos a cada lado de mi cabeza, encerrándome.

—El rescate no es dinero, Elena. Eres tú.

Acercó su rostro al mío.

—Volkov propuso un intercambio esta mañana. Una llamada anónima. Tu padre por ti. Un intercambio estándar.

Me quedé boquiabierta. La esperanza y el terror se mezclaron en un cóctel nauseabundo.

—Y... ¿qué has respondido?

Me miró fijamente, sus ojos grises sondeando mi alma.

—¿Tú qué crees? He dicho que no.

—¿No?

—He dicho que Marco Valenti era una mala inversión. Y que nunca devuelvo lo que he adquirido.

—¡Lo has condenado a muerte! —grité, golpeándole el pecho—. ¡Lo has matado! ¡Es mi padre!

Me agarró las muñecas y las clavó contra la pared con una mano, dominando mis intentos de violencia sin esfuerzo.

—¡He elegido tu vida! Si te hubiera entregado, ¿crees que te habría soltado tras recuperar a Marco? Te habría retenido. Te habría usado. Te habría destrozado de una forma que ni siquiera puedo imaginar, solo para llegar a mí. Volkov no quiere a Marco. Quiere destruirme a mí. Y tú eres el único medio de lograrlo.

—¡Preferiría estar con él que contigo! ¡Al menos él es un enemigo declarado! ¡Tú pretendes ser mi marido!

La bofetada de mis palabras le golpeó de lleno. Su rostro se endureció. Un brillo peligroso se encendió en sus ojos.

—¿Preferirías estar con él?

Pegó su cuerpo contra el mío. Sentí su dureza a través del tejido fino de la camisa.

—No sabes de lo que hablas. Dimitri Volkov entrega sus mujeres a sus hombres cuando se cansa de ellas. Yo... yo soy un monstruo egoísta. No comparto.

Soltó mis muñecas y dio un paso atrás, dejándome temblorosa y furiosa contra la pared.

—La cena está al llegar. Come. Has perdido peso. No me gusta.

Se dirigió hacia el baño.

—No comeré —escupí.

Se detuvo en el umbral.

—Si no comes, te alimentaré a la fuerza. Y créeme, Elena, no quieres que llegue a ese punto. Lo de anoche solo fue un calentamiento. No me busques hoy. Estoy en el filo de la navaja.

Entró en el baño y dio un portazo. Oí el agua correr. Me deslicé por la pared hasta el suelo, hundiendo el rostro en mis rodillas. Estaba sola. Mi padre iba a morir por mi culpa. Y estaba casada con un hombre que prefería tenerme en una jaula antes que salvar una vida humana.

Una hora más tarde. Dante había salido del baño, con una toalla alrededor de la cintura y el pelo húmedo. La visión de su cuerpo casi desnudo, potente y marcado, hizo que desviara la vista. Odiaba la reacción de mi cuerpo ante él.

Habían traído la cena en un carrito: filete, verduras, vino tinto. Comí bajo su mirada. Mecánicamente. Cada bocado sabía a cenizas, pero no quería que me tocara. Esta noche no. No sobreviviría a otra noche como la anterior.

Se vistió con un pantalón de chándal negro, un atuendo informal que lo hacía parecer extrañamente más humano y, por tanto, más peligroso. Se sentó en el sofá de la zona de estar y encendió su ordenador portátil. Trabajaba. Gestionaba su guerra.

Me tumbé en la cama, dando la espalda a la habitación, fingiendo dormir. Se instaló el silencio, solo interrumpido por el tecleo de su ordenador y el silbido del viento contra los cristales blindados.

De repente, un ruido extraño rompió la calma. Un zumbido. Una vibración.

Dante dejó de teclear. El ruido no venía de su teléfono apoyado en la mesa de centro. Venía... de la cama. De mi lado.

Me incorporé con el corazón palpitando. El ruido venía de debajo de la almohada. No de la mía. De la de Dante, la que yo había cogido para apoyar la espalda.

Levanté la almohada. Había un teléfono. No era un smartphone moderno. Un viejo teléfono de tapa, negro, básico. Un teléfono desechable.

Lo miré horrorizada. No estaba allí esta mañana. Greta había cambiado las sábanas. Dante no se había acercado a este lado de la cama.

—¡No toques eso! —rugió Dante saltando del sofá.

Demasiado tarde. El teléfono sonó. Un timbre estridente, molesto.

Por reflejo, o por un impulso suicida de conexión con el exterior, abrí la tapa y descolgué. Me llevé el aparato al oído antes de que Dante pudiera alcanzarme.

—¿Hola? —mi voz temblaba.

Una voz me respondió. Una voz que solo había oído una vez, pero que nunca olvidaría. Un acento ruso arrastrado, divertido.

—Buenas noches, señora Salvatore. ¿Qué tal va la luna de miel?

Dimitri Volkov.

Dante cayó sobre mí como un huracán. Me arrancó el teléfono de las manos con tal violencia que el aparato voló por la habitación.

Pero no se rompió contra la pared. Dante lo atrapó en el aire con una destreza espantosa, se lo llevó al oído y activó el altavoz.

—¿Cómo has metido esto aquí, Dimitri? —gruñó Dante.

Su voz era tranquila, pero sus ojos... sus ojos eran los de un loco. Escaneaba la habitación buscando una cámara, un micro, una presencia invisible.

La voz de Volkov resonó en la habitación, metálica y gélida.

—Tengo mis contactos, Dante. Deberías saber que las paredes oyen y que hasta tus muros blindados tienen grietas. Solo quería felicitar a la novia.

—¿Qué quieres?

—Quería que oyera esto. Para que sepa con qué clase de hombre se ha casado.

Hubo un ruido de fondo. Pasos pesados. Un sonido fofo, como carne golpeada. Luego un grito. Un grito ahogado, quebrado, preñado de dolor.

—¡Elena!

La voz era débil, irreconocible, pero la identifiqué. Era la de mi padre.

—¡Papá! —grité hacia el teléfono.

Dante me apartó con una mano, alejándome del aparato como si fuera radiactivo.

—Díselo, Marco —ordenó Volkov—. Dile lo que tu yerno rechazó esta mañana.

—Él... él rechazó el intercambio —sollozó la voz de mi padre—. Elena... me dejó aquí. Me abandonó.

Otro sonido de golpe. Un aullido más largo esta vez.

—Basta —zanjó Dante.

—¿Ves, Elena? —retomó Volkov—. Tu marido duerme en sábanas de seda mientras tu padre sangra sobre el hormigón. Abre la ventana, Dante. Mira afuera.

Dante se quedó petrificado. Se dirigió lentamente hacia la ventana blindada y descorrió la pesada cortina. Me precipité tras él.

Fuera, en el parque, a lo lejos, cerca de la reja principal... había una luz. Un fuego. No. Una forma. ¿Una forma humana ardiendo? No. Era una proyección. Una imagen proyectada por un láser potente sobre el muro blanco que rodeaba la mansión.

Era un video en bucle. El video de mi padre, atado a una silla, mientras le arrancaban una uña con una pinza. La imagen era gigante. Diez metros de altura. Proyectada para que toda la mansión, y quizá todo el barrio, pudiera verlo.

—Cine de calidad, ¿verdad? —rió Volkov al teléfono.

La comunicación se cortó.

El silencio volvió a caer en la habitación. Pesado. Mortal. Miré la imagen proyectada afuera. Mi padre. Torturado. Exhibido como una película de terror en los muros de mi prisión. ¿Cómo había llegado el teléfono debajo de la almohada? ¿Cómo podía Volkov proyectar eso en nuestros muros sin que los guardias lo detuvieran?

Retrocedí, alejándome de la ventana, alejándome de Dante. Él seguía allí, frente al cristal, inmóvil. Había fallado. Su fortaleza estaba perforada por todas partes.

Se volvió hacia mí. Su rostro estaba lívido. Por primera vez, vi miedo puro en sus ojos. No por él. Por mí. Porque comprendía que incluso encerrada aquí, con él, yo no estaba a salvo.

—Elena... —comenzó.

Sacudí la cabeza, retrocediendo hacia el baño.

—No te acerques. No me toques.

—Alguien ha entrado aquí —dijo él, su voz baja vibrando de paranoia—. Alguien ha entrado en esta suite hoy. Mientras tú estabas dentro.

Me quedé de piedra. Era verdad. El teléfono no estaba allí esta mañana. Alguien había entrado. ¿Mientras me duchaba? ¿Mientras dormía? El enemigo estaba dentro.

Dante sacó un arma de debajo del colchón (otra más) y la amartilló.

—Cambiamos de estancia —dijo.

—¿Qué?

—Bajamos. Al sótano. Al búnker. Ahora mismo.

Me agarró del brazo. No luché. El terror se había impuesto al odio. La imagen de mi padre torturado bailaba ante mis ojos y la certeza de que un fantasma había depositado ese teléfono en nuestra cama me helaba la sangre.

Dante me arrastró fuera de la suite, con su arma apuntando al frente, listo para disparar a sus propios hombres. La noche de bodas había terminado. La noche del terror comenzaba.

11.

ELENA.

El aire había desaparecido. Se lo había tragado el pánico, la imagen de mi padre gritando proyectada en los muros y el agarre de acero de Dante, que me arrastraba por los pasillos de la mansión.

No corríamos. Dante Salvatore nunca corría. Avanzaba a grandes zancadas de depredador, con el arma en la mano, escaneando cada sombra, cada rincón. Las alarmas aullaban, una cacofonía estridente que perforaba los tímpanos, y los giroscopios rojos de los sistemas de seguridad transformaban el lujo del pasillo en una escena del crimen estroboscópica.

—Dante, ¿a dónde vamos? —jadeé, tropezando con el dobladillo de su camisa, que me quedaba inmensa.

No respondió. Ni siquiera me miró. Abrió una puerta disimulada en los paneles de madera del pasillo de servicio, cerca de las cocinas. Detrás no había más que tinieblas y una escalera de hormigón bruto que se hundía en las entrañas de la tierra.

El olor cambió al instante. Se acabó el aroma a cera y flores frescas de las plantas nobles. Aquí olía a polvo frío, a metal y a electricidad estática.

Me empujó delante de él.

—Baja.

Mis pies descalzos golpeaban el hormigón gélido. La escalera parecía interminable, una espiral vertiginosa hacia la nada. Tenía la sensación de estar bajando al infierno, guiada por el mismísimo diablo.

Llegamos a un rellano metálico frente a una puerta pesada, gruesa como la de una caja fuerte de banco, equipada con un escáner de retina y un teclado numérico. Dante tecleó una

combinación a una velocidad de locos y luego pegó el ojo al visor. Un pitido sonoro, seguido del ruido neumático de cerrojos hidráulicos liberándose.

La puerta se abrió. Me lanzó al interior y entró tras de mí, cerrando la puerta con un golpe de hombro. Giró una rueda de acero para bloquear manualmente la esclusa.

Cayó el silencio. Un silencio absoluto, artificial, en el que solo zumbaba el murmullo discreto de la ventilación. Las alarmas se habían callado. El mundo se había callado.

Me di la vuelta para observar el lugar. No era un sótano. Era un centro de mando. Paredes de hormigón gris pulido, suelo de resina negra. Una pared entera cubierta de pantallas de vigilancia, apagadas por el momento. Un catre militar en una esquina, una cocina americana de acero inoxidable, una mesa de metal atornillada al suelo con dos sillas y un armero enrejado lleno de fusiles de asalto.

Era frío. Clínico. Muerto.

—Bienvenida a la Habitación del Pánico —dijo Dante.

Pasó por mi lado, dirigiéndose a la pared de pantallas. Pulsó un interruptor principal. Los monitores se encendieron uno a uno, inundando la sala con una luz azulada fantasmal. Vi la mansión desde todos los ángulos. Los jardines, donde hombres corrían con linternas. El tejado. Los pasillos. Mi habitación, vacía y devastada.

—¿Es aquí donde vamos a vivir? —pregunté, con la voz temblando por el frío y la conmoción.

Dante no se volvió. Sus dedos volaban sobre un teclado táctil.

—Aquí es donde vamos a sobrevivir —corrigió—. Hasta que sepa quién puso ese puto teléfono en mi cama.

Se giró bruscamente hacia mí. Su rostro era una máscara de furia contenida; sus ojos grises, rodeados de ojeras de cansancio, ardían

con una intensidad aterradora.

—Quítate la camisa.

Me quedé petrificada, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Qué? ¿Otra vez? ¿Estás obsesionado o qué? Mi padre está siendo torturado ahí fuera y tú quieres...

—¡QUÍTATELA! —rugió.

Su voz retumbó contra las paredes de hormigón, haciéndome sobresaltar violentamente. Avanzó hacia mí, amenazante.

—¿No lo entiendes, Elena? ¿Todavía no lo entiendes? El teléfono no llegó allí por arte de magia. Alguien lo trajo. Y si alguien pudo acercarse a mi cama, pudo haber dejado una trampa en cualquier parte. Incluyéndote a ti.

Cayó sobre mí en un segundo. No me golpeó, pero agarró el cuello de la camisa y tiró. Los botones saltaron, rodando por el suelo de resina como canicas. Arrancó la tela de mis hombros.

Me quedé desnuda, tiritando, expuesta bajo la luz cruda de los neones. Quise cubrirme, pero él me atrapó las muñecas y las separó.

—No te muevas.

No era sexual. Era una inspección. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, centímetro a centímetro. Buscaba una marca, una incisión, un micro pegado, un chip subcutáneo. Me hizo dar la vuelta, inspeccionó mi espalda, mi pelo, la planta de mis pies.

Era eficaz, brutal, impersonal. Como un artificiero inspeccionando un paquete sospechoso.

—Nada —gruñó finalmente soltándome.

Se dirigió a un armario metálico y sacó una camiseta gris y un pantalón de chándal. Me los lanzó.

—Ponte esto. Están sellados. Son seguros.

Me puse la ropa a toda prisa, con los dientes castañeteando tan fuerte que temía morderme la lengua. La tela era áspera, fría. Me senté en el catre, encogida, mirando la pared de pantallas. En una de ellas, veía la imagen proyectada en el muro exterior. Mi padre. Una y otra vez. El grito silencioso.

—Apaga eso —susurré.

Dante, que estaba desmontando su arma sobre la mesa de metal para verificarla, levantó la cabeza.

—No.

—Te lo suplico, Dante. No puedo verlo.

—Tienes que verlo. Tienes que recordar por qué estamos aquí. Esta es la realidad, Elena. Esto es lo que pasa cuando eres débil. Cuando confías.

—Eres un sádico.

Amartilló la corredera de su pistola con un chasquido seco.

—Soy un superviviente. Y tú también lo serás, si me escuchas.

Se levantó y se plantó frente a mí, bloqueando la vista de las pantallas.

—¿Alguien se te ha acercado hoy? ¿Un sirviente? ¿Un guardia? ¿Alguien que no fuera Greta?

Busqué en mi memoria, nublada por la angustia.

—No. Nadie. La puerta estaba cerrada con llave. Tú tenías la llave.

—Greta tenía la llave.

Se instaló un silencio pesado.

—¿Crees que ha sido Greta? —pregunté, incrédula—. Lleva trabajando para tu familia treinta años. ¡Ella te crió!

Dante hizo una mueca amarga.

—Judas caminó con Cristo, Elena. Treinta años de lealtad se pueden comprar en treinta segundos si el precio es lo bastante alto. O si la amenaza es lo bastante fuerte.

Volvió a las pantallas y empezó a revisar las grabaciones del día. Lo miré trabajar. Su espalda ancha, sus músculos tensos bajo la camiseta negra. Era una bestia acorralada, y resultaba aterrador. Pero también era, extrañamente, lo más reconfortante en este mundo subterráneo.

Era paranoico, cruel, violento. Pero era competente. Si había una salida, él la encontraría.

—Tengo hambre —dije de pronto, dándome cuenta de que mi estómago se retorcía.

Era absurdo. Mi padre estaba siendo torturado, yo estaba encerrada en un búnker y tenía hambre. El instinto de supervivencia era algo obsceno.

Dante me lanzó un paquete de raciones militares liofilizadas.

—Come.

Rasgué el sobre con los dientes. Estaba seco, sin sabor. Polvo compactado. Aun así, me lo comí.

DANTE.

Revisé la cinta de video de la habitación por décima vez. Nada. La cámara cubría la cama, la entrada, la zona de estar. Entre las 14:00 y las 19:00, nadie había entrado. Elena se había quedado sola.

Sin embargo, el teléfono estaba allí.

Hice zoom sobre la cama. A las 16:42, Elena se había tumbado para echarse una siesta. Había movido las almohadas. Nada debajo de la mía. A las 18:15, se había levantado para ir a la ducha. A las 18:30, la cama estaba vacía. Nada parecía haber cambiado.

Excepto... Entorné los ojos. Un microcambio de luz. Un salto de imagen. Una fracción de segundo. A las 18:22. El código de tiempo saltaba de las 18 horas, 22 minutos y 4 segundos a las 18 horas, 22 minutos y 9 segundos. Faltaban cinco segundos.

Golpeé la consola metálica con el puño. El dolor subió por mi brazo, purificador.

—¡Puta madre!

Elena se sobresaltó en su catre.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—El bucle ha sido hackeado —gruñí—. Alguien borró cinco segundos. Lo justo para entrar, dejar el teléfono y salir.

Me volví hacia ella.

—No es Greta. Greta ni siquiera sabe usar un smartphone. Es alguien que tiene acceso al sistema central de seguridad. Alguien de mi círculo más íntimo.

La comprensión me golpeó como una bala en pleno tórax. Alexei. Santino. O alguno de los técnicos de la sala de servidores. El círculo de confianza acababa de reducirse a un punto minúsculo: yo. Y ella.

Miré a Elena. Estaba sentada en el borde de la cama, pálida, con el pelo negro alborotado, vestida con ese chándal gris demasiado grande que la hacía parecer una huérfana de guerra. Era la única persona en este edificio de la que estaba seguro que no había puesto ese teléfono. Porque ella era el objetivo.

Me acerqué a ella. La adrenalina del descubrimiento, mezclada con la claustrofobia del búnker y la frustración sexual que no me

había abandonado desde la víspera, creaba un cóctel explosivo en mis venas.

—Estamos solos, Elena. Realmente solos.

Me vio acercarme, desconfiada. Retrocedió hasta el muro frío.

—No te acerques. Tienes esa mirada...

—¿Qué mirada?

—La mirada de cuando quieres hacer daño.

Me detuve a un metro de ella. Podía sentir su olor a pesar del aire reciclado.

—No quiero hacerte daño —mentí—. Solo quiero sentir algo vivo. Algo que no sea una pantalla o un arma.

Apoyé la mano en la pared, junto a su cabeza.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿De Volkov?

—De ti.

—Me parece bien.

Le acaricié la mejilla con el dorso de la mano. Se estremeció, pero no se retiró. Había una tensión en el aire, espesa, sofocante. El aire del búnker estaba cargado de electricidad. Éramos dos animales atrapados en una caja. La violencia y el deseo eran las dos únicas salidas posibles.

—Quítate el chándal —ordené con voz ronca.

—No. No vamos a hacer esto aquí. No ahora. No con... eso.

Señaló con un gesto vago las pantallas donde la imagen de su padre seguía girando en un bucle silencioso.

Alargué el brazo y agarré el mando a distancia. Apagué la pared de imágenes. Negro total. Entonces, se activó la luz roja de emergencia, sumergiendo el búnker en un ambiente de cuarto oscuro, sangriento e íntimo.

—Ya no están ahí —dije—. Solo estamos nosotros.

Me arrodillé ante ella, entre sus piernas abiertas. Apoyé mis manos en sus rodillas cubiertas de felpa gris.

—Te necesito, Elena.

La confesión salió de mi boca sin que pudiera evitarlo. Era una debilidad. Un error táctico. Pero era la verdad. Necesitaba anclarme. Necesitaba penetrar su realidad para olvidar que la mía se estaba desmoronando.

Me miró, sorprendida por mi confesión. Su mano bajó y se posó, vacilante, en mi cabello. Sus dedos se enredaron en los mechones cortos.

—Eres un monstruo —susurró.

—Lo sé.

—Si dejo que lo hagas... no significa que te perdone. Significa que yo también quiero olvidar.

Era el permiso más retorcido que había recibido jamás. Y el más excitante.

Tiré del elástico de su pantalón.

ELENA.

Era una locura. Fuera, el mundo ardía. Mi padre quizá estaba muriendo. Y yo estaba en un búnker subterráneo, bañada por una

luz roja de infierno, abriéndome de piernas para el hombre que era la causa de todas mis desgracias.

Pero cuando sus manos cálidas tocaron mi piel, cuando su boca encontró la mía en la oscuridad, dejé de pensar. El miedo constante, la angustia que me retorcía el vientre desde hacía días, todo aquello exigía una liberación. Una catarsis. Y Dante era la válvula de escape.

No fue delicado. No había lugar para la delicadeza en un refugio antiaéreo. Me tumbó en el pequeño catre, que rechinó bajo nuestro peso combinado. El metal frío se me clavó en la espalda a través de la fina camiseta, pero me dio igual.

Me besó con una desesperación salvaje, con sus dientes chocando contra los míos. Tenía el sabor del whisky y de la rabia. Le devolví el beso con la misma ferocidad. Lo mordí. Arañé sus hombros. Quería que sintiera mi dolor, mi confusión.

Me desgarró la camiseta. No protesté. Tiré de la suya para quitársela. Piel contra piel. Calor contra calor. Estaba ardiendo. Era una hoguera.

—Eres mía —gruñó contra mi cuello, con sus manos apretando mis pechos con una posesividad dolorosa—. Incluso aquí. Sobre todo aquí.

—Cállate —jadeé—. Hazlo y ya está.

No se molestó en quitarse los pantalones por completo, bajándoselos lo justo para liberarse. No hubo preliminares. Ya estábamos en carne viva, desollados por los acontecimientos. Me levantó las caderas y entró en mí de un golpe seco.

Solté un grito, ahogado por su boca que se aplastó contra la mía. Fue brutal, rítmico, marcado por la urgencia de la supervivencia. El catre golpeaba contra el muro de hormigón con cada embestida. Un metrónomo de violencia.

Me aferré a él como una náufraga. Envolví su cintura con mis piernas, atrayéndolo más profundo dentro de mí. Quería que lo borrara todo. Quería que llenara el vacío que el miedo había cavado.

—¡Mírame! —ordenó, jadeante, con el rostro empapado de sudor sobre el mío.

Lo miré. Bajo la luz roja, parecía un demonio. Sus ojos estaban negros, dilatados, fijos en los míos. Había algo terrorífico en su mirada. Una vulnerabilidad cruda. Tenía miedo. El gran Dante Salvatore, el rey de Chicago, tenía miedo de perder. Y en este momento, poseerme era su única victoria.

—Estoy aquí —susurré.

Esas dos palabras parecieron quebrarlo. Aceleró, perdiendo todo el control. Sus movimientos se volvieron erráticos, desesperados. Sentí la ola subir en mi interior, rápida, violenta. No fue un placer dulce, sino una explosión nerviosa. Llegué al clímax gritando, con las uñas hundiéndose en su espalda. Él me siguió pocos segundos después, con un gruñido que recordaba a un grito de dolor, derramándose en mí, desplomándose con todo su peso sobre mi cuerpo aplastado contra el colchón militar.

Regresó el silencio. Solo nuestras respiraciones sibilantes. Y el zumbido indiferente de la ventilación.

DANTE.

Me quedé tumbado sobre ella, incapaz de moverme. Mi corazón latía tan fuerte que sentía que iba a romperme las costillas. El olor de nuestro sexo se mezclaba con el del aceite de armas y el metal. Era el olor de la guerra.

Rodé hacia un lado, manteniéndola pegada a mí en el estrecho catre. No había espacio para alejarse. Estábamos condenados a la proximidad.

Elena no dijo nada. Tenía los ojos abiertos, mirando el techo de hormigón. No lloraba. Parecía... vacía. Pasé la mano por su brazo desnudo. Estaba fría.

Me levanté, me subí los pantalones y fui a buscar una manta térmica en el arcón de supervivencia. Era una lámina plateada, ruidosa. La eché sobre nosotros.

—Duerme —dije.

—No puedo.

—Inténtalo. Mañana... mañana será peor.

Se volvió hacia mí, con la manta crujiendo alrededor de sus hombros.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque Volkov no se detendrá en una proyección de video. Intentará entrar.

—¿Aquí? ¿En el búnker?

—En la mansión. Y si entra... tendremos que luchar.

Vi cómo sus ojos se agrandaban en la penumbra roja.

—Me diste un arma —dijo suavemente—. La pistola azul. Se quedó allí arriba.

—Tengo otras aquí.

Me levanté y fui al armero enrejado. Abrí el candado con mi código. Saqué una Glock 19. Negra, funcional, menos bonita que la Sig Sauer, pero más eficaz. Comprobé el cargador. Lleno. Volví a la cama y le tendí el arma.

—Tómala.

Sacó la mano de debajo de la manta y agarró el metal frío. La sostenía con torpeza.

—Dante... no sé si podría disparar a alguien.

—Si esa puerta se abre y no soy yo, disparas. No pienses. Apuntas al centro del cuerpo y aprietas hasta que deje de sonar. ¿Está claro?

Asintió, apretando el arma contra su pecho como un peluche mortal.

Me senté a la mesa de metal, frente a las pantallas apagadas. No podía dormir. Encendí un solo monitor. El que mostraba el pasillo que conducía a la entrada secreta del búnker. Tenía que vigilar. Tenía que esperar.

Hacia las tres de la madrugada, cuando Elena había caído en un sueño agitado, mi teléfono seguro vibró. Un mensaje encriptado. No era de Alexei. Era de una fuente a la que no había contactado en años. Un «Fantasma», un freelance de ciberseguridad que me debía un favor.

Abrí el mensaje. Era una lista de los registros de conexión al servidor de seguridad de la mansión. A las 18:22, la hora del corte de video. El identificador utilizado para acceder al sistema y congelar la imagen no era el de un hacker externo. Era un código interno. Un código maestro.

Leí el nombre asociado al código. La sangre se me heló en las venas. Lo leí tres veces. Imposible.

El código pertenecía a Enzo. Mi hermano. Mi hermano muerto hace cinco años.

Solté el teléfono sobre la mesa. El ruido metálico despertó a Elena.

—¿Dante? —susurró somnolienta, apuntándome con la Glock en un reflejo de pánico.

Levanté las manos despacio.

—Soy yo, Elena. Baja eso.

Parpadeó, se dio cuenta de dónde estaba y bajó el arma.

—¿Qué pasa? Estás pálido.

Miré la pantalla negra de mi teléfono. Enzo estaba muerto. Yo lo había enterrado. Había visto su cuerpo. Entonces, ¿quién estaba usando su código? ¿Quién conocía ese código, aparte de él y de mí?

Solo una persona.

Me levanté lentamente. La rabia fría que me invadía era distinta a todo lo que había sentido hasta ahora. No era la rabia del guerrero. Era la rabia de la traición íntima.

—Subimos —dije.

—¿Qué? ¿Ahora? ¡Pero dijiste que era peligroso!

—El peligro no está fuera, Elena. El peligro está sentado a mi mesa, en mi salón, bebiendo mi vino.

Me dirigí al armario y agarré un fusil de asalto táctico. Lo amartillé.

—Vístete. Vamos a la caza del fantasma.

—¿De quién hablas?

Me volví hacia ella, con mi rostro despojado de toda emoción humana.

—Del que mató a mi hermano. Y del que intenta matarme a mí hoy.

Desbloqueé la puerta del búnker. Los cilindros hidráulicos sisearon. El aire viciado del exterior entró de golpe. Salí primero, con el fusil al hombro.

—Quédate detrás de mí. Y si ves a Alexei...

Hice una pausa, con la mandíbula tan apretada que sentía que se me romperían los dientes.

—... Si ves a Alexei, no confíes en él. Dispara.

12.

DANTE.

El ascenso hacia la superficie parecía una marcha fúnebre. Cada escalón de hormigón que subíamos nos alejaba de la seguridad relativa del búnker para acercarnos a la traición. El fusil de asalto pesaba una tonelada en mis brazos, no por su peso físico, sino por el objetivo para el cual lo había amartillado.

Alexei. Mi mano derecha. Mi hermano de armas. El hombre que me había guardado las espaldas durante diez años, que había enterrado cadáveres conmigo bajo la lluvia torrencial, que había jurado fidelidad sobre la tumba de mi padre. Y que estaba usando el código de un muerto para abrir mi fortaleza a mis enemigos.

Sentía la presencia de Elena detrás de mí. Estaba en silencio, con sus pies descalzos apenas rozando el suelo, pero podía oír su respiración entrecortada. Sostenía la Glock que yo le había dado. Sabía que probablemente no la usaría, o que se pegaría un tiro en el pie con ella. Pero el peso del arma le daba una ilusión de control. Y en este mundo de mierda, la ilusión era a veces lo único que nos quedaba.

Llegamos a la puerta oculta. Me detuve un instante, con la mano sobre el pomo frío. Cerré los ojos un segundo, visualizando el rostro de Alexei. Luego los volví a abrir. El sentimentalismo era un lujo que ya no podía permitirme. Si Alexei era el traidor, moriría esta noche.

Abrí la puerta. El pasillo de servicio estaba sumido en la penumbra. El silencio de la mansión era distinto al del búnker. Era un silencio habitado. El silencio de una casa que contiene el aliento antes de gritar.

Le hice una señal a Elena para que se pegara a la pared. Avancé con el arma al hombro, barriendo el espacio. La terminal de seguridad principal se encontraba en el ala principal, cerca de mi

despacho. Desde allí se había hackeado la señal de vídeo. Allí encontraría al fantasma.

Cruzamos la cocina. El acero inoxidable brillaba bajo los rayos de luna que se filtraban por las persianas. Nada. Nadie. Llegamos al gran vestíbulo. Las sombras de las columnas se estiraban sobre el suelo de mármol como barrotes de una celda.

De repente, un ruido. Un chasquido. El sonido característico de las teclas de un ordenador pulsadas con frenesí. Venía del despacho. Mi despacho.

La rabia, fría y líquida, inundó mis venas. Estaba allí. Sentado en mi trono, vendiendo mi reino.

Me giré hacia Elena y puse un dedo sobre mis labios. Tenía los ojos inmensos, dos discos de puro terror en la noche, pero asintió. Sostenía la pistola con ambas manos, con los nudillos blancos.

Avancé hacia la doble puerta del despacho, que estaba entreabierta. Una rendija de luz azul salía de ella. No me molesté en ser discreto. El sigilo era para los ladrones. Yo era el verdugo.

Le di una patada a la puerta, que se abrió de par en par, y entré en la habitación con el fusil apuntando al sillón.

—¡Arriba las manos! —rugí.

El sillón pivotó. Alexei estaba allí. No tenía ningún arma en la mano. Estaba inclinado sobre su portátil, conectado directamente a mi servidor central mediante un cable. Levantó las manos despacio, con el rostro iluminado por el fulgor azul de la pantalla. No parecía sorprendido. Parecía... aliviado. Y aterrorizado.

—No disparas, Dante —dijo con una voz tranquila, demasiado tranquila.

—Aléjate del ordenador. Ahora.

—Mira la pantalla. Solo mira.

—¡He dicho que te alejes!

Disparé una bala a la pared, a diez centímetros de su cabeza. El yeso explotó y la detonación, ensordecedora, hizo temblar los cristales. Elena soltó un pequeño grito detrás de mí.

Alexei ni se inmutó. Se levantó despacio y retrocedió, con las manos aún en alto.

—Estás usando el código de Enzo —escupí mientras avanzaba, con el dedo apretando el gatillo—. Dejaste entrar el vídeo. Dejaste entrar a Volkov.

—¡No! —gritó, perdiendo por fin la calma—. ¡Estoy intentando bloquear el acceso! La alerta saltó en mi teléfono a las 18:25. Vi el registro. Vi el código de Enzo. Creí que me volvía loco. Bajé aquí para rastrear el origen.

—¡Eres el único que conoce ese código, Alexei! ¡El único puto vivo!

—¡No soy el único!

Me miró fijamente a los ojos, y vi en su mirada algo que me hizo dudar. No era culpabilidad. Era desesperación.

—¿Quién entonces? —pregunté, bajando ligeramente el cañón.

—Elena —susurró.

Me quedé petrificado. Sentí a Elena tensarse a mis espaldas.

—¿Qué? —dije peligrosamente.

—¡Ella no, imbécil! ¡Su padre! ¡Marco Valenti!

El nombre golpeó la estancia como una granada.

—¿Marco? Marco no conocía a Enzo.

—Sí —replicó Alexei apresuradamente—. Hace cinco años. Justo antes de la muerte de Enzo. Tenían negocios. Deudas de juego, ya

por aquel entonces. Enzo le había dado un acceso temporal para transferir fondos offshore sin que Padre lo supiera. Era ese código. El código de administrador de Enzo.

Me quedé inmóvil, con el cerebro en ebullición. Enzo tenía secretos. Enzo jugaba con fuego. Eso fue lo que lo mató. Si Marco Valenti tenía ese código... y Marco Valenti estaba en manos de Volkov...

—Volkov tiene el código —murmuré, mientras la comprensión me helaba la sangre—. Lo torturó para obtenerlo.

—Exactamente —dijo Alexei—. Están dentro del sistema, Dante. No necesitan entrar físicamente. Controlan las cámaras, los cerrojos, las alarmas. Por eso estoy intentando cortar el servidor manualmente. Para cegarlos.

De repente, un estrépito sordo resonó en la mansión. Un ruido pesado, mecánico.

Todas las luces del despacho se apagaron de golpe. Entonces, las persianas blindadas de las ventanas, que yo había hecho bajar antes, empezaron a subir. Lentamente. Revelando la noche cerrada y los jardines.

—Están abriendo la casa —susurró Elena detrás de mí.

Miré a Alexei. Miraba su pantalla, que mostraba líneas de código rojo desfilando a toda velocidad.

—¡Acaban de hacer una actualización! —aulló—. ¡Las puertas exteriores están desbloqueadas!

No tuve tiempo de responder. El ventanal del despacho explotó hacia dentro. No fue una bala. Fue una granada aturdidora.

—¡AL SUELO!

Me arrojé sobre Elena, aplastándola contra el suelo con todo mi peso, cubriéndola con mi cuerpo mientras el destello blanco cegaba

la habitación y el sonido perforaba mis tímpanos. El vidrio molido nos duchó como una lluvia cortante.

Entonces, empezó el caos.

ELENA.

No veía nada. Solo oía un pitido agudo, doloroso. Sentía el peso pesado y cálido de Dante sobre mí, su corazón latiendo contra mi espalda como un martillo neumático. Había un olor acre, químico.

Dante rodó hacia un lado y se levantó en posición agachada, con su fusil al hombro. Ladró algo que no alcancé a oír. Parpadeé, intentando apartar las manchas blancas de mi visión. Unas sombras entraban por la ventana rota. Siluetas negras, tácticas, armadas. Volkov ya no se conformaba con proyectar películas. Enviaba a sus perros.

—¡Elena! ¡Corre! ¡Hacia el pasillo!

La voz de Dante me llegó como si estuviera bajo el agua. Me tiró del brazo, poniéndome en pie sin miramientos. Un disparo restalló. Luego una ráfaga. Vi a Alexei, tras el escritorio volcado, disparando con su propia pistola hacia las ventanas. Él no era el traidor. Estaba luchando con nosotros.

Corrí. Mis pies descalzos resbalaban sobre los vidrios rotos, pero no sentía el dolor. La adrenalina era una droga potente. Alcancé la puerta del pasillo. Me di la vuelta.

Dante estaba en mitad de la habitación, un demonio de la guerra. Disparaba con una precisión aterradora, abatiendo a un hombre que saltaba el marco de la ventana. Pero eran demasiados. Cuatro, cinco, seis...

—¡Atrás! —aulló Alexei.

Un hombre de negro surgió de la sombra de una estantería, a la izquierda de Dante. Levantó una escopeta. Dante no lo vio. Estaba ocupado conteniendo la oleada que venía de la ventana.

—¡DANTE! ¡A TU IZQUIERDA! —grité.

No lo había pensado. Había levantado la Glock que seguía apretujando en mi mano. Apunta al centro. Aprieta hasta que suene.

No apunté al centro. Apunté en la dirección general de la amenaza. Cerré los ojos y apreté el gatillo. El retroceso casi me disloca el hombro. El arma saltó en mi mano. El estrépito fue ensordecedor, incluso en medio del tiroteo.

Volví a abrir los ojos. No le había dado al hombre. La bala había reventado un jarrón Ming en la estantería que estaba junto a su cabeza. Pero fue suficiente. Él se sobresaltó, girando la cabeza hacia mí una fracción de segundo. Esa fracción de segundo salvó la vida de Dante.

Dante pivotó, vio al hombre y le metió dos balas en el pecho. El asaltante se desplomó hacia atrás.

Dante me miró. Una mirada breve, intensa, indescifrable. Entonces fue embestido. Otro hombre, salido del humo, se lanzó sobre él, derribándolo. El fusil de Dante se deslizó lejos de él. Rodaron sobre la alfombra persa, intercambiando golpes brutales. Dante era fuerte, pero el otro tenía un cuchillo. Vi la hoja brillar bajo el resplandor de los giroscopios de seguridad que finalmente se habían activado.

Alexei estaba atrapado tras el escritorio, bajo un fuego intenso. No podía ayudar.

Tenía que hacer algo. Corrí hacia ellos. ¿Me quedaban municiones? No lo sabía. No sabía cómo recargar. Agarré la Glock por el cañón, convirtiéndola en un martillo.

El hombre estaba sobre Dante, con el cuchillo descendiendo hacia su garganta. Dante sujetaba la muñeca de su agresor, con sus músculos temblando por el esfuerzo y sus dientes apretados en un rictus salvaje. La sangre le caía por la frente, cegándolo.

Llegué por detrás del hombre. Levanté el arma y golpeé con todas mis fuerzas contra su cráneo. El sonido fue seco, nauseabundo. El hombre gruñó, aturdido, y su agarre se aflojó.

Dante aprovechó el momento. Soltó la muñeca, agarró la cabeza del hombre con ambas manos y la torció de un golpe seco. El cuerpo se quedó lánguido. Dante lo apartó y se puso en pie, jadeante, con el rostro ensangrentado.

Me miró, estupefacto.

—Tú...

No tuvo tiempo de terminar. Una explosión más fuerte que las demás sacudió el pasillo. Alexei gritó.

—¡Están en el pasillo! ¡Repliegue! ¡Al piso de arriba!

Dante me agarró por la cintura y casi me levantó en vilo, impulsándonos fuera del despacho hacia la gran escalera. Subimos los peldaños de cuatro en cuatro, con Alexei cubriéndonos las espaldas.

Nos atrincheramos en la suite principal, la misma donde habíamos consumado nuestro matrimonio, donde el teléfono había sonado. Dante empujó una pesada cómoda ante la puerta blindada, aunque el cerrojo ya estuviera echado.

Regresó el silencio, alterado solo por gritos lejanos y disparos amortiguados en la planta baja. Los guardias de Dante, los que estaban fuera, debían de haber recuperado el control.

Dante se apoyó en la pared, deslizándose lentamente hasta el suelo. Dejó caer su fusil. Se presionaba el flanco izquierdo con la mano. Una sangre negra y espesa se filtraba entre sus dedos, manchando su camisa blanca ya arruinada.

—¡Dante!

Me arrojé de rodillas junto a él.

—Estoy bien —gruñó, con el rostro de color cera—. Solo es un rasguño.

Retiró la mano. No era un rasguño. Su camisa estaba empapada en sangre. Le habían dado. ¿Cuándo? Ni siquiera lo había visto.

Alexei, que se había quedado junto a la ventana para vigilar, se precipitó hacia nosotros.

—Déjame ver.

Desgarró la camisa de Dante. Una herida de bala, justo por encima de la cadera. La entrada era limpia, pero sangraba mucho.

—¿Salió la bala? —preguntó Alexei.

Dante hizo una mueca, con el sudor perlado en su frente.

—No lo creo. La siento contra el hueso.

Levantó los ojos hacia mí. Yo temblaba de pies a cabeza, con las manos cubiertas de polvo y de la sangre del hombre al que había golpeado. Seguía sosteniendo la Glock por el cañón.

—Me has salvado la vida —dijo. Su voz era débil, pero sus ojos ardían aún con esa intensidad loca—. ¿Por qué?

Era una buena pregunta. ¿Por qué? Podría haberlo dejado morir. Podría haber huido. Podría haber dejado ganar a Volkov. Pero en el momento en que vi el cuchillo descender hacia su garganta, no vi al monstruo que me había secuestrado. Vi al hombre que me había protegido de la granada. Vi al único ser humano que se interponía entre el abismo y yo.

—Porque no quiero ser viuda —respondí con la voz rota—. Hoy no.

Esbozó una pequeña sonrisa, con los dientes manchados de sangre.

—Buena respuesta.

Cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás contra la pared.

—Alexei... limpia abajo. Que venga el Doc.

—El Doc no puede pasar el cordón de seguridad —dijo Alexei sombríamente—. La policía está en camino. Los bomberos también. Fuera es el caos. Estamos aislados al menos una hora.

Dante volvió a abrir los ojos. Estaba más pálido de lo que jamás lo había visto.

—Entonces tendremos que hacerlo sin él.

Giró la cabeza hacia mí.

—Tienes manos de pianista, Elena. Espero que sean estables.

—¿Qué? ¡No! ¡Yo no soy médico!

—Vas a tener que aprender rápido. Hay que sacar la bala y cauterizar. Si no, me voy a desangrar antes de que lleguen los maderos.

Agarró mi mano ensangrentada y la posó sobre su herida, caliente y viscosa.

—Tú me has sacado de esta. Tú me coses. Es la regla.

DANTE.

El dolor era una vieja conocida. Era blanco, punzante, una mordida constante en mi costado. Pero lo que me preocupaba más que el dolor era el frío que empezaba a entumecer mis extremidades. Estaba perdiendo demasiada sangre.

Miré a Elena. Estaba aterrorizada. Su cabello negro se le pegaba al rostro cubierto de hollín, sus ojos verdes estaban anegados de unas lágrimas que se negaba a dejar salir. Estaba magnífica. Había luchado. Había disparado. Había reventado un cráneo por mí. Mi mujer no era una muñeca. Era una loba.

—Alexei —dije apretando los dientes—. Busca el botiquín táctico en el baño. Y el whisky. Todo el whisky.

Alexei desapareció.

—Te voy a hacer daño —susurró Elena, con sus manos presionando mi herida.

—Me gusta cuando me haces daño —jadeé, intentando mantener un asomo de humor negro para no caer en la inconsciencia.

No sonrió. Desgarró el bajo de su camiseta gris para improvisar compresas. Sus gestos eran precisos a pesar de los temblores.

—Mi padre... —dijo de pronto.

Me tensé.

—¿Qué?

—Él fue quien dio el código. Es culpa mía que estés herido.

Atrapé su muñeca, dejando una marca sangrienta en su piel pálida.

—No. Es culpa suya. No tuya. Tú... tú has pagado tu deuda esta noche.

Alexei regresó con una caja de metal naranja y una botella de Macallan de 25 años. Un desperdicio para desinfectar, pero no había otra opción.

—Bebe —dijo Elena acercando la botella a mis labios.

Bebí tres largos tragos. El fuego del alcohol se encontró con el fuego de la herida.

—¿Lista? —pregunté.

Ella cogió unas pinzas hemostáticas del botiquín. Inspiró profundamente, conteniendo el aliento. Parecía un ángel de la muerte. Y yo iba a poner mi vida en sus manos.

—Hazlo —ordené.

Hundió las pinzas en mi carne. Aullé. Un grito ronco, animal, que no pude contener. El mundo se volvió blanco, luego negro por los bordes.

Lo último que vi antes de que las tinieblas me engulleran fue el rostro de Elena inclinado sobre mí, decidido, feroz, cubierto de mi sangre. No huía. Me estaba reparando.

Y en mi delirio, pensé que quizá era eso, el amor. Alguien que te abre el vientre para sacarte el veneno, aunque duela como un demoni

13.

ELENA.

Mis manos ya no me pertenecían. Se habían convertido en instrumentos extraños, resbaladizos, teñidos de un rojo oscuro y viscoso. El olor metálico de la sangre saturaba el aire confinado de la suite, mezclándose con los vapores del whisky de veinticinco años que yo había vertido sin escatimar.

Dante había perdido el conocimiento en cuanto las pinzas penetraron en su carne. Su cabeza cayó hacia atrás, golpeando el suelo alfombrado con un ruido sordo que me arrancó un sollozo. Mejor que durmiera. Porque lo que yo estaba haciendo no tenía nada de quirúrgico. Era una carnicería.

—Aguanta, maldita sea —murmuraba, con los dedos resbalando sobre el mango metálico del instrumento—. No te mueras ahora. Te prohíbo que te mueras y me dejes sola con tus cadáveres.

Hurgué en la herida. Era una boca abierta, obscena, sobre su cadera izquierda. El músculo estaba desgarrado, revelando la blancura del hueso ilíaco. Sentí la resistencia. Metal contra metal. La bala.

—La tengo —dije en voz alta, para nadie.

Apreté las pinzas. Oí el crujido siniestro del cartílago. Tiré. Dante gruñó en su inconsciencia, un sonido gutural, animal; su cuerpo se arqueó por reflejo. Apoyé mi rodilla sobre su muslo sano para mantenerlo en el suelo, ignorando la sangre que manchaba mi pantalón de chándal gris.

De un tirón seco, extirpé el proyectil. Cayó en el cuenco de metal con un tintineo claro, casi alegre. Una pequeña masa de plomo deformada, cubierta de tejido orgánico.

No tuve tiempo ni para respirar. La sangre empezó a pulsar con más fuerza, liberada de la obstrucción.

—Mierda, mierda...

Miré a mi alrededor. La botella de Macallan estaba vacía. Necesitaba cauterizar. Vi el cuchillo táctico de Alexei, que se había quedado sobre la cómoda. Y el encendedor de plata de Dante, cerca de su paquete de cigarrillos en la mesilla de noche.

Me precipité. Calenté la hoja. La llama azul lamió el acero hasta que se puso al rojo vivo. Mis manos temblaban tanto que estuve a punto de quemarme.

Volví junto a Dante. Estaba pálido, cerúleo. Sus tatuajes parecían destacarse como tinta negra sobre una hoja de papel blanco.

—Perdóname —susurré.

Presioné la hoja ardiente sobre la herida abierta. El olor a carne quemada llenó instantáneamente la habitación, acre, nauseabundo. Dante aulló. Sus ojos se abrieron de golpe, vidriosos, locos de dolor. Se incorporó a medias, agarrando mi muñeca con una fuerza que podría haber triturado mis huesos.

—¡Puta madre!

—¡Suéltame! —grité luchando contra su agarre.

Me miró fijamente, sin reconocerme al principio. Luego, el brillo de locura se atenuó ligeramente para dejar paso a un reconocimiento nublado. Relajó la presión y cayó pesadamente hacia atrás, jadeando como un animal acosado.

—Tienes... tienes la mano pesada... tesoro —jadeó con la voz quebrada.

Lancé el cuchillo al cuenco. Agarré compresas limpias y las presioné con firmeza sobre la quemadura.

—Cállate. Ahorra aliento.

Alexei entró en la habitación en ese momento, con el rostro cubierto de hollín y un arma en la mano. Barrió la estancia con la mirada, se detuvo en Dante en el suelo y luego en mí, cubierta de sangre, arrodillada sobre su jefe.

—¿Está hecho? —preguntó.

—La bala ha salido. La hemorragia está cortada. Pero ha perdido mucha sangre. Necesita una transfusión.

Alexei sacudió la cabeza.

—Imposible. Los maderos han cercado el perímetro. No entran, nuestros abogados los bloquean en la verja con mandatos, pero nadie sale. Estamos bajo asedio.

Dante intentó incorporarse apoyado en un codo.

—Ayúdame... a subir a la cama —le ordenó a Alexei.

—No deberías moverte —protesté.

Me fulminó con la mirada. Incluso medio muerto, conservaba esa autoridad aterradora.

—No voy a palmarla en el suelo como un perro. A la cama.

Alexei pasó el brazo de Dante alrededor de su cuello y lo levantó. Dante hizo una mueca, con el rostro volviéndose gris, pero no dejó escapar ni un sonido. Avanzaron hacia la gran cama con dosel, esa misma donde el teléfono maldito había sonado unas horas antes.

Una vez instalado Dante, Alexei se volvió hacia mí.

—Tengo que volver abajo. Asegurar los accesos. Verificar que Volkov no haya dejado más sorpresas. ¿Puedes encargarte de esto?

Miré a Dante, que ya cerraba los ojos mientras la fiebre empezaba a perlar su frente. Miré mis manos rojas. No tenía otra

opción.

—Sí —dije—. Déjanos.

Alexei me lanzó una mirada extraña. Una mezcla de respeto y piedad.

—Hay un kit de suero en el baño, en el armario del fondo. Suero fisiológico. Eso le ayudará a aguantar.

Salió, cerrando la puerta barricada tras de sí.

Me quedé sola con el monstruo. Solo que el monstruo ya no daba miedo. Estaba temblando.

Me levanté con las piernas flaqueando y fui a buscar el material. Cuando volví, Dante deliraba.

DANTE.

El fuego ya no estaba solo en mi costado. Estaba en todas partes. Corría por mis venas, transformando mi sangre en lava. Sabía que estaba delirando. Veía sombras moverse en las esquinas de la habitación. Rostros que había borrado de mi memoria.

Mi padre, mirándome con decepción. «Eres débil, Dante. Dejas que las emociones te guíen». Enzo, mi hermano, con el agujero de bala en medio de la frente. «No pudiste salvarme. Tampoco podrás salvarla a ella».

—Cerrad el pico —gruñí al vacío.

Un frescor se posó en mi frente. Una mano. Suave. Pequeña. Parpadeé, intentando ahuyentar a los fantasmas. Un ángel estaba sobre mí. Cabello negro, ojos verdes inquietos, ropa manchada de sangre. No era un ángel. Era una valquiria. Elena.

—Chist... —susurró—. Tienes fiebre.

Pasaba un paño húmedo por mi rostro. Era exquisito. Quise decirle que se fuera. Que escapara mientras yo estaba clavado a la

cama. Era su oportunidad. La Glock estaba en la mesilla de noche. Podía tomarla, terminar el trabajo y salir libre. ¿Por qué se quedaba?

—Vete —articulé con dificultad.

—No.

—Toma el arma... Elena. Vete.

Se detuvo. Miró la pistola. Luego me miró a mí.

— No me voy, Dante. Tú me dijiste que fuera solo hay muerte. Me quedo aquí.

—Eres... estúpida.

—Y tú eres un ingrato.

Sentí un pinchazo en el brazo. Estaba colocando una vía. Se la veía torpe, pero decidida. El líquido frío empezó a correr por mi brazo.

La miraba moverse a mi alrededor. Limpiaba la sangre de mi piel con una delicadeza que me daba ganas de llorar o de matar a alguien. Nadie me había tocado con tanto esmero desde mi madre. Y mi madre llevaba muerta veinte años.

El dolor me hizo naufragar de nuevo. Esta vez, el sueño cambió. Ya no estaba en la mansión. Estaba en una jaula negra. Y Elena estaba al otro lado de los barrotes. Extendía la mano hacia mí, pero yo no podía tocarla. Volkov aparecía detrás de ella, con su sonrisa de serpiente, y posaba sus manos en sus hombros. Yo aullaba, golpeaba los barrotes, pero no salía ningún sonido.

—¡DANTE!

Me desperté sobresaltado, con el aliento corto y empapado en sudor. Había atrapado algo. Estaba apretando la muñeca de Elena. La atraía hacia mí. Ella estaba inclinada sobre la cama, con el rostro contraído por el dolor de mi agarre.

—¡Me haces daño! —gritó.

La solté instantáneamente, como si me hubiera quemado. Miré a mi alrededor. La luz había cambiado. Era el alba. Una luz gris se filtraba a través de los impactos de bala en las persianas blindadas. La fiebre había remitido. El dolor seguía ahí, agudo, pero manejable. Un viejo amigo.

Miré a Elena. Estaba sentada en una silla cerca de la cama, acurrucada bajo una manta. Tenía ojeras violáceas. No había dormido. Se había quedado velando por mí.

—Agua —grazné.

Se levantó al instante, llenó un vaso y me lo tendió. Bebí con avidez, sintiendo el agua fresca calmar mi garganta en llamas. Le devolví el vaso. Nuestros dedos se rozaron. No retrocedió.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Como si un camión me hubiera pasado por encima. Dos veces.

Intenté incorporarme. El dolor me cortó la respiración, pero apreté los dientes y logré sentarme contra el cabecero. La sábana se deslizó por mis caderas, revelando el vendaje blanco e inmaculado que ella había hecho.

—Has hecho un buen trabajo —dije inspeccionando la venda—. Para ser una novata.

—He estado a punto de vomitar tres veces.

—Pero no lo has hecho.

Levanté los ojos hacia ella. Estaba de pie, con los brazos cruzados, a la defensiva. Aún llevaba mi camiseta manchada con mi sangre. Era una visión bárbara y magnífica.

—¿Por qué, Elena? —pregunté de nuevo. Mi voz era más clara, más peligrosa.

Sostuvo mi mirada.

—Ya te lo he dicho. No quiero morir.

—Gilipolleces. Tuviste la oportunidad de dejar que me desangrara. Alexei habría estado demasiado ocupado abajo. Podrías haber negociado tu salida con la policía. Podrías haber dicho que te había secuestrado.

Se acercó a la cama. Se sentó en el borde, a una distancia respetuosa pero íntima.

—Cuando ese hombre estaba encima de ti... cuando vi el cuchillo... no lo pensé. Fue instintivo.

Bajó la vista hacia sus manos, que jugueteaban nerviosas.

—Me protegiste de la granada. Cubriste mi cuerpo con el tuyo. Nadie ha hecho nunca eso por mí. Ni siquiera mi padre. Sobre todo mi padre.

Se instaló un silencio pesado. La mención de Marco Valenti flotaba entre nosotros como un espectro.

—Él dio el código —dije brutalmente—. ¿Está confirmado?

Asintió, con una lágrima solitaria rodando por su mejilla.

—Sí. Alexei encontró el rastro. Era su cuenta. Él... me vendió dos veces, Dante. Una vez por dinero. Y otra para salvar su pellejo frente a Volkov.

Sentí una oleada de rabia crecer en mí. No por mí. Por ella. Alargué mi mano sana y atrapé la suya. Se sobresaltó, pero se dejó hacer. Mi mano era ancha, rugosa, cubriendo la suya, fina y delicada.

—Olvídalo —dije—. Está muerto. A partir de ahora, ya no existe.

—Para ti es fácil decirlo. Es mi propia sangre.

—La sangre no significa nada. La sangre es solo biología. La lealtad es una elección. Y anoche... tú hiciste tu elección.

Tiré suavemente de su mano.

—Ven aquí.

—No, Dante. Estás herido.

—Estoy herido, no impotente. Ven.

Vaciló, luego se tumbó con cuidado a mi lado, por encima de las sábanas, teniendo la precaución de no tocar mi flanco izquierdo. Pasé mi brazo derecho alrededor de ella y la atraje contra mi torso. Apoyó la cabeza en mi hombro sano.

Era extraño. Surrealista. Estábamos allí, en una cama devastada, rodeados de armas y sangre, mientras media ciudad nos buscaba. Y sin embargo, era el momento más tranquilo que jamás había conocido.

Sentí su cuerpo relajarse contra el mío. Estaba agotada. Hundí mi nariz en su cabello. Olía a humo y a jazmín.

—Has visto mis cicatrices —susurré.

La había sentido durante la fiebre. Sus dedos trazando las líneas blancas de mi torso.

—Sí —respondió suavemente contra mi piel—. Tienes muchas.

—Cada cicatriz es una lección. Esta... —tomé su mano y la posé sobre la larga marca irregular que cruzaba mis costillas derechas—... fue en Palermo. Tenía dieciocho años. Un rival intentó destriparme.

Se estremeció bajo mis dedos.

—¿Y esa? —preguntó tocando una quemadura antigua en mi hombro.

—Mi padre. Para enseñarme a no llorar.

Se incorporó ligeramente para mirarme. Sus ojos verdes estaban llenos de un horror dulce.

—¿Te quemó?

—Decía que el dolor purificaba. Que las lágrimas eran debilidad líquida que escapaba del cuerpo. Había que cauterizar la debilidad.

Pasó sus dedos frescos sobre la vieja quemadura, como para calmar el dolor de un niño muerto hace veinte años.

—Era un monstruo.

—Sí. Y él hizo de mí lo que soy.

—No —dijo con firmeza—. Tú no eres él.

La miré, sorprendido por la seguridad en su voz.

—¿Cómo puedes decir eso? Te secuestré. Te obligué. Te he hecho cosas...

—Me protegiste —interrumpió—. Tu padre te habría dejado morir para salvar su imperio. Tú... casi mueres para salvarme a mí. Esa es la diferencia.

Posó su mano plana sobre mi corazón. Sentía sus latidos a través de mi piel, sincronizados con los míos.

—Hay un hombre bajo la bestia, Dante. Lo vi esta noche. Cuando delirabas. Me llamabas. No querías que me fuera.

Cerré los ojos, abrumado por esa vulnerabilidad que ella me devolvía a la cara. Lo odiaba. Y sin embargo, no quería que se detuviera.

—Es peligroso, Elena. Ver al hombre. El hombre es débil. La bestia te mantiene con vida.

—Quizá necesito a ambos.

Esa frase quedó suspendida en el aire. Quizá necesito a ambos.

Abrí de nuevo los ojos y la clavé la mirada. La intensidad entre nosotros cambió. Ya no era gratitud ni alivio. Era ese deseo oscuro, pesado, que nos ligaba desde el primer día. Pero esta vez, no había coacción.

—Bésame —dije.

No era una orden. Era una petición. Se inclinó lentamente. Su cabello creó una cortina a nuestro alrededor. Sus labios rozaron los míos. Suavemente. Vacilantes. No me moví. La dejé venir. Dejé que ella controlara el ritmo. Por primera vez en mi vida, cedía el control.

Me besó. Sus labios eran dulces, cálidos, vivos. Saboreó la comisura de mi boca y luego profundizó el beso. Sentí un gruñido nacer en mi garganta. Mi mano se apretó en su nuca, no para obligarla, sino para anclarla.

El beso se volvió más profundo, más desesperado. Su lengua acarició la mía. Sentí su cuerpo presionarse contra el mío, buscando el calor, buscando la vida. Su mano bajó por mi torso, evitando cuidadosamente mis heridas, para posarse sobre mis abdominales contraídos.

La quería. Incluso herido, incluso desangrado, la quería con una furia que desafiaba la lógica médica.

Rompí el beso para tomar aire, pegando mi frente a la suya.

—Elena...

—Chist —dijo ella—. No hables. No estropees esto.

Retrocedió ligeramente. Su mirada cayó en mi bajo vientre, donde la erección era dolorosamente evidente bajo la sábana. Se sonrojó, pero no apartó los ojos.

—Estás herido —dijo con la voz ronca.

—Ahí no —respondí con una media sonrisa cansada.

Soltó una risita nerviosa. El sonido era milagroso en esa habitación que olía a muerte.

Se mordió el labio, indecisa. Luego, una determinación nueva encendió su mirada. Se incorporó y pasó una pierna por encima de mis caderas, sentándose a horcajadas sobre mis muslos, teniendo cuidado de no cargar el peso sobre mi costado izquierdo. Ella dominaba.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con la voz estrangulada.

—Cuidar de mi marido.

Agarró el bajo de mi camiseta manchada de sangre y la subió. Hice una mueca al levantar los brazos para que me la quitara. Tiró la prenda al suelo. Posó sus manos sobre mi torso desnudo. Su piel fresca contra mi piel ardiente. Se inclinó y depositó un beso sobre la cicatriz de mi padre, en mi hombro. Luego otro sobre mi esternón.

Era una tortura. Era adoración.

Bajó más. Sus manos se deslizaron bajo el elástico de mi bóxer. Contuve el aliento. Me liberó. Cuando su mano me envolvió, dejé escapar un suspiro tembloroso, dejando caer la cabeza contra la almohada.

—Mírame, Dante —susurró.

La miré. Estaba sublime. Poderosa. Empezó a mover su mano, lentamente, mirándome fijo a los ojos. No había odio en su mirada. Había curiosidad. Posesión. Estaba descubriendo su poder. Se daba cuenta de que el gran lobo feroz estaba a su merced.

—¿Te gusta? —preguntó, retomando mis propias palabras de la noche anterior, pero sin crueldad.

—Sí... joder, sí.

Se inclinó y me besó de nuevo, más hambrienta esta vez. Yo no podía tomarla. No podía mover las caderas sin aullar de dolor. Tenía

que dejar que ella lo hiciera.

Frotó su pelvis contra mi muslo, buscando su propia fricción. Deslicé mi mano entre sus piernas, a través de la tela de su pantalón de chándal. Estaba empapada. Encontré el punto sensible y presioné. Gimió en mi boca, mientras me besaba.

—Juntos —gruñí.

Movió su mano más rápido sobre mí, mientras yo la acariciaba. Fue algo torpe, intenso, bruto. Fue una conexión pura, despojada de los habituales juegos de poder. Éramos dos supervivientes celebrando el hecho de estar vivos.

Cuando llegó al clímax, hundió el rostro en mi cuello para ahogar sus gritos. Sentí los espasmos de su cuerpo contra el mío, y eso bastó para hacerme caer. Me derramé en su mano, con todo mi cuerpo tensándose en una liberación dolorosa y extática.

Nos quedamos así un largo rato. Ella desplomada sobre mí, yo acariciando distraídamente su cabello. El sol ya había salido fuera. Las sirenas de la policía aullaban a lo lejos, acercándose. La burbuja estaba a punto de estallar. Pero algo había cambiado irrevocablemente en esa habitación.

El odio no había desaparecido. Se había transformado. Se había aliado con el respeto y con algo mucho más aterrador. El apego.

Elena se incorporó suavemente, limpiándose la mano con un pañuelo que cogió de la mesilla. Me miró y su rostro se cerró ligeramente. La realidad regresaba.

—Los maderos están aquí —dijo al oír los megáfonos fuera.

—No pasarán de la verja. Mis abogados son tiburones.

—¿Y Volkov?

—Ha fallado el tiro. Se esconderá por un tiempo.

Bajó de la cama, ajustándose la ropa. Volvió a poner una distancia física entre nosotros. Pero el vínculo invisible estaba allí, vibrante.

—Voy a buscar algo de comer —diso sin mirarme—. Tienes que recuperar fuerzas.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Elena?

Se detuvo con la mano en el pomo.

—Gracias —dije.

Era una palabra que nunca usaba. Tenía un sabor extraño en mi lengua. Se volvió hacia mí. Una sonrisa triste y fugaz cruzó su rostro.

—No me des las gracias, Dante. No lo he hecho por ti. Lo he hecho por el hombre que me protegió. Procura que sea él quien siga al mando.

Salió.

Me quedé solo en el silencio de la habitación devastada. Miré mi herida vendada. Miré la sangre en las sábanas. Tenía razón. El hombre bajo la bestia se había despertado. Y era lo peor que podía pasarme. Porque el hombre tenía una debilidad. Y esa debilidad acababa de salir de la habitación.

Si Volkov comprendía eso... si Volkov comprendía que ella ya no era solo una posesión, sino mi corazón latiendo fuera de mi pecho... No se detendría nunca.

Tenía que volver a ser el monstruo. Rápido. Por ella.

14.

ELENA.

Una semana. Ese era el tiempo que le había tomado al infierno convertirse en un hogar. O, al menos, en una versión retorcida y asfixiante de la normalidad.

La mansión Salvatore aún lucía las cicatrices del asalto. Los cristales del despacho habían sido sustituidos por paneles de policarbonato temporales, las alfombras manchadas de sangre habían sido quemadas y el olor a pólvora había sido desplazado por el aroma omnipresente de la cera para parqué y los lirios frescos que Greta se empeñaba en colocar por doquier. Como si quisiera ocultar el hedor de la muerte bajo el de los funerales.

Me encontraba en el baño de la suite principal, con un cuenco de agua tibia y vendajes limpios sobre el mármol del lavabo. Dante estaba sentado en el borde de la bañera, con el torso desnudo y una toalla negra sobre las rodillas. Sanaba. Demasiado rápido. Su constitución era inhumana. Donde un hombre normal habría guardado cama un mes, él ya caminaba, ya trabajaba y, probablemente, ya mataba; por teléfono, al menos.

Me acerqué a él. No levantó la vista de su tableta. Consultaba flujos financieros e informes de seguridad, desplazando millones con un roce de dedo indiferente.

—Levanta el brazo —dije suavemente.

Obedeció mecánicamente, sin interrumpir su lectura. Desenvolví la venda que rodeaba su cintura. La herida estaba limpia y la sutura aguantaba bien, aunque la cicatriz prometía ser fea, abultada por mi cauterización improvisada. Una nueva marca en su mapa geográfico de la violencia.

Pasé un algodón empapado en antiséptico sobre la piel. Sus músculos abdominales se contrajeron bajo mi tacto. No por dolor,

sino por reacción. Sentí un calor subirme a las mejillas. Desde la noche en el búnker, algo había cambiado. El aire entre nosotros ya no solo estaba cargado de odio. Era denso, pesado con una familiaridad peligrosa.

Había dormido en su cama cada noche. No en el borde, lista para huir, sino pegada a él. Porque tenía miedo de las pesadillas y sus brazos eran la única barrera contra las imágenes de mi padre gritando. Porque él necesitaba que yo vigilara su temperatura, que me asegurara de que no se le abriera la herida. Eran excusas. Ambos lo sabíamos.

Apoyé la palma de la mano sobre su pectoral izquierdo, justo encima del corazón, para estabilizar mi pulso mientras aplicaba una nueva compresa. Su corazón latía lento, acompasado. Un ritmo hipnótico.

Dante bloqueó la tableta y la dejó sobre los azulejos. De repente, su mano se posó sobre la mía, apresándola contra su pecho. Por fin levantó los ojos. Sus iris grises estaban claros, despojados de la fiebre de los días previos, pero llenos de una lucidez glacial que me hizo estremecer.

—Te estás acostumbrando —dijo.

No era una pregunta. Era una constatación. Y sonó como una acusación.

—Te estoy curando, Dante. Es diferente.

—No. Me tocas sin temblar. Duermes en mis sábanas sin comprobar si la puerta está abierta. Has dejado de buscar las salidas de emergencia al entrar en una habitación.

Se levantó lentamente, dominándome con toda su estatura. Tuve que retroceder para no ser aplastada por su presencia, pero él mantuvo mi mano prisionera, tirando de ella para obligarme a permanecer en su espacio vital.

—Es peligroso, Elena.

—¿Qué? ¿Que ya no quiera degollarte mientras duermes?

—Que olvides quién soy.

Soltó mi mano y se acercó al espejo. Se inspeccionó, pasando una mano crítica por su mandíbula, sombreada por una barba de varios días.

—No soy tu paciente, Elena. Y ciertamente no soy tu amigo. La tregua se ha acabado. Estoy curado.

El tono de su voz era cortante. Estaba levantando un muro. Lo veía hacerlo, ladrillo a ladrillo, ante mis propios ojos. Desechaba la vulnerabilidad de la semana pasada como quien se desprende de una piel muerta.

—No estás curado —repliqué, herida en mi orgullo—. Aún cojeas. Y si haces un esfuerzo, saltarán los puntos.

Se volvió hacia mí con una sonrisa cruel en los labios.

—Entonces me coseré yo mismo. Esta noche bajaré a cenar. Al salón. Ponte un vestido. Uno de verdad. No esos trapos que llevas arrastrando una semana.

—No tengo ganas de jugar a las damas de la alta sociedad.

—No te pido tu opinión. Te doy una orden. A las ocho. ¿Elena?

Me detuve en el umbral del baño.

—Ponte el collar. El de los rubíes.

El collar de perro. Quería marcar el regreso a la normalidad. El retorno del Amo y la Esclava. Sentí un nudo en la garganta. Había creído, ingenua y tontamente, que habíamos superado una etapa. Que la sangre vertida juntos había comprado mi libertad o, al menos, su respeto.

Me equivocaba. Para Dante Salvatore, yo solo era una debilidad que corregir.

DANTE.

La vi salir con la cabeza baja y los hombros hundidos. En cuanto se cerró la puerta, me apoyé pesadamente en el lavabo, haciendo una mueca de dolor. Joder. Tiraba. Quemaba.

Pero el dolor físico no era nada comparado con el terror que me había invadido esta mañana al despertar. Había abierto los ojos y ella estaba allí, con el rostro hundido en mi cuello y una pierna entrelazada con las mías. Y mi primer pensamiento no había sido la seguridad, ni la venganza, ni Volkov. Mi primer pensamiento había sido: Podría quedarme aquí para siempre.

Era inaceptable. Era una sentencia de muerte.

Si me ablandaba, me volvía lento. Si me volvía lento, Volkov nos mataría. Había desaparecido tras el ataque fallido. Sin ruido. Sin movimientos. Era la calma antes del tsunami. Sabía que yo estaba herido. Esperaba el momento de flaqueza.

Y Elena… Elena se había convertido en mi flaqueza encarnada. Tenía que alejarla. Tenía que volver a poner distancia, miedo y frialdad entre nosotros. Para protegerla. Para protegerme. Si me odiaba, se mantendría alerta. Si me amaba —o peor, si empezaba a confiar en mí— cometería un error fatal.

Salí del baño y me dirigí al vestidor. Elegí un traje negro y una camisa negra. Me vestí con dificultad, apretando los dientes con cada movimiento. Me ajusté la pistolera. El peso del arma era reconfortante. Familiar.

Bajé al despacho. Los operarios terminaban de colocar los cristales blindados definitivos. Alexei me esperaba, de pie en medio de la estancia restaurada.

—Jefe. Deberías estar en la cama.

—Dormiré cuando Volkov esté en una caja de pino. ¿Informe?

Alexei me tendió una tableta.

—Hemos localizado el origen de la señal que proyectaba el vídeo. Una furgoneta alquilada bajo nombre falso, abandonada a dos kilómetros de aquí. Vacía. Sin rastros de ADN. Son profesionales.

—¿Y Marco?

Alexei vaciló. Era el tema que escocía. El tema que lo emponzoñaba todo.

—Tenemos una pista. Un almacén abandonado en la zona industrial sur, cerca de los antiguos mataderos. Movimientos sospechosos, entregas de comida. Es territorio de los rusos.

Me senté tras mi escritorio, ignorando el dolor del costado.

—Prepara un equipo. ¿Vamos esta noche?

—No, Dante. Tú no. Apenas te mantienes en pie. Deja que me encargue yo.

—Es mi guerra, Alexei.

—Es tu mujer —replicó él secamente—. Si mueres esta noche porque tus reflejos son lentos por el dolor, ¿qué será de ella? ¿Crees que Volkov le va a enviar flores?

Le fulminé con la mirada, pero tenía razón. Odiaba cuando tenía razón.

—Está bien. Envía al equipo de reconocimiento. Quiero una confirmación visual de que Marco está allí. Nada de asaltos sin mi orden.

—Entendido.

Alexei se dirigió a la salida, pero se detuvo.

—¿Y Elena? Está haciendo preguntas, Dante. Le preguntó a Greta si teníamos noticias de su padre.

—No debe saber nada.

—Si lo encontramos… y está en el estado que sospecho…

—Si lo encontramos, decidiré qué hacer.

Alexei salió. Me quedé solo en el despacho, que olía a nuevo y a mentira. Abrí el cajón de seguridad de mi escritorio. Dentro estaba la carpeta negra. La que guardaba desde hacía seis meses. La que contenía toda la verdad sobre la deuda de Marco Valenti. No la deuda de dinero. La deuda moral.

La verdad de por qué había elegido a Elena. No fue casualidad. No fue solo por la imagen. Era una venganza calculada desde hacía años.

Pasé el pulgar por la cubierta de la carpeta. Si ella leyera esto… la tregua no solo se acabaría. Estallaría por los aires. Me odiaría con una intensidad que haría que nuestra animosidad actual pareciera un romance de instituto.

Cerré el cajón con llave. Me llevaría ese secreto a la tumba. Pero, por ahora, debía interpretar mi papel. El marido cruel. El monstruo frío. Porque ese era el único lenguaje que ella debía entender para sobrevivir.

ELENA.

Las ocho de la tarde. Bajé la gran escalera. Llevaba un vestido largo de terciopelo negro, con un escote en la espalda vertiginoso que bajaba hasta el nacimiento de mis glúteos. La tela pesada rozaba mi piel con cada paso, una caricia sombría. Alrededor de mi cuello, el collar de rubíes y diamantes pesaba como una cadena.

La mansión estaba silenciosa. Demasiado silenciosa. La mesa estaba puesta en el comedor pequeño, más íntimo, pero Dante

había hecho encender todas las velas, creando una atmósfera gótica, casi religiosa.

Él me esperaba. De pie junto a la chimenea, con una copa de vino tinto en la mano. El fuego proyectaba sombras danzantes en su rostro, acentuando la dureza de sus rasgos. Estaba guapo. Con una belleza venenosa, letal.

Me detuve a la entrada. Giró la cabeza. Su mirada me recorrió, lenta, posesiva, deteniéndose en el collar y luego en la curva de mis caderas moldeadas por el terciopelo. No sonrió.

—Llegas dos minutos tarde.

—Me costaba cerrar el broche de tu correa —respondí, tocando los rubíes de mi cuello.

Posó la copa y avanzó hacia mí. No retrocedí. No volvería a retroceder. Se detuvo muy cerca, invadiendo mi espacio, envuelta en su olor a madera y especias. Alargó la mano y rozó las piedras frías de mi cuello; sus nudillos acariciaron la piel cálida de mi garganta.

—No es una correa, Elena. Es una etiqueta de precio. Para recordarle a cualquiera que te mire que estás fuera de su alcance.

—Y fuera del mío también, al parecer. Ya ni siquiera soy dueña de mi propio cuerpo.

Deslizó su mano por mi nuca, enredando los dedos en el vello de la base de mi cráneo. Un agarre firme. Dominante.

—Tu cuerpo me salvó la vida. Lo cuidaré. Pero no confundas gratitud con libertad.

Me guio hacia la mesa y retiró mi silla. La cena fue una tortura. Dante comía poco. Bebía más de lo habitual. Veía la tensión en su mandíbula, la forma en que sostenía los cubiertos, como armas. Sufría, lo sabía. Su herida debía de dolerle atrozmente. Pero se negaba a mostrar la más mínima debilidad.

—Te duele —dije cuando hizo una mueca imperceptible al agarrar la jarra de agua.

—Estoy bien.

—Deja de hacerte el héroe. Deberías estar en la cama.

Soltó la jarra con un golpe seco que hizo tintinear la porcelana.

—Deja de jugar a la enfermera. Te he dicho que se acabó.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, soltando el tenedor—. ¿Por qué te esfuerzas tanto en ser detestable? Hemos pasado una semana juntos, Dante. He visto quién eres cuando no llevas la armadura. No tienes por qué…

—Cállate.

—¡No! No me voy a callar. Tienes miedo. Tienes miedo porque estás empezando a sentir algo, y eso te aterra más que Volkov.

Se levantó tan bruscamente que la silla cayó hacia atrás. En dos zancadas rodeó la mesa. Me agarró del brazo, me levantó de la silla y me estampó contra la pared panelada.

El dolor cruzó sus ojos —físico y emocional—, pero pronto fue sustituido por una cólera negra.

—¿Crees que siento algo? —siseó, con el rostro a milímetros del mío—. ¿Crees que porque te follé en un búnker y limpiaste mi sangre somos una pareja normal?

Aplastó su cuerpo contra el mío. Sentí la dureza de su deseo, contradiciendo la frialdad de sus palabras.

—Eres un activo, Elena. Una inversión costosa que debo proteger. Nada más.

—Mentiroso —susurré, desafiándole con la mirada—. Pruébalo.

Sus pupilas se dilataron. Aceptó el desafío.

—¿Quieres una prueba?

Me besó. Brutalmente. Sin ninguna ternura. Fue un ataque. Su lengua forzó mis labios, invadiendo mi boca, con sabor a vino y a miedo. Sus manos bajaron a mis caderas, subiendo el terciopelo de mi vestido con impaciencia. Buscaba la piel desnuda. Buscaba marcarme.

No luché. Respondí. Pasé mis brazos alrededor de su cuello, con los dedos aferrados a su pelo negro. Quería que perdiera el control. Quería hacer quebrar la máscara.

Me levantó y me sentó sobre el aparador de caoba, volcando un jarrón de plata que cayó con un estrépito metálico ignorado. Se insertó entre mis piernas, separando mis muslos sin miramientos.

—¿Quieres que te trate como a una cosa? —gruñó contra mi garganta—. ¿Como a una puta posesión?

—¡Quiero que dejes de mentir! —grité.

Desgarró mi ropa interior. El ruido de la tela rompiéndose resonó en el comedor silencioso. Se liberó y entró en mí de un golpe seco, profundo, implacable.

Jadeé, con la cabeza echada hacia atrás y las uñas hundiéndose en sus hombros cubiertos por el traje costoso. Era diferente a la noche de bodas. Diferente al búnker. Era desesperado. Era una guerra civil entre dos cuerpos que buscaban destruirse y unirse al mismo tiempo.

Se movía con una rabia que me cortaba el aliento. Cada embestida era un castigo, pero también una reivindicación. Mía. Eres mía. Estoy vivo.

—¡Mírame! —ordenó, jadeante.

Lo miré. Y vi la verdad que intentaba ocultar. Vi el terror en sus ojos grises. El terror a perderme. El terror a encariñarse. Follaba

como si quisiera fusionarse conmigo para que la muerte no pudiera separarnos.

Le acaricié la mejilla, humedecida por el sudor.

—Estoy aquí, Dante. No me voy.

Esa frase pareció quebrarlo. Cerró los ojos, con una expresión de dolor puro cruzando su rostro, y aceleró, buscando el final, buscando el olvido. Cuando llegó al clímax, hundió el rostro en mi cuello, mordiendo mi piel para ahogar su grito, con todo el cuerpo temblando contra el mío.

Nos quedamos allí, enredados sobre el aparador, entre la vajilla desplazada, jadeantes, con el corazón latiendo al unísono.

Luego, lentamente, regresó el frío. Dante se retiró. Retrocedió, ajustándose la ropa con manos temblorosas. No me miró. Miró a la pared, al vacío.

Había fallado. Había querido demostrarme que solo era un amo frío y terminó demostrándome que era un hombre desesperado. Y no podía soportarlo.

—Sube a tu habitación —dijo con voz ronca, sin volverse.

—Dante…

—¡SUBE! —rugió, golpeando la mesa con el puño y haciendo saltar las copas.

Me sobresalté. Bajé del aparador, ajustándome el vestido roto, con las piernas flaqueando. Lo miré una última vez. Estaba de cara a la chimenea, con una mano apoyada en la repisa de piedra y la cabeza baja. Parecía solo. Terriblemente solo.

Di media vuelta y abandoné la estancia con lágrimas en los ojos, pero con una certeza nueva. Me amaba. A su manera retorcida, monstruosa y tóxica, me amaba. Y por eso me rechazaba.

DANTE.

Vertí el resto de la botella de vino en mi copa y me la bebí de un trago. Mis manos aún temblaban. Estuve a punto de decírselo. En el momento del orgasmo, cuando mi cerebro se desconectó, las palabras subieron a mis labios. Te amo. Las tragué con un grito.

Era el fin. Si la amaba, estaba muerta. Volkov olería ese amor como un tiburón huele la sangre en el agua.

Tenía que terminar con esto. Tenía que matar a Volkov, recuperar a Marco (por muy inútil que fuera) y poner a Elena a salvo. Pero para eso, necesitaba estar concentrado. No podía pasarme las noches mirándola dormir y los días deseando estar dentro de ella.

Saqué mi teléfono. Un mensaje de Alexei: «Confirmación visual. Marco está en el almacén. Nivel -1. Tenemos ventana de tiro mañana al alba».

Mañana. Todo terminaría mañana.

Abandoné el comedor y me dirigí a mi despacho. Necesitaba preparar la operación. Necesitaba revisar los planos, los accesos, los riesgos. Me senté a mi escritorio, encendiendo la lámpara verde de banquero. El dolor del costado había vuelto, punzante, un castigo por mi intensa actividad física. Me tomé dos analgésicos potentes sin agua.

Abrí el cajón de seguridad para coger los planos del almacén que tenía guardados allí. Pero mis dedos rozaron la carpeta negra. El expediente Valenti.

La saqué. La miré. Era la prueba de mi culpabilidad original. La prueba de que todo esto —la boda, el secuestro, la deuda— no era solo negocios. Era una vendetta personal contra Marco. Elena no era más que un peón al principio. Un medio para destruir al hombre que había ayudado a matar a mi hermano.

Sí. Marco no solo había tenido deudas. Había vendido a Enzo a los rusos hacía cinco años. Elena no sabía que su padre era un monstruo. Pensaba que solo era débil y jugador. Si supiera…

Posé la carpeta en el escritorio. Debía quemarla. Una vez muerto Marco, ese expediente no serviría para nada. Pero no esta noche. Esta noche necesitaba recordarme por qué había empezado esta guerra. Para no dejarme ablandar por los ojos verdes de su hija.

Me sumergí en los planes tácticos, dejando la carpeta negra bien visible en la esquina del escritorio, como un recordatorio. Un error por el cansancio. Un error por arrogancia.

Hacia las tres de la madrugada, el agotamiento y los medicamentos pudieron conmigo. Me quedé dormido sobre el escritorio, con la cabeza entre los brazos y el fusil de asalto junto al teclado. La puerta del despacho no estaba cerrada con llave. Pensaba que la casa era segura. Pensaba que Elena dormía, encerrada en su habitación, dolida por mi rechazo.

No sabía que la esperanza es un motor más potente que el miedo. Y que ella no dormía.

ELENA.

No podía dormir. Mi cuerpo aún vibraba por sus caricias y mi mente daba vueltas sin parar. Me había rechazado para protegerme. Estaba segura ahora. Pero no quería ser protegida por el silencio. Quería estar con él.

Miré la hora. Las 3:15. La mansión estaba sumida en el silencio sepulcral de la noche profunda. Me levanté. Llevaba un camisón de seda negra, uno de los que él me había regalado. Me puse una bata y salí de la suite.

No había guardias en el pasillo de arriba. Estaban todos abajo, o fuera, patrullando el perímetro. Bajé la escalera descalza, como un fantasma. Quería verlo. Solo quería… estar cerca de él. Quizá dormía. Quizá podría mirarlo sin que él levantara sus barreras.

Vi luz bajo la puerta del despacho. Mi corazón se aceleró. Empujé suavemente la puerta. Se abrió sin ruido.

Dante estaba allí. Dormía, desplomado sobre su inmenso escritorio, con la cabeza apoyada en sus brazos cruzados. Su respiración era profunda, regular. Parecía joven así. Con los rasgos relajados, las preocupaciones esfumadas por unas horas. La lámpara verde arrojaba un fulgor suave sobre la estancia.

Me acerqué despacio. Quería taparlo. Hacía frío en esa gran habitación de cristales nuevos. Vi su chaqueta sobre un sillón. La cogí y la posé delicadamente sobre sus hombros. No se movió. Los medicamentos debían de haberlo dejado K.O.

Me quedé allí un momento mirándolo, sintiendo una oleada de ternura inesperada. Amaba a ese monstruo. Era aterrador, pero era cierto.

Mi mirada se deslizó por el escritorio atestado de mapas y planos. Y se detuvo en una carpeta negra. Estaba justo al lado de su mano, ligeramente abierta. El nombre en la etiqueta, caligrafiado en letras doradas, captó mi atención.

MARCO VALENTI. CONFIDENCIAL. PROYECTO CASANDRA.

¿Proyecto Casandra? La curiosidad, ese pecado capital, me picó. Sabía que Dante había comprado las deudas de mi padre. Pero ¿por qué un "proyecto"? ¿Por qué un nombre en clave?

Alargué la mano. Mis dedos temblaban levemente. Tiré suavemente de la carpeta hacia mí, con cuidado de no despertar a Dante. Gruñó en sueños, moviendo ligeramente la cabeza. Me quedé petrificada, con el corazón en la boca. Se volvió a dormir.

Abrí la carpeta. La primera página era una cronología. 2020: Marco Valenti contacta con Enzo Salvatore. 2021: Transferencia de fondos ilícitos confirmados. 2022: Asesinato de Enzo Salvatore. Complicidad confirmada de M. Valenti (Pruebas de audio adjuntas).

Releí la línea tres veces. Asesinato de Enzo. Complicidad de mi padre. ¿Mi padre había ayudado a matar al hermano de Dante?

Pasé la página con las manos sudorosas. Era un plan. Un plan detallado, fechado hace dos años.

Objetivo: Destrucción total del activo Valenti. Fase 1: Compra de deudas vía sociedades pantalla. Fase 2: Aislar a Marco Valenti de sus aliados. Fase 3: Adquisición de la hija, Elena Valenti.

Me detuve. Adquisición. Como un mueble.

Seguí leyendo con las náuseas subiéndome a la garganta.

Nota personal de D.S.: La hija no debe saberlo. Servirá de palanca para quebrar a Marco psicológicamente. La boda es la trampa. Una vez consumada la unión y arruinado Marco, se programará la eliminación de este. La hija quedará como daño colateral controlado. Sugerencia: Hacerla dependiente emocionalmente para evitar la rebelión.

El mundo se tambaleó. Tuve que apoyarme en el escritorio para no caer.

Todo era falso. Todo. La deuda no fue un accidente. Dante la había orquestado. El secuestro no fue una solución de último minuto. Estaba previsto desde hacía dos años. Y lo peor de todo… Hacerla dependiente emocionalmente.

Lo que pasó en el búnker. Lo que pasó esta noche sobre el aparador. No fue amor. Ni siquiera fue deseo incontrolado. Fue una táctica. Me había manipulado. Había jugado con mi trauma, con mi miedo, con mi cuerpo, para romperme y asegurarse de que yo no fuera una amenaza.

Levanté los ojos hacia él. Seguía durmiendo, apaciblemente. El rostro que encontraba hermoso unos segundos antes me parecía ahora la máscara más odiosa de la creación.

Había empujado a mi padre al error. Había creado la situación que llevó a su tortura. Y me había usado como un peón para vengarse de la muerte de su hermano.

Dejé la carpeta. Despacio. Retrocedí. Una lágrima ardiente rodó por mi mejilla. Me la limpié con rabia. No lloraría más por él.

Miré la pared donde colgaban las llaves de los coches. El Ferrari negro. El que nunca usaba. Yo sabía conducir.

Cogí las llaves. El metal frío en mi mano me recordó a la pistola. No tenía arma esta vez. Solo mi rabia. Y una necesidad visceral de huir, de poner la mayor distancia posible entre ese mentira viviente y yo.

Salí del despacho de espaldas, con los ojos fijos en él hasta el último momento. Adiós, Dante. ¿Querías una guerra? Olvidaste una cosa: nunca se deja un arma cargada sin vigilancia.

Corrí hacia el garaje.

15.

ELENA.

El garaje subterráneo de la mansión Salvatore era un templo dedicado a la velocidad y al dinero. El aire allí era frío y olía a hormigón bruto, a caucho nuevo y a una nota sutil de gasolina de alta gama. Bajo los neones blancos que se encendieron a mi paso, las carrocerías brillaban como bestias dormidas: un Lamborghini Urus, un Rolls-Royce Phantom, dos SUV blindados negros.

Y ella. La Ferrari 812 Superfast. Negro mate. Una sombra esculpida para hendir el aire.

Mis manos temblaban con tanta violencia que tuve que intentarlo dos veces para desbloquear la puerta. El ruido resonó como una alarma en aquel silencio de catedral. Eché un vistazo por encima del hombro hacia la puerta del ascensor. Nada. Ni un ruido. Ni pasos pesados bajando las escaleras. Dante seguía durmiendo, con la cabeza apoyada en ese maldito expediente que acababa de reducir mi vida a cenizas.

«Proyecto Casandra». «Hacerla dependiente emocionalmente».

Las palabras bailaban ante mis ojos, empañadas por lágrimas de rabia ácida. Cada caricia, cada mirada intensa, cada momento en el que me había «protegido»... todo aquello no era más que una línea en un plan de negocios. Me había condicionado. Me había adiestrado como se adiestra a un perro de pelea: primero mediante el miedo, después con la recompensa.

Me deslicé en el asiento de cuero rojo sangre. El interior olía a nuevo y a peligro. Posé la llave en la consola central y pulsé el botón de encendido. El motor V12 rugió. Un bramido profundo y potente que hizo vibrar mi pecho.

—Vamos, Elena —murmuré, con los dientes castañeteando—. Hazlo. No seas la víctima. Sé el desastre.

Sabía conducir. Mi padre me había regalado clases de pilotaje para mis dieciocho años, en la época en la que aún intentaba comprar mi amor antes de venderlo al mejor postor. Fue lo único útil que me dejó: la capacidad de ir rápido.

Puse la marcha atrás. Los neumáticos chirriaron sobre el suelo de resina. La gran puerta del garaje se abría con un mando a distancia fijado al parasol. Pulsé frenéticamente. La persiana de metal empezó a subir. Lentamente. Demasiado lento.

¡Vamos! ¡Vamos!

Vi una luz encenderse en el pasillo de servicio. Una sombra apareció tras el cristal de la puerta de acceso. Un guardia. O algo peor.

No esperé a que la persiana subiera del todo. Pisé el acelerador a fondo. La Ferrari saltó hacia delante. El techo del coche raspó la parte inferior de la persiana metálica con un ruido de desgarro estridente, mientras las chispas saltaban como fuegos artificiales en mi retrovisor.

Ya estaba fuera. La noche era cerrada, sin luna, como si el propio cielo hubiera decidido cerrar los ojos. Derrapé sobre la grava del camino, a punto de chocar contra una estatua. La verja principal. Estaba cerrada. Evidentemente.

Pero la garita del guarda estaba vacía. Estarían todos en la patrulla perimetral o limpiando los restos del ataque. Me dirigí a toda velocidad hacia la caja de control. No tenía el código. Miré la verja. Hierro forjado. Reforzado. Pero la Ferrari era un misil de dos toneladas.

—Lo siento, Dante —escupí.

Retrocedí para tomar impulso. Apreté el volante hasta que se me blanquearon los nudillos. Cerré los ojos una fracción de segundo, viendo de nuevo el rostro de Dante dormido, su falsa vulnerabilidad. Mentiroso.

Abrí los ojos y aceleré. El impacto fue violento. El capó se dobló, el airbag estuvo a punto de saltar, pero el cierre de la verja cedió con un gemido de metal torturado. Las hojas se abrieron de par en par.

Era libre.

Me incorporé a la carretera sinuosa que llevaba a la ciudad, con el pie a tabla. No sabía a dónde iba. Solo sabía que debía alejarme del centro de gravedad que amenazaba con aplastarme.

DANTE.

El rugido del motor me despertó antes incluso que la alarma. Levanté la cabeza bruscamente, con la mejilla marcada por el cuero del vades. El dolor en mi costado se despertó al mismo tiempo que yo, una punzada aguda que me cortó el aliento.

El silencio del despacho estaba roto por el aullido lejano de un V12. Conocía ese sonido. Era el de mi coche. El que nunca conducía.

Me levanté, tambaleante, y mi mirada cayó al instante sobre el escritorio. Mi chaqueta estaba sobre mis hombros. Un toque de dulzura. Pero al lado de mi mano... la carpeta negra estaba abierta.

La sangre abandonó mi rostro para agolparse en mis puños. No. Eso no. Todo menos eso.

Vi las páginas esparcidas. El plan. La cronología. Las notas personales. Lo había leído. Había visto la maquinación. Había visto las palabras frías que escribí hace dos años, cuando ella no era para mí más que un nombre en un papel, una estadística, un arma potencial. No había visto al hombre que sangró por ella anoche. Había visto al arquitecto de su destrucción.

—¡PUTA MADRE!

Barrí todo lo que había sobre la mesa con un revés violento de mi brazo. La lámpara, los planos, el ordenador. Todo voló por la habitación en un estrépito de destrucción. Nunca había sentido un

pánico igual. Ni siquiera cuando Volkov tenía el cuchillo en mi garganta. Porque ahora no estaba perdiendo la vida. Estaba perdiendo mi razón de vivir.

Corrí hacia la ventana rota, ignorando el dolor que desgarraba mis puntos de sutura. Vi las luces traseras rojas desaparecer al final del camino, y la verja destrozada colgando lamentablemente.

Agarré mi teléfono. Alexei.

—¿Dante? Hemos oído un ruido, estamos llegando.

—¡Se ha ido! Se ha llevado la Ferrari. Se dirige al norte.

—¿Qué? Pero las verjas...

—¡Ha embestido la puta verja! Localiza el coche. ¡Ahora! ¡Corta el motor a distancia!

—No puedo, Dante. Es el único modelo que te negaste a equipar con el cortacircuitos para «mantener la pureza de la conducción». ¿Te acuerdas?

Maldije mi arrogancia pasada.

—Prepara el SUV. Voy para allá.

—Dante, no puedes conducir. ¡Has perdido un litro de sangre!

—Si no la alcanzo, Alexei, no merece la pena que sobreviva a esta noche. ¡Muévete!

Salí del despacho corriendo, agarrando al pasar una llave de coche del tablero de la pared. No el SUV blindado. Demasiado lento. El Porsche 911 GT3. Tenía que ser rápido.

Bajé al garaje. Las marcas de los neumáticos de Elena aún estaban frescas en el suelo. El olor a goma quemada flotaba en el aire como el perfume de su rebelión. Me subí al Porsche. Arranqué. El dolor me hizo ver estrellas cuando pisé el embrague, pero lo usé. Lo transformé en combustible.

Salí de la mansión como una bala. Conecté mi teléfono al sistema del coche.

—Llama a la Ferrari —ordené a la inteligencia artificial de a bordo.

El tono de llamada resonó en los altavoces. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Responde, Elena. Por el amor de Dios, responde e insúltame, pero no conduzcas sola por esta ciudad.

Volkov estaba ahí fuera. Esperando. Había fallado ayer, pero tenía ojos en todas partes. Una Ferrari negra con una mujer sola al volante... era un faro en la noche.

ELENA.

El teléfono del coche sonaba. «Llamada entrante: DANTE». El nombre parpadeaba en la pantalla del salpicadero.

Quería colgar. Quería aplastar la pantalla. Pero la rabia era demasiado fuerte. Necesitaba decírselo. Necesitaba escupir mi veneno antes de desaparecer.

Pulsé el botón verde del volante.

—No me busques —dije, con la voz asombrosamente tranquila a pesar de los 200 kilómetros por hora que marcaba el cuentakilómetros.

—¡Elena! Detén el coche. Inmediatamente.

Su voz era de pánico. Era la primera vez que lo oía así. No enfadado. Aterrorizado.

—¿Para qué? ¿Para que puedas meterme de nuevo en mi jaula? ¿Para que puedas seguir con tu «Proyecto Casandra»?

Hubo un silencio pesado al otro lado de la línea. Solo el ruido de su propio motor rugiendo de fondo. Me estaba persiguiendo.

—Lo has leído —dijo. Su voz se había vuelto baja, sombría.

—Lo he leído. «Hacerla dependiente emocionalmente». Lo has logrado, bravo. Eres un estratega excelente, Dante. Incluso conseguiste hacerme creer que tenías corazón cuando sangrabas sobre la alfombra. ¿Qué era eso? ¿Otra táctica? ¿El método Stanislavski?

—¡No era una táctica! Elena, escúchame. Ese expediente es de hace dos años. Antes de conocerte. Antes de verte.

—¡Eso no cambia nada! ¡Destruiste a mi familia para tenerme!

—¡Tu familia estaba podrida hasta la médula! ¡Tu padre vendió a mi hermano!

—¡Y tú me vendiste a mí! ¡Me compraste como a una yegua para tu venganza!

Tomé una curva cerrada, los neumáticos chirriando peligrosamente sobre el asfalto húmedo. El coche se fue de atrás, pero logré enderezarlo por los pelos.

—Elena, frena. Te vas a matar.

—Mejor muerta que ser tu cosa.

—¡No eres mi cosa! ¡Eres mi mujer!

—Soy un «daño colateral controlado». Está escrito negro sobre blanco.

Vi unos faros en mi retrovisor. Faros de xenón, bajos, agresivos. Un Porsche. Estaba llegando.

—Detente —suplicó—. Te lo ruego. Podemos hablar. Te lo contaré todo. Te daré todo lo que quieras. Pero no te quedes en la carretera. Volkov...

—Volkov es tu enemigo, Dante. No el mío. Quizá él me trate mejor. Al menos él no finge amarme para manipularme mejor.

—¡Elena, no! Volkov sabe que te has ido. Tiene escáneres en las frecuencias de la policía. Sabe que he denunciado el robo de una Ferrari para localizarte. ¡Está llegando!

Miré a mi alrededor. La autopista estaba desierta. Solo él y yo. Y de repente... Delante de mí. En el carril de incorporación. Dos SUV negros entraron en la vía, con todas las luces apagadas. Ocuparon todo el ancho de la calzada.

No iban rápido. Me estaban esperando.

Mi corazón dio un vuelco. Dante no mentía.

—¿Elena? ¡Elena, respóndeme!

—Hay coches —susurré—. Delante de mí.

—¡Rodéalos! ¡No te detengas! ¡Acelera! Estoy justo detrás de ti.

Miré por el retrovisor. El Porsche de Dante estaba allí, a quinientos metros. Veía sus ráfagas de luz desesperadas.

Aceleré. No iba a dejar que me atraparan. Ni Dante, ni esos desconocidos. Me desvié a la izquierda para pasar por la fuerza. El SUV de la izquierda dio un volantazo brusco para bloquearme. Viré a la derecha. El otro SUV hizo lo mismo. Era una encerrona.

—¡Me están bloqueando! —rité.

—¡Frena! ¡Elena, frena! Voy a embestirlos.

Pero no podía frenar. Iba lanzada a 220 kilómetros por hora. Si frenaba ahora, entraría en trompo.

De repente, el techo solar del SUV de la derecha se abrió. Un hombre apareció. Sostenía algo sobre el hombro. No era un arma de fuego. Era un lanzador.

—¡Elena! —el grito de Dante me desgarró los tímpanos a través de los altavoces.

Vi un destello de luz. Luego un estruendo sordo. Mi neumático delantero derecho explotó.

El mundo volcó. El volante se me escapó de las manos, girando locamente. El coche se puso de lado. Vi el guardarraíl abalanzarse hacia mí. Vi el cielo negro dar vueltas. Vi el asfalto subir.

Luego el choque. Brutal. Absoluto. El ruido del metal desgarrado. El cristal estallando. Y el silencio.

DANTE.

Vi la Ferrari despegar. Fue como ver cómo me arrancaban el corazón del pecho a cámara lenta. El coche impactó contra la barrera de seguridad, voló, dio dos vueltas de campana en el aire, proyectando restos de carbono y cristal como confeti mortal, y se estrelló pesadamente en la cuneta, sobre el techo.

—¡ELENA!

Aullé su nombre, con la voz quebrándose y las cuerdas vocales ardiendo. Clavé el pedal del freno. El Porsche derrapó, echando humo por todos los neumáticos, y se detuvo a pocos metros del punto de impacto.

Ya no sentía mi herida. No sentía nada. Solo un terror frío y absoluto.

Salí del coche corriendo, con el arma en la mano, pero la olvidé casi al instante. Bajé por el talud de hierba, resbalando en el barro, cayendo y levantándome.

La Ferrari era un amasijo humeante. Las ruedas aún giraban en el vacío. El habitáculo estaba aplastado.

—¡Elena! ¡Respóndeme!

Me acerqué a la puerta del conductor. Estaba bloqueada. El cristal estaba roto. Miré al interior. Estaba allí. Suspendida por el cinturón de seguridad, cabeza abajo. Su cabello negro colgaba hacia el techo

invertido, mezclado con sangre. Mucha sangre. Tenía los ojos cerrados.

—No, no, no...

Intenté abrir la puerta. Atascada. Tiré con todas mis fuerzas, aullando de rabia, sintiendo cómo mis puntos de sutura saltaban uno a uno y la sangre caliente empapaba mi camisa. Me daba igual. Quería sacarla de allí.

De repente, una luz cegadora me golpeó la espalda. Sonidos de puertas cerrándose de golpe en lo alto del talud. Pasos pesados bajando.

Me di la vuelta, levantando mi arma por reflejo, protegiendo el coche con mi cuerpo.

Eran seis. Equipamiento táctico. Visión nocturna. Y en medio de ellos, bajando tranquilamente por la pendiente como si paseara por un parque, un hombre con un traje blanco inmaculado y un cabestrillo cubriendo su hombro herido.

Dimitri Volkov.

—Qué tragedia —dijo, con su voz llegando nítida a través del aire frío de la noche—. Los coches italianos... tan frágiles.

—Acércate y te mato —gruñí—. Te juro que te mato.

Apunté a su cabeza. Mi mano no temblaba. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, dos puntos rojos aparecieron en mi pecho. Miras láser.

—Puedes matarme, Dante —dijo Volkov sonriendo—. Pero mis hombres la matarán a ella antes de que tu cuerpo toque el suelo. Mira.

Seguí su mirada. Otro punto rojo estaba fijo en la cabeza de Elena, dentro del coche destrozado.

Me quedé helado. Era jaque mate.

—Baja el arma —dijo Volkov.

No me moví.

—Bájala, o muere ahora. Aún respira, Dante. Puedo oír sus pequeños gemidos desde aquí. ¿Quieres que viva?

Miré a Elena. Vi su pecho elevarse débilmente. Estaba viva. Si disparaba, ella moría. Si me rendía...

Solté mi arma. Cayó en el barro con un sonido sordo. Levanté las manos.

—Déjala —dije, con la voz rota—. Llévame a mí. Es a mí a quien quieres.

Volkov estalló en carcajadas.

—Oh, Dante. Siempre tan arrogante. ¿Crees que aún tienes algún valor? Eres un rey sin castillo. Un marido sin mujer.

Hizo una señal a sus hombres. Cuatro de ellos se abalanzaron sobre mí. No me defendí. Me golpearon en la cara, en las costillas, sobre mi herida abierta. Caí de rodillas, escupiendo sangre. Me mantuvieron en el suelo, con la cara en el barro.

Los otros dos se acercaron al coche. Uno de ellos sacó un cuchillo y cortó el cinturón de Elena. Cayó pesadamente. La sacaron del amasijo como a un muñeco de trapo. No se movía. Su cabeza oscilaba. Tenía el rostro cubierto de sangre, pero reconocí sus rasgos. Estaba tan pálida.

—¡No la toquéis! —aullé, debatiéndome contra los cuatro hombres que me inmovilizaban.

Uno de ellos me golpeó en la nuca con la culata de su fusil. Mi visión se nubló.

Volkov se acercó a Elena. Se acuclilló junto a ella. Acarició su mejilla ensangrentada con sus dedos enguantados en cuero blanco.

—La Bella Durmiente —murmuró—. Lástima que esté un poco... estropeada. Pero los médicos rusos hacen milagros.

Se levantó.

—Lleváosla.

—¡NO!

Reuní mis últimas fuerzas. Rugí, apartando a dos hombres, levantándome a medias. Quería alcanzarla. Quería despedazarlos con mis propias manos. Pero una patada en mi costado herido me cortó el aliento. Me desplomé, gritando de dolor.

Miré, impotente, mientras subían a Elena hacia lo alto del talud. Sus brazos colgaban en el vacío. Su mano... vi su alianza brillar bajo la luna. La alianza negra.

Volkov se quedó un instante junto a mí. Me miró desde arriba, con un desprecio absoluto.

—¿Sabes qué es lo más gracioso, Dante? —preguntó.

—Vete a la mierda.

—Que ella huía hacia mí. Bueno, huía lejos de ti. Lo que viene siendo lo mismo. Has hecho todo el trabajo por mí. La has roto, la has asustado, la has hecho salir de su jaula. Yo solo he tenido que recogerla.

Se inclinó.

—Cuidaré bien de ella. Y cuando haya terminado... te devolveré los pedazos. Uno por uno.

Me dio una última patada en la cara. El mundo se volvió negro.

Pero antes de hundirme, oí el ruido de los motores alejándose. Y en el silencio que siguió, supe una cosa con absoluta certeza. No estaba muerto. Y mientras me quedara un aliento, un latido, una gota de sangre... quemaría este mundo hasta que no quedaran más que cenizas para encontrarla.

Elena.

Continuará en el próximo tomo.

¡Muchísimas gracias por tu lectura!

Si te ha gustado este libro, no dudes en dejar una reseña en Amazon (o hablar de él en las redes sociales).

No hace falta escribir una novela: ¡una simple frase diciendo qué te ha gustado (o solo las estrellas!) ayuda enormemente a que un autor se dé a conocer. Es rápido, gratuito y es el mejor cumplido que puedes hacerme.